

# EL PADRE PLANCARTE

Figura prócer de la Iglesia Católica mexicana

Pedro García,  
*Misionero Claretiano*

## EL CARDENAL PRIMADO

La vida de todo bautizado es un fuerte llamado a la santidad cristiana. Es un deseo y un imperativo que Cristo da a sus discípulos: “Sean santos, como es santo su Padre Dios que está en los cielos”.

Cada santo a su modo ha alcanzado la cumbre del Amor; cada uno es portador de una misión específica que puede vislumbrarse en el modo como ha vivido sus virtudes cristianas y consecuentemente los frutos que ha dado; todos estos frutos conocidos por Dios y solamente algunos que pueden ser visibles y descubiertos por su brillo externo.

La santidad es plenitud de la humanidad. Los santos representan al vivo el rostro de Cristo, también son aquellos que nos garantizan que es posible vivir la Palabra de Cristo y ponerla en práctica, la santidad consiste en la plena unión con Cristo.

El hombre está llamado a ser no sólo *alter Christus*, otro Cristo, sino *ipse Christus*, Cristo mismo. Y Cristo es el hombre perfecto porque es la misma santidad de Dios encarnada, hecha tiempo e historia. La configuración divina de los santos siempre tiene el ingrediente del dolor, de la incompreensión, de la cruz. Como incienso es quemado pero se eleva en suave holocausto que da gloria a su Señor.

El Padre José Antonio Plancarte y Labastida, Apóstol del Santísimo Sacramento, es una figura espiritual que probó intensamente la cruz, es un sacerdote sin el cual no se puede entender una época crítica de la historia de la Iglesia en México. Tiempo de crisis es tiempo de santos.

Sacerdote, párroco, formador de jóvenes, iniciador de la Adoración Perpetua al Santísimo Sacramento en México, constructor del Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús en esta Arquidiócesis de México, fundador de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, restaurador y Abad de la Colegiata de Guadalupe, promotor de la coronación pontificia de la Virgen de Guadalupe, preconizado Obispo sin recibir la consagración, el Padre Plancarte sigue presente en nuestra Iglesia de México.

Me alegra mucho la publicación de esta obra de divulgación, *“El Padre Plancarte, Figura prócer de la Iglesia Católica en México”*, escrita por el Padre Pedro García Hernández, Misionero Claretiano, sobre este preclaro hijo de Santa María de Guadalupe. Deseo que quienes lean esta obra sientan el anhelo de vivir el ideal cristiano de la santidad y que pronto la Iglesia lleve al honor de los Altares a este ejemplar sacerdote.

Su hermano y servidor que les bendice,

+Norberto Card. Rivera Carrera  
Arzobispo Primado de México

## PRESENTACION

Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara a la vista. Y me pregunté a mi mismo: ¿Es conocida en México la aventura de Don José Antonio Plancarte como apóstol del Sacramento? Hube de darme una respuesta negativa.

El que fue Abad de la Basílica de Guadalupe había construido en la Capital de México el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús y fundado en él la Adoración Perpetua y la Nocturna del Santísimo Sacramento, que hoy cuenta con más de tres millones de adoradores en toda la nación. Si este era el hecho, había entonces que aprovechar el Congreso para promover la posible canonización de semejante apóstol de la Eucaristía. Hay que dar a conocer más el nombre de Plancarte en orden a su glorificación por la Iglesia.

Porque nos hallamos ante una figura que me atrevo a llamar “gigante”. Al ver los bultos de los documentos que llegaron a Roma con el fin de iniciar su camino hacia los altares, me dije: ¡Buena les espera a los promotores de la causa de beatificación!... Y, analizadas una por una las empresas de aquel Sacerdote, no hay más remedio que rendirse ante su santidad, la amplitud de sus miras, su apostolado intenso y su heroísmo.

Por otra parte, además de contar a José Antonio Plancarte entre los grandes apóstoles de la Eucaristía, está su floreciente Congregación de las *Hijas de María Inmaculada de Guadalupe*, que desarrollan un apostolado tan intenso en la educación de la niñez y juventud. Las “Religiosas Guadalupanas”, como las llamamos familiarmente, han de divulgar el conocimiento de aquel que las fundó, porque el conocimiento del Padre es la mejor recomendación de las hijas. Y quizá el librito que pongo en sus manos podrá ayudarles en esta su tarea filial.

Las Vidas de los Santos han sido siempre para el pueblo cristiano un alimento nutritivo y sabroso, que hace crecer en las almas el don de piedad, el amor a Jesucristo y el anhelo de la vida eterna. Y no va a ser una excepción la Vida de José Antonio Plancarte, el hombre de Dios que se nos pone ahora delante. Al admirarlo, él nos irá repitiendo secretamente en el corazón aquello de Pablo a los suyos: “Sean mis imitadores, como yo lo soy de Cristo”...

Escrito de simple divulgación, todos los datos están tomados de las obras ya clásicas de Mons. Francisco Plancarte y Navarrete y del Padre Aureliano Tapia Méndez, aparte de los proporcionados por la Postulación que radica en Roma. ¿Contribuiremos con ello algo, y ojalá sea mucho, a la glorificación del Padre Plancarte, un gran santo que México podrá ofrecer a la Iglesia universal?...

*Pedro García Cmf*

## CONTENIDO

### **I. EL JOVEN QUE LLEGA A SACERDOTE, 6**

Augurios desconcertantes, **6**  
De un solo vistazo, **7**  
Un zamorano de cepa, **7**  
Insigne tradición sacerdotal, **8**  
Un tío y un sobrino, **9**  
Seis años con los ingleses, **10**  
Algo de aquellos días, **11**  
Dios comienza a intervenir, **13**  
¿Y la familia?, **14**  
Aunque arrecien la dificultades, **14**  
Roma, **15**  
Perfilando el ideal, **16**  
Los dos últimos bandazos, **17**  
En la cima soñada, **18**  
Los adioses a Roma y Oscott, **20**

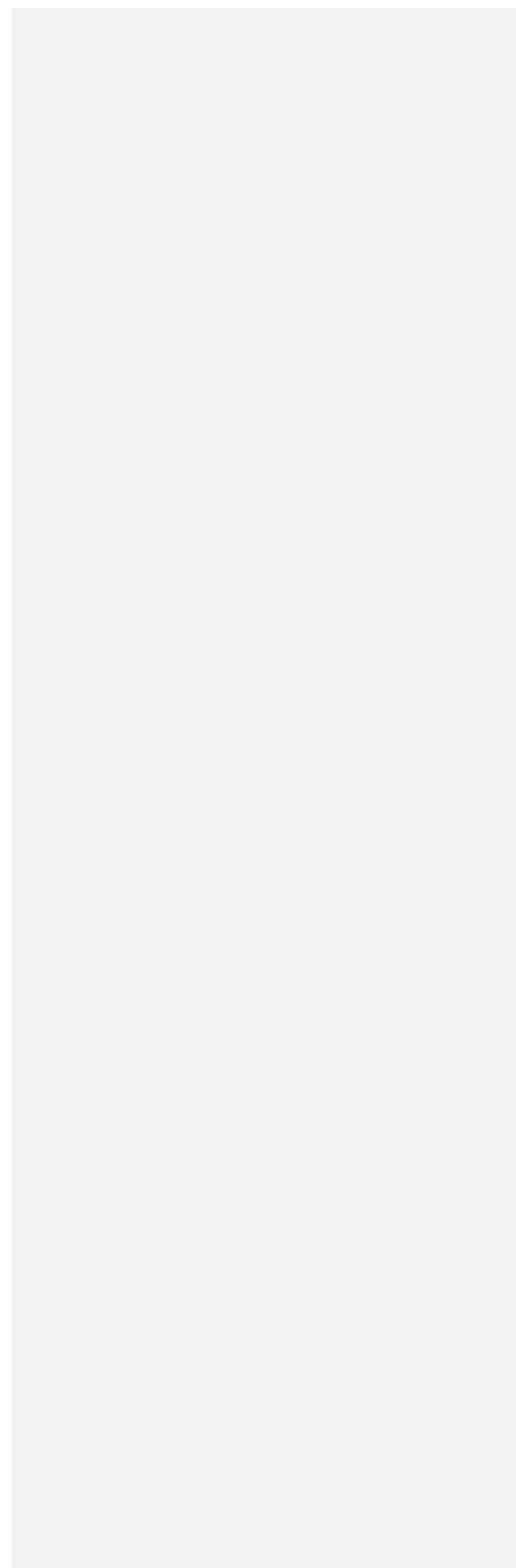
### **II. EL CURA PÁRROCO DE JACONA, 21**

Las primeras mieles, **21**  
Jacona, **23**  
El primer Colegio Guadalupano, **24**  
Y a parar en la cárcel..., **25**  
Un bienio especial, **26**  
¿Canónigo?... No, por favor, **27**  
El Colegio de San Luis, **28**  
Muchachitos hacia Roma, **31**  
En Tierra Santa, **33**  
De regreso en Roma, **35**  
Flores y crespones, **37**  
El ferrocarril, **37**  
Nace la Congregación, **38**  
El Asilo de San Antonio, **40**  
Siguen las contradicciones, **41**  
Jacona, ¡adiós!, **42**  
Les dejo la Virgen, **43**

### **III. EL APÓSTOL EN MÉXICO DF, 44**

En el mejor de los campos, **44**  
Por Europa y Oriente Medio, **45**  
¿Y la unión de las Congregaciones?, **46**  
En busca de Misioneros, **46**  
El Colegio Clerical, **49**  
Sus hijas las Guadalupanas, **51**

El Templo de San Felipe de Jesús, **52**  
Los bríos de un misionero, **54**  
Un hombre todo de Dios, **56**  
Restaurador de la Colegiata de Guadalupe, **58**  
Este lapso de los nueve años, **60**  
Abad de Guadalupe y Obispo preconizado, **63**  
La Coronación de la Virgen, **65**  
El Calvario detrás del Tepeyac, **67**  
Entre la Colegiata y el Templo Expiatorio, **70**  
El soldado que se marcha en silencio, **72**



## I. EL JOVEN QUE LLEGA A SACERDOTE

Empezamos por las raíces y el primer desarrollo del árbol. Procede de una semilla selecta, sembrada en un terreno muy fértil. Esto era la familia de los Plancarte y Labastida, que van a configurar la personalidad de nuestro Antonio desde su niñez hasta que escale las gradas del Altar. Con una calidad humana y espiritual tan rica, no nos van a extrañar después nada ni sus grandes empresas ni su vida santa.

### Augurios desconcertantes

-¿Qué le parece su sobrino José Antonio?... Otro Cura de alta categoría en ciernes entre las linajudas familias levíticas Plancarte y Labastida, ¿no es así? ¿Y no es esto en lo que Usted sueña?... Porque la cosa está clara. Este año se le ha dispensado en el Seminario el examen final de latín, privilegio concedido sólo a los que habían aprobado en Mayo con calificación superlativa. ¿Qué quiere decir esto?...

Labastida, el recién nombrado Obispo de Puebla, callaba prudentemente. Y el otro proseguía con redomada malicia:

-Sin embargo, ¡hay que ver cómo José Antonio miraba y saludaba a Gualupita Gómez, a María Vallejo y a Teresa Gómez, que jugaban a “no querer”, pero queriendo mucho!... Cómo recibía la mascadita de Chelita... Y cómo contestó a Rosa Solórzano cuando ella le dedicó desde lejos con la mano su especial y cariñoso ¡adiós!...

Este diálogo se desarrollaba en Morelia un día del año 1855. Era Rector del Seminario Tridentino Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, que sería el Obispo más ilustre de México en toda la segunda mitad del siglo diecinueve. El Seminario, a pesar de su nombre, no era precisamente un plantel de candidatos al sacerdocio, aunque de él salieron abundantes y magníficos sacerdotes; por otra parte, el latín se estudiaba como una asignatura importante para la mejor formación en las letras clásicas. Los seminarios eran en aquel entonces los únicos planteles de enseñanza superior, y por esta razón se hallaban allí tres de los hermanos Plancarte, entre ellos José Antonio, el cual demostraba una vocación excepcional para el estudio.

Sin embargo, a pesar de la tradición familiar de dos siglos, tanto paterna como materna, José Antonio no pensaba ser sacerdote. Trasladado a Puebla con su tío el Obispo Labastida, proseguía sus estudios en el nuevo seminario, completados poco después en Inglaterra. Pero explicaba, para desengañar a los que soñaban en verlo sacerdote:

-No quiero seguir la carrera literaria. La mayoría de los que aquí estudian son Padres, Licenciados o Médicos. ¡Yo no quiero ser Padre! Abogado, tampoco, porque hay muchos de buen talento que no tienen ni tlaco. Médico, menos; porque si sana el enfermo, ¡vienen con que lo sanó San Antonio!, y si muere, ¡mal haya el médico! Ya no lo vuelven a llamar... No quiero proseguir la carrera literaria, sino dedicarme al comercio.

Así, sin pelos en la lengua ni en la pluma, se expresaba aquel muchacho de quince años. ¡Cómo van a cambiar las cosas! Pronto vamos a ver al estudiante de Puebla y de Inglaterra convertido en alumno del Colegio Romano y residente en la Academia Eclesiástica para Nobles en Roma; al Sacerdote lleno de celo apostólico; al Párroco emprendedor de Jacona; al Formador eficiente de jóvenes; al poblador del Colegio Pío Latinoamericano con muchachos escogidos para el sacerdocio y el episcopado; al iniciador de la Adoración Perpetua al Santísimo en México; al constructor del Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús en la Capital; al Fundador de las Religiosas Guadalupanas; al restaurador y al Abad de la Colegiata de Guadalupe, a la vez que promotor de la Coronación pontificia de la Virgen del Tepeyac, y, poco antes de morir, a un preconizado Obispo, aunque no se llegó a la consagración. Todo un prócer de la Iglesia de Dios en México, al que no le falta ahora sino la ansiada gloria de los altares...

#### **De un solo vistazo**

Para situarnos bien desde un principio, miremos los jalones principales de la vida de José Antonio.

- 1840.** Nace en México, la Capital, este hijo de Zamora.
- 1852-1862.** Estudiante en Morelia, Puebla, y después en Oscott de Inglaterra.
- 1862-1865.** En Roma. La carrera eclesiástica. Sacerdote.
- 1866-1867.** Inicios sacerdotales en Zamora.
- 1867-1882.** El Párroco de Jacona, realizador de obras grandes.
- 1873.** Fundación del Colegio de San Luis. Alumnos hacia Roma.
- 1876.** Fundación del Asilo de San Antonio para niñas pobres.
- 1878.** Nacen el 2 de Febrero las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.
- 1879.** Construye el ferrocarril de tracción Zamora-Jacona.
- 1882.** Se traslada definitivamente a México.
- 1885.** Director del Colegio Clerical.
- 1886.** El Templo Expiatorio Nacional de San Felipe de Jesús.
- 1886-1895.** La restauración de la Colegiata.
- 1895.** Decimosexto Abad de Guadalupe. Coronación Canónica de la Virgen. Preconizado Obispo Titular y renuncia definitiva al Obispado..
- 1896-1897.** Entre la Colegiata y el Templo Expiatorio.
- 1898.** Muere este santo sacerdote mexicano.

#### **Un zamorano de cepa**

Zamorano, aunque nació, digamos que por casualidad, en la Capital de México, a donde hubo de trasladarse por una enfermedad la madre Doña Gertrudis. El 23 de Diciembre de 1840 venía al mundo un niño a quien la madrina bautizó de emergencia porque se temía por su vida, y le impuso el nombre de José Antonio, que, al día siguiente, recibía el santo Crisma con el desarrollo de toda la liturgia bautismal en la Parroquia de San Miguel.

Apenas unos días después, repuesta la mamá, regresaban todos a Zamora, donde el nuevo vástago pasará los siete primeros años de su vida, bajo los cuidados de una madre adornada con espíritu tan tierno como vigoroso. El padre, Don Francisco, avisado comerciante y estilo charro, cuidaba durante toda la semana de las haciendas familiares, siempre cabalgando con brío en su caballo, montado en el cual hacía con orgullo diariamente su entrada en el patio de la casa familiar.

Mucha ternura, mucha unión, mucha religiosidad, y mucha seriedad también, era lo que se respiraba en la casa ejemplar de los Plancarte y Labastida. José Antonio, como sus otros diez hermanos, queda hondamente marcado en su niñez con el sello de esas virtudes domésticas que adornaban por aquel entonces a la mayoría de los hogares zamoranos, aunque el pequeño reconoce su innata rebeldía, pues “mi madre con mil trabajos me hacía rezar el rosario”.

Durante sus breves estancias en Morelia y Guadalajara, José Antonio fue un niño escolar que estudiaba con tesón, hasta merecer de su madre una carta con estas palabras: “La satisfacción que tengo de que el más querido de mis hijos sepa cumplir con sus deberes, me llena de gloria y me promete una esperanza halagüeña para el porvenir”. Doña Gertrudis adivinaba certeramente lo que podría llegar a ser el penúltimo de sus hijos.

Esta unión de los once hijos con los afortunados papás no iba a ser muy duradera. Don Francisco falleció en 1854, y sobre José María, el hijo mayor, cayó el peso de toda la familia, de la que vino a ser un segundo padre, hasta que murió en el año 1875. La madre, Doña Gertrudis, moría en 1859, con la pena de tener en la lejana Europa a su hijo más querido, al que había despedido hacía cuatro años colgándole un rosario en el cuello “para reconocerlo en el valle de Josafat”...

### **Insigne tradición sacerdotal**

Los hermanos de José Antonio fueron tomando estado y la familia se multiplicó en abundancia como una bendición de Dios. Entre los sobrinos que tendría, y como para no romper la tradición trisecular de los Plancarte-Labastida, seis abrazaron el sacerdocio, todos ellos notables por su saber y virtud, párrocos, canónigos, profesores y maestros eminentes: **Miguel Plancarte y Garibay; Rafael Plancarte Igartúa; Gabriel Méndez Plancarte; Alfonso Méndez Plancarte; José Villaseñor Plancarte;** el Padre **José Plancarte Igartúa**, Rector del Seminario de Zamora y fallecido como santo Jesuita. Pero entre todos los sobrinos descuella el autor prestigioso de grandes obras y Arzobispo **Francisco Plancarte y Navarrete**.

Recordados rápidamente así los descendientes directos de Don Francisco y Dña. Gertrudis que abrazaron el sacerdocio, es necesario remontarnos ahora *hacia atrás* e ir tanto a los ascendientes Plancarte como a los de Labastida y Dávalos que honraron tanto a la Iglesia de Dios en México.



Empezamos por la rama paterna. Guillermo Plancarte, un español originario de Navarra, llega a Nueva España el año 1526. De su ilustre descendencia, dejamos aparte los vástagos que brillaron en la ciencia o en las artes para fijarnos únicamente en sus glorias sacerdotales.

**Fray Cristóbal Plancarte**, beneficiado de Aranza, y en especial su hermano **Pedro**, de quien el jesuita Padre Ramírez juró ante el Obispo “con más de veinte testigos en orden a su canonización”. Otro **Cristóbal Plancarte**, religioso agustino, con fama también de santo, renunció por tres veces a ser Obispo, “porque más estimo estos polvos y este negro hábito que las púrpuras y las mitras”. El franciscano José Antonio Plancarte De Mota Padilla, conocido como **Fray José de la Trinidad**, misionero infatigable, “que dejó gratisimo recuerdo en todos los lugares con su fervorosa predicación y el ejemplo de sus insignes virtudes”. Fue además un literato y poeta de primer orden, de lo más distinguido en México durante el siglo dieciocho. Y siguen otros Plancarte más, como los sacerdotes **Don Pedro**, **Don Anastasio** o **Fray Nicolás**, el destacado agustino de Michoacán.

¿Y si de los Plancarte, tronco paterno de José Antonio, pasamos a los de Labastida y Dávalos, el tronco materno? Nos encontramos con las mismas glorias eclesiásticas, a partir del siglo dieciocho. Y hay que empezar con el sabio y ejemplar zamorano **Don Juan Benito Díaz de Gamarra y Dávalos**. Otro, el famoso Doctor **José María Cabadas y Dávalos**, iniciador de la actual catedral de Zamora. Uno más, el que fuera Obispo de León, **Don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos**, gran pensador y escritor. Igual que **Don Agen Mariano Morales de Jasso y Dávalos**, Obispo de Sonora y de Antequera. Quedan otros, como **Don Manuel Labastida** y **Don Francisco de Paula Labastida**.

#### Un tío y un sobrino

Pero, por la enorme influencia que tuvieron en la vida de nuestro biografiado, merecen mención aparte dos Arzobispos: el tío Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, hermano de Doña Gertrudis, la madre de nuestro José Antonio, y el sobrino Don Francisco Plancarte y Navarrete.

**Don Pelagio** fue indiscutiblemente el Obispo más preclaro de México en la última mitad del siglo diecinueve. Primero Obispo de Puebla en 1855 y después Arzobispo de México en 1863. Varias veces desterrado de la Patria, brilló siempre como una figura destacada de la Iglesia mexicana, lo mismo en Europa que en Estados Unidos, pero especialmente en Roma como Padre del Concilio Vaticano I. Sin caer para nada en el nepotismo, Don Pelagio formó a su ahijado José Antonio como hombre valioso y como sacerdote santo.

**Don Francisco**, citado ya anteriormente, hijo de su hermano Jesús, fue para Antonio el pupilo más entrañable. Diríamos que lo formó expresamente para Obispo, y, efectivamente, fue el primer Obispo de Campeche, después de Cuernavaca y finalmente Arzobispo de Linares-Monterrey. Este sobrino tan preclaro fue la joya más valiosa de que pudo gloriarse el Padre Plancarte. Muerto el tío, se convirtió en su primer y autorizado biógrafo.

Aunque muy breve esta biografía de nuestro José Antonio Plancarte y Labastida, era necesario hacer un breve recuento de estas glorias sacerdotales tanto de los Plancarte como de los Labastida y Dávalos. “¡Yo no seré Padre!”, le hemos oído decir al muchacho José An-

tonio con verdadera convicción. Pero había una tradición familiar entre los Plancarte-Labastida que Dios estaba dispuesto a no romper sino, al contrario, a hacerla llegar, con José Antonio precisamente, a su cumbre más alta.

### Seis años con los ingleses

El tío Obispo, Monseñor Labastida, había sido expulsado de Puebla a punta de pistola, mientras oía al Oficial:

-Señor Obispo, se han acabado las dos horas de plazo. O sale usted, o hago uso de las armas.

Don Pelagio era un hombre de grandes miras, y quería para su ahijado más querido una cultura amplia. Ahora que marcha fuera de México al destierro, nada mejor que sacar también al muchacho y llevarlo consigo a Europa. Lo mismo pensaba el hermano mayor, José María, que cuidaba de todos sus hermanos:

-Si no estás contento en Puebla, me lo dices y te vas a Europa con tu hermano Luis. Yo mismo estoy dispuesto a llevarlos.

Los Seminarios de Morelia y Puebla habían puesto los fundamentos de la formación humanística de José Antonio. Ahora les tocaba a Inglaterra y a Roma prepararlo en la ciencia y en la virtud para las grandes empresas que Dios le tenía reservadas.

El viaje se decidió rápidamente. De Veracruz a La Habana, a Galicia en España, a Southampton en Inglaterra... En Londres, el tío Monseñor Labastida presenta sus dos sobrinos al célebre Arzobispo y Cardenal Wiseman, y le pide les recomiende un buen Colegio.

-¿Un buen Colegio? Vaya al de Oscott, del que yo fui Rector. Está al lado del Seminario Diocesano de Birmingham.

¡Oscott! Era la cuna del renacimiento del catolicismo inglés. Allí, el primer Oratorio de San Felipe Neri, y de donde saldrían los célebres convertidos Newman, Manning y Faber, que iniciarían el movimiento católico de Oxford. El Colegio de Santa María recomendado por Wiseman no era precisamente un seminario para clérigos, aunque su reglamento, la disciplina y las formas de piedad superaran en seriedad a cualquier plantel de sacerdotes. En él se formaban los muchachos católicos de la aristocracia inglesa, y especialmente los hijos de los convertidos al Catolicismo, para figurar después en el Parlamento, el Ejército, la Marina, la Diplomacia y el Foro. Monseñor Labastida quedó sorprendido de lo que ponía en sus manos la Providencia de Dios para sus sobrinos.

Nada más llegar el 25 de Agosto de 1856, José Antonio se encuentra con un estudiante mexicano que va a ser para toda la vida un amigo entrañable: Ignacio Montes de Oca y Obregón. Nacidos los dos el mismo año, Ignacio llegará a ser Obispo de Tamaulipas, Arzobispo de Monterrey y de San Luis de Potosí. Este joven tan prometedor en Oscott, dirá muchos años después hablando de José Antonio:

-Desde que lo conocí, me atrajo como un imán irresistible. Mi larga residencia en Inglaterra y la cátedra superior que cursaba movieron al Prelado Mons. Labastida a encomendarme su sobrino y a cuidar de él como un mentor. Pero el maestro tenía mucho que aprender del discípulo. Desde entonces admiré en José Antonio ese don de piedad que lo había de distinguir hasta el sepulcro. Fue él quien me enseñó a repetir en mis problemas y necesidades: *¡Jesús, Jesús, Jesús!*

Esto, lo que dirá de José Antonio el amigo Ignacio. Y sobre Ignacio escribirá José Antonio:

-Montes de Oca me trataba como si hubiera sido mi hermano y se empeñaba en consolarme y servirme. Allí quedé recomendado a sus cuidados; allí me prodigó servicios verdaderamente paternos; allí me edificó con sus virtudes religiosas y civiles. Ciertamente que le debo muchos favores a los cuales sólo puedo corresponder con mi gratitud y sincero agradecimiento.

En estas palabras advertimos algo serio. Ese “consolarme” lo dice todo. Era natural que los principios resultasen duros. Lejos de la Patria, de la mamá, con una lengua que de momento no entiendo, y con costumbres tan distintas a las mexicanas..., José Antonio escribe con nostalgia:

-No veo la hora de volver y lo haré cuando vuelva mi tío, que espero en Dios sea pronto. Le escribimos a mi tío que había marchado a París, y le dijimos todos los reglamentos del Colegio y lo tosco de los ingleses. Él nos dijo que no nos adelantáramos a hablar mal del Colegio y que aprendiéramos de Ignacio Montes de Oca que llevaba cuatro años fuera de México, y que estaría aún más por su bien. Esta carta nos consoló mucho.

Este estado de ánimo era muy provisional y pasajero. Casi seis años permanecerá José Antonio en el Colegio de Oscott y de él saldrá con una formación humana y espiritual excelentes. La crisis primera se resolverá pronto, máxime cuando ya hablase el inglés:

-Al final del año estaba muy contento y resuelto a no volver a México hasta concluir.

#### **Algo de aquellos días**

“Algo” nada más, porque se podría decir mucho. Lo de menos es que se llegase a codear con gente muy importante. Porque un día recibe en su propio cuarto la visita del Cardenal Wiseman, y otro conoce y trata al gran convertido de Oxford, el futuro y santo Cardenal Newman. José Antonio presenta una personalidad tan fuerte, que escribe con gracia: “todos dicen que tengo veinticinco años cuando hace seis días cumplí diecisiete”. Algo se escondía en aquel joven soñador, que no piensa en ser sacerdote sino consagrarse al Comercio, a la Minería o ser Ingeniero, hasta proponer ya ahora a José María su hermano lo que hará después con el primer ferrocarril de Michoacán entre Zamora y Jacona:

-Sería bueno que entre todos los hermanos y otros comerciantes hiciéramos una compañía con la Compañía de Caminos de hierro de Inglaterra, para hacer un ferrocarril que fuera, por ejemplo, de Guadalajara a San Juan de los Lagos, a San Blas o a México. ¿Qué te parece? Tú amas a tu Patria y la civilización, yo también, y espero que tú me animarás en mis proyectos. Después que esté un tiempo a tu lado, y ya esté ducho en el comercio, pondremos dos tiendas, y luego que el bolsillo esté lleno yo me vendré a Inglaterra a comprar una máquina de Tejidos... A Jesús y a Gabriel, que son agricultores, les voy a proponer el comprar una máquina para trillar. Con dicha máquina dos hombres pueden trillar en dos días todo el trigo de Tamándero y la Saucedá, y, además de usarla en nuestra hacienda, la podríamos alquilar a todos los vecinos.

Fantasea, y no diremos que no es un muchacho con ideal, en el cual se adivina el futuro formador de jóvenes, ya que ahora está tomando tan seriamente su propia formación. Empezando por los deportes:

-Todo el campo estaba lleno de nieve, y yo jugué una carrera a pelotazos de nieve... Jugué críquet; yo hice trece corridas y fui el que hice más... La esgrima la empecaré después de las vacaciones y procuraré sólo tirar la espada... Patines, Basket-ball... El tiro de pistola no se estila aquí y la pólvora ni se ve y es lo que más prohíbe el Colegio.

Pero más que el deporte, a José Antonio le importaba el estudio, del que nos da noticias importantes:

-Nos examinamos de clásicos y yo fui el que pasó mejor en mi clase... Hago ejercicio en particular sobre Aritmética, pues es lo más interesante para el Comercio... Yo obtuve el primero en Física, Matemáticas y Teneduría, y el segundo en las otras materias... En la Flauta he adelantado bastante y ya sé tocar más de veinte piezas... Aunque el Baile y la Pintura no me provocan todavía...

Ya se ve: un muchacho serio, de valer, y con grandes ansias de superación. Sin olvidar lo más importante, como es su piedad y formación espiritual:

-Los Ejercicios Espirituales, las funciones de Semana Santa, el Mes de María valieron mucho para mí, y me avergonzaría volver a México siendo el mismo que cuando salí de allá.

Doña Gertrudis tiene noticias justas de sus hijos, y les escribe orgullosa:

-Me llena de placer, y yo sola me doy los parabienes de tener dos hijos de poca edad pero de buen juicio. La Providencia les está proporcionando todos los elementos con que pueden ser felices en esta vida y en la otra. Pido a Dios que se aprovechen de esa educación moral que están recibiendo. La conducta suya es buena y, por lo mismo, sigan los buenos consejos que se les hagan. Me despido con las expresiones más tiernas del afecto de una madre que sólo desea la felicidad de sus hijos. Adiós, hijos míos, hasta otra vez.

Y les había dicho en una misiva anterior:

-Cuando veo renacer en el corazón de mis queridos hijos sentimientos tan religiosos como el de no hallar consuelo más que en recinto del templo, llena mi corazón de tal placer que, para explicarlo, necesitaría la pluma de San Pablo y decirles cuánto es lo que siento, cómo y por qué.

Aunque Doña Gertrudis no iba a gustar aquí la alegría más grande que le habría dado José Antonio su hijo si le hubiese visto consagrado sacerdote... Ese hijo, a sus dieciocho años, paseaba un día por las calles de Londres sin saber que mientras tanto su madre se extinguía bajo una enfermedad sufrida con temple de mártir. Confesará al saber la noticia:

-Tuve el gran sentimiento de no haberle dado a mi amada madre una última mirada. Este corazón despertará cuando vuelva a México y lo despedace el fatal golpe de no encontrar al ser más querido que Dios me dio en este mundo.

Porque la mamá, ya lo sabemos, murió en Octubre de 1859.

## Dios comienza a intervenir

¿A intervenir Dios, en qué? Nos lo podemos figurar. Aquel “Yo no seré Padre” de José Antonio empezaba a tener muy poca consistencia. Sobre estos días de Oscott, confiesa él mismo:

-Aquel José Antonio tan cortés, tan galante, tan visitador, tan obsequioso, tan presumido y amante de quedar bien con las mujeres... ha comenzado a conocer el mundo y sus engaños y le hace cosquillas el pasado. Me disgustaba el carácter que había tenido, y se me hacía ridículo todo aquello de los amores en Morelia... En 1859 los Ejercicios Espirituales y la Semana Santa excitaron en mi corazón firmes propósitos de vivir una vida muy arreglada para vivir bien... Y con la muerte de mamá me di cuenta de lo poco que duran los placeres de este mundo.

Eran los principios de un viraje radical en la vida. Por otra parte, el incondicional amigo Ignacio Montes de Oca regresaba de México otra vez a Europa y se dirigía a Roma para ingresar en la Academia de Nobles, estudiar en el Colegio Romano e iniciar la carrera sacerdotal. Esto significaba para José Antonio una invitación silenciosa de Dios: -¿Y si yo hiciera lo mismo?...

Tenemos recuerdos de las conversaciones entre los dos amigos. La angustia de José Antonio en su hablar con Ignacio provenía, especialmente, de sus prejuicios contra la vocación sacerdotal:

-Tú, Ignacio, no tienes dudas. Pero yo creo que no podré ser sacerdote, porque soy muy rico y tengo mucha curiosidad.

-Precisamente, José Antonio, con esa riqueza y pasión debidamente vividas, debes vencer esos que a ti te parecen obstáculos y ser después un gran sacerdote de la Iglesia Católica.

La idea se le va clavando a nuestro José Antonio cada vez más honda:

-Empecé a examinar los diferentes estados en que vive el hombre, y mis propias inclinaciones; y este examen dio por resultado que la vida eclesiástica era la más segura para mí.

En la oración, le dice a Dios decididamente:

-Dios mío, llámame al estado en que Tú quieres que yo te sirva.

Se presenta la duda y la tentación, pues el enemigo no se duerme. ¿Qué hará José Antonio en los días de retiro en que va a entrar? Él mismo nos comunica sus sentimientos:

-Con el auxilio de Dios y la obediencia al que me dé los Ejercicios decidiré resueltamente al final de la Semana Santa, y mandaré fuera al diablo con todas mis dudas y temores.

Dudas y temores surgidos en el mismo Director de los Ejercicios, el Padre Aylward, que le dice:

-Me parece que Dios te quiere en el matrimonio...

Pero siguen los Ejercicios, hace José Antonio confesión general, y recibe del Padre una respuesta muy diferente:

-Sí; creo que Dios te llama al sacerdocio. Tu vocación es verdadera.

El Padre Grosvenor piensa lo mismo, y le aconseja con decisión:

-Deja Oscott, y vete a estudiar en Roma.

El mismo Cardenal Wiseman, que aprecia tanto al sobrino de Monseñor Pelagio Antonio Labastida, le dice con resolución y cariño:

-En Roma, vete a estudiar en Roma; ingresas en la Academia Eclesiástica para Nobles, y cursas en el Colegio Romano.

### **¿Y la familia?**

Monseñor Pelagio era muy prudente, callaba, pero pensaba lo mismo desde hacía tiempo. Hasta que vino la primera confidencia de José Antonio al mejor de sus tíos:

-Mis inclinaciones para ser sacerdote aumentan y es muy probable que ya no cambie de idea, aunque no hay que decir nada a la familia.

Porque ahora se planteaba una cuestión acuciante:

-¿Y qué dirá mi hermano José María? Siempre le he dicho que escogeré la carrera que él me indique. Cuando lo sepa...

Lo supo, y vino la respuesta furiosa:

-¡Sacerdote, no! Eres la esperanza de la familia... Esta resolución no es de ahora, la tenías ya antes, y por eso eres un hipócrita, pues asegurabas que dispusiéramos tu profesión y que nos la obsequiarías con tu voluntad... Además, te engañas. No vas a ser feliz. En el sacerdocio tendrás tentaciones, ¿y si no las sabes vencer?...

Pero José Antonio supo responder:

-Las mismas tentaciones que tú crees me vendrán cuando sea Padre, te pueden venir a ti que eres casado. El sacerdote se desposa con la Iglesia y un marido con su mujer, ambos tienen que ser fieles a sus esposas, y los lazos que los ligan los desenlaza sólo la muerte.

Le añade además una razón que a José María podría llegarle al corazón:

-¡Qué felicidad tan grande es ser ministro de Jesucristo y ofrecer su Cuerpo y su preciosa Sangre por el descanso de nuestros padres y hermanos difuntos!

La memoria de los seres queridos ablandaba toda resistencia, y José María, que era excelente católico, aceptó, como no podía ser menos, la decisión de José Antonio. De hecho, cuando éste ya sea sacerdote, José María será un mecenas y un ayudante eficaz en las obras apostólicas de su hermano, el cual escribirá a raíz de la muerte de José María en 1874:

-Cuando traté de ordenarme, José María fue el crisol de mi vocación. Pero cuando volví al país viví como un hijo a su lado y él me trataba como si yo fuera su padre; cuando me hicieron Cura de Jacona, él era mi consuelo en todo; cuando fundé mis Colegios, él se declaró su protector y los amó tanto o más que yo. Cuando creyó morir, todo su anhelo era morir en mis brazos. ¿Podré olvidar tanto amor, tanta fineza? ¿Hallaré consuelo cuando en él he perdido un hermano, un padre, un hijo, un protector, un amigo?...

### **Aunque arrecien las dificultades...**

¡A empezar sea dicho!... Los ideales y los propósitos iban en serio. De momento ha de continuar en Oscott, pero la mirada se dirige a Roma, a donde apuntaba el tío Pelagio. Por eso, se empeña en el estudio del Latín, pues ya quedaba muy lejos el que aprendiera en Morelia y en Puebla. Pasa a estudiar Filosofía y Teología, porque el Colegio de Oscott se ha convertido también en el Seminario Central para los aspirantes ingleses al Sacerdocio. José Antonio toma a pechos su decisión de ser sacerdote, y asegura resuelto:

-¡Dios y la Virgen Santísima me darán las gracias necesarias para empezar y acabar!

En el Colegio ejerce el oficio de sacristán, y lo desarrolla con tal empeño, embellece de tal modo la Iglesia, resultan tan espléndidas las celebraciones, que nos asegura el mismo José Antonio:

-Los Superiores rendían grandes aplausos a mi talento en este punto..., y a mí, estos roces con las cosas sagradas, a la vez que los Ejercicios, me reafirmaron en mis ideas más que nunca.

El sendero está bien trazado, y es cuestión únicamente de recorrerlo con decisión. Sus propósitos son firmes y los expresa con nitidez en orden a su futuro sacerdocio:

-Pisotear mi amor propio y rehuir toda alabanza y honor.

-Ni sensualidad ni apego a la buena vida.

-No quiero dignidades, y aceptaré las humillaciones.

Todo esto era cierto. Pero la tentación y la duda le atenazaban a veces de manera que lo llenaban de angustias atroces:

-Hasta la muerte me sería grata con tal de no escoger estado.

No hay que extrañarse. El enemigo le rondaba como a Jesús en el desierto. Pero el Espíritu Santo, que lo preparaba para obras grandes en su Iglesia, estaba también muy al tanto.

Para entender el estado de ánimo de José Antonio en estos días, basta leer algunos párrafos de su Diario:

-Parece que mientras más días pasan, menos resolución tengo. El miedo de arrepentirme, las tentaciones y otras dificultades me turban la cabeza. Nunca se me quita de la memoria la terrible idea de que, si me ordeno, y después me arrepiento, no podré volverme atrás y me perderé para siempre: este pensamiento me acobarda y me atemoriza. Pero, después del cuento, el lazo del matrimonio es casi lo mismo: si el hombre elige mujer y yerra en su elección, se hace infeliz y probablemente pierda su alma.

Un párrafo como éste lo acaba con aire de triunfo:

-¡Yo pongo mi confianza en Dios y en la Virgen Santísima!

Aquí estará el secreto. ¡Las cosas que va a realizar José Antonio en su vida con la gracia de Dios y la protección maternal de la Virgen, en especial bajo su advocación de Guadalupe!...

## Roma

Ahora marcha José Antonio por primera vez a la Ciudad Eterna, y seguirán después varias más como un augurio feliz de la bendición y el apoyo del Papa que le seguirán siempre.

En Mayo de 1862 deja Oscott, a donde regresará en Agosto para recoger nuevamente sus cosas, y el día primero de Junio ya era recibido por el Papa Pío IX:

-Y tú, ¿qué vas a ser, hijo mío?

-Quiero ser sacerdote.

-¿Sacerdote? Dí, di esta oración: "Señor, enséñame a cumplir tu voluntad, porque Tú eres mi Dios".

Ocho días más tarde, el Papa declaraba Santos a los Mártires Japoneses en una canonización sin precedentes, con la asistencia de todos los Cardenales y más de trescientos Obispos, entre los cuales estaban todos los de México desterrados por Benito Juárez, orgullosos

por la gloria del protomártir mexicano San Felipe de Jesús. José Antonio permanecía entre la multitud de los asistentes lleno de asombro:

-No puedo describir mi emoción al ver aquella cara de Pío Nono, tan dulce, tan santa, tan tierna, tan emotiva... En aquel momento fue cuando vi más claramente lo que es el Catolicismo.

Absorto en este pensamiento, no hacía caso de nada, y de sus labios le salió silenciosa esta oración:

-San Felipe de Jesús, ruega para que me sea concedida la gracia de llegar al sacerdocio.

En esta mañana luminosa del 8 de Junio despuntó en la mente de José Antonio una idea que tendrá grandes consecuencias:

-¿Y no hará nada México por este su protomártir San Felipe de Jesús?...

En eso habrá que pensar más tarde.

Ahora, el 19 de Julio, en otra audiencia con el Papa, José Antonio le agradecía el haberle concedido, junto con el amigo Montes de Oca, ya subdiácono, el entrar en la Pontificia Academia Eclesiástica, para la que había sido recomendado por el Cardenal Wiseman, el Arzobispo de Birmingham y el tío Pelagio.

El regreso a Oscott le proporcionó otro golpe serio en orden a su vocación. ¡La ingratitude de los hombres!... Que lo cuente él mismo:

-El Presidente del Colegio me dio la mano y me despidió con un simple Good by! Salí descorazonado por haber recibido una despedida tan fría, sin una señal de gratitud por lo mucho que yo había hecho por el Colegio... Nadie me vino a ver ni acompañar y parecía que nadie sabía que me iba, sólo las pobres criadas... Jamás había visto yo salir a alguien de Oscott sin que su Superior o algún amigo le acompañase hasta el carruaje; sólo yo salí como si nadie me hubiera conocido o como si hubiera sido la maldición del Colegio.

Dios iba purificando el ideal de José Antonio. La vanidad del mundo es así. No vale la pena servirlo. Dios es el único que no falla.

### **Perfilando el ideal**

Antes de comenzar el curso académico, José Antonio hace una peregrinación a Tierra Santa. Nada de curiosidad. Enteramente espiritual. Ninguna pérdida de tiempo. Sus apuntes casi emocionan. Es una peregrinación que recuerda la de un Ignacio de Loyola apenas convertido, y de la que volvió con un amor apasionado al divino Maestro.

Una santa envidia y un estímulo más le invadieron el alma cuando el íntimo amigo Ignacio Montes de Oca fue ordenado sacerdote y celebraba su primera Misa en el Gesù sobre el altar de su Patrón San Ignacio, ayudada como monaguillo por el mismo Placarte:

-¿Me tocará un día a mí?...

Desde la Academia Eclesiástica donde reside va diariamente para las clases de Teología al Colegio Romano, hoy Universidad Gregoriana, el más prestigioso centro del saber de la Compañía de Jesús, por donde habían desfilado durante más de tres siglos toda una legión de sabios y de santos. En los días de José Antonio contaba con figuras como Franzelin y Perrone; además, tenía como profesor privado al prestigioso sacerdote y futuro Cardenal Serafin Vannutelli. Poco después de iniciado el curso, tiene nueva audiencia con el Papa Pío IX, que le dice con su gracejo de siempre:



-Bueno, y ya que te has disciplinado mucho y santificado con la austera peregrinación a Tierra Santa, ¡ahora, a estudiar fuerte!

El tío Pelagio tiene pocas dudas:

-Nada es capaz de separarlo de su vocación y de la carrera que ha emprendido.

Y se reafirma en su vocación cuando el tío es designado por el Papa nada menos que Arzobispo de México... Porque José Antonio tiene la idea muy clara: Sacerdote, para trabajar por la niñez y juventud, y especialmente por los Seminarios de mi Patria. No es una ilusión vana. No pretende con ello ni dignidades ni honores, como lo atestiguan tantas frases de sus apuntes en estos días:

-Propongo no ambicionar riquezas, honores ni distinciones... Me esforzaré por imitar en todo a mi Señor Jesucristo... ¡Divino Maestro! Mi mayor complacencia es imaginarme entregado del todo a tu servicio y a la salvación de las almas, viviendo pobremente y socorriendo a los pobres; predicando, dando Ejercicios, catequizando y, en fin, gastando los días y las noches en tu santo servicio.

### **Los dos últimos bandazos**

Pareciera que todo está solucionado en la vocación de José Antonio. Pero, no; hay que resolver una duda y vencer la tentación más peligrosa.

Sacerdote, si, esto está claro. Sin embargo, ¿dónde y cómo? ¿Encuadrado en la vida religiosa, o al servicio de una diócesis a las órdenes del Obispo? Esta cuestión la tomaron Antonio y sus directores espirituales con toda seriedad. Practicó un Retiro especial. José Antonio se inclinaba por ser sacerdote diocesano; el jesuita Padre Cicolini creía mejor dentro de una Orden, que, tal como estaban las cosas, hubiera sido la Compañía de Jesús. Con suma lealtad por ambas partes, y mirando sólo la gloria de Dios y bien de la Iglesia, el Director se inclinó finalmente por la opinión de José Antonio:

-Tienes toda la razón. Si deseas entregarte con todo ardor a la reforma de los Seminarios en tu Patria, y darte del todo en ellos a la formación de los futuros sacerdotes, yo tampoco lo dudo: quédate sacerdote diocesano.

José Antonio se tranquilizó en absoluto:

-Quedé conforme en todo y resolví no pensar en nada más que en ordenarme y después volver a México, y hablar allí con mi tío. Nadie puede figurarse el desahogo, consuelo y tranquilidad que experimenté, luego que vi mi vocación enteramente decidida y sellada por mí.

¿Todo resuelto?... Así parecía. Pero, antes de que llegara el Subdiaconado, cuando venía el compromiso del celibato para toda la vida, el enemigo le plantó a nuestro José Antonio la batalla decisiva, aprovechando una ocasión inocente por demás. Llegó a Roma desde México Don Domingo Llamas con su esposa María Antonia y sus hijos Manuel y Rosarito. José Antonio los visita en el Hotel. Mucha alegría en todos, y más por la amistad que el hermano José María tiene con ellos en Guadalajara. José Antonio confiesa sin complejos:

-Yo, desde hacía siete años no había tratado mujeres mexicanas. Ahora, todos los días iba a visitarlas y pasaba con ellas muy buenos ratos en su compañía. Rosarito me encargó le comprara algunas pinturas, esto me ocupó bastante, e hizo más íntimas nuestras relaciones, tanto que yo no podía estar sin ellas, ni ellas sin mí... La víspera de la fiesta de San Pedro

fui con ellas a la iluminación de la Cúpula y a los fuegos artificiales. Todo estuvo muy bonito.

¡Claro! Y sobre todo estuvo muy bonito por el amor que brotaba hacia esa Rosarito tan encantadora, tan buena, amor bien diferente al de los devaneos con aquellas chiquillas de Morelia a los quince años... ¡Ay, esta Rosarito!...

José Antonio reconoce la verdad:

-La amistad e intimidad con la familia Llamas me hizo palpar las eminentes virtudes y buenas cualidades de una joven a quien yo apreciaba por su piedad, buen genio y demás; en ella veía yo el tipo de la mujer que haría mi felicidad en el matrimonio. Las mutuas simpatías me aseguraban que sería fácil su correspondencia. Estos afectos hacia la virtuosa joven se arraigaron un poco en mi corazón y aumentaron mi vacilación y confusión...

El afecto que había nacido en el corazón no se iba tan fácilmente:

-Los Llamas se marcharon de Roma el 15 de Julio, y yo, que tanto me había engreído con ellas, me quedé sumamente triste.

“¡Yo pongo mi confianza en Dios y en la Virgen Santísima!”, escuchamos antes a José Antonio. Y Dios y la Virgen acudieron a él en estos momentos decisivos, en los que se pudo preguntar: ¿Me ordeno o no me ordeno?... Y vino finalmente la paz al corazón:

-Aunque los primeros días los pasé muy triste y sentí un poco la inquietud del enamorado, como yo no me dejaba dominar por mi pasión y no perdía de vista mi último fin, poco a poco recobré mi antigua tranquilidad; porque ya tenía pruebas de que, con la gracia de Dios, podré resistir a ese amor natural del hombre hacia la mujer.

Después de las nubes, brillaba esplendoroso el sol.

Antes de llegar al momento final, José Antonio se sometió a una terapia criminal en la Silesia austriaca, un tratamiento hidropático muy riguroso a base de aguas termales, para curar la enfermedad estomacal que le afectaba, y sobre la cual escribía al amigo Montes de Oca:

-Si no me hubiera alentado la esperanza de ordenarme sacerdote, jamás me hubiera sometido a tan atroz martirio.

Repuesto en su salud, se hallaba dispuesto a subir las gradas del Altar.

### **En la cima soñada**

Marzo de 1865. No todos saben en la Academia Eclesiástica para Nobles que José Antonio Plancarte se está disponiendo para el sacerdocio, pues muchos de sus alumnos se forman sólo en orden a la diplomacia y altos cargos al servicio de la Iglesia. Ahora José Antonio va a la vecina ciudad de Tívoli para recibir allí las Órdenes Sagradas. Antes que nada, pide otra audiencia, la sexta, al Papa Pío IX, que le bendice complacido:

-Hijo mío, trabaja con empeño y constancia por la gloria de Dios y aprende a no temer persecuciones y trabajos.

Aquel Papa inmortal, tan lleno de Dios, ¿no adivinaba nada especial en este muchacho mexicano, al que distinguía con afecto tan singular?...

El 21 de Marzo recibe José Antonio las Órdenes Menores, y empieza a vestir la sotana, de la que dice:

-Al levantarme por la mañana, abrazaba y besaba mi sotana, repitiendo los hermosos versos del salmista: “El Señor es el lote de mi herencia y mi copa, me encanta mi heredad”... ¡Señor, dame la muerte antes que deshonrar esta sotana!...

Era eco de lo que había escrito tiempo atrás:

-No permitas, Dios y Salvador mío, que yo deshonre tu santo ministerio. Te lo suplico, te lo ruego, te lo pido por tus cinco llagas sacratísimas y por el amor de aquella Madre bendita que te acompañó en tu última agonía.

El primero de Abril, vencidos los últimos y terribles escrúpulos y miedos, se presentaba al Obispo para recibir el Subdiaconado. Aquel “todavía están libres” del Obispo ordenante, le estremeció, pero, añade José Antonio:

-Estaba firmemente convencido de que si yo era fiel al Señor, Él sería fiel a sus promesas.

Y añade:

-Cuando en la Academia me vieron vestido de sotana en la Bendición eucarística, todos se sorprendieron, pues, sin ellos saberlo, salí de ella seglar y volvía ordenado de subdiácono.

El Diaconado lo recibió el 28 de Mayo. Y el 11 de Junio, Domingo de la Santísima Trinidad, ¡por fin!, en la Capilla del Seminario de Tívoli, se tumbaba en tierra boca abajo durante el himno al Espíritu Santo y las Letanías:

-Entonces sí que no pude resistir más y prorrumpi en sollozos y copioso llanto. Después, mientras me ungían las manos, mis lágrimas se mezclaban con el óleo santo. Consagradas las manos, toqué el cáliz y la patena y quedé para siempre hecho sacerdote... Intentar describir mis sentimientos, sería apagar todo su esplendor.

El día siguiente lo pasó en retiro espiritual.

Porque el día 13, fiesta de su Patrón San Antonio de Padua, sería la primera Misa en la iglesia de San Ignacio, sobre el altar de la capilla de San Luis Gonzaga. Todo un lujo de asistencia: diácono y acólitos, dos futuros Cardenales; Obispos, Diplomáticos, Embajadores, Militares mexicanos y españoles, Ministros de Estado, miembros de la nobleza romana, muchos sacerdotes, los alumnos del Colegio Latinoamericano y los de la Academia para Nobles. En el besamanos, José Antonio permaneció sentado, mientras sus sentimientos eran los más sublimes:

-En esos momentos sentí y palpé la alta dignidad del sacerdote. Pensaba que mi madre me miraba desde el cielo, y mi corazón se llenaba de miedo y de ternura. Si alguno hubiera penetrado en mi corazón, hubiese encontrado que más pensaba en las espinas futuras que en las rosas presentes. Conocí que este triunfo y gloria eran el principio de la Pasión.

Sólo un sacerdote santo piensa así. Unido al sacerdocio de Cristo, la suerte del sacerdote en este mundo ha de ser por fuerza la Cruz, con la cual se abraza generosamente. El día lo quiso terminar en el retiro, durante el cual escribía:

-Espero que en medio de mis pesares y trabajos, volveré los ojos hacia este día y recordaré el santo entusiasmo con que hoy me he consagrado y ofrecido a Dios.

## Los adioses a Roma y Oscott

Faltan cuatro meses todavía para regresar a la Patria querida. Misas en los templos de más devoción: Santa María Mayor, habitaciones de Estanislao de Kotska y Juan Berchmans, Santa Cruz de Jerusalén, y la última, el 11 de Octubre, ¡no faltaba más!, sobre la tumba de San Pedro.

Unos días antes, el 30 de Septiembre, tuvo nueva audiencia con el querido Papa Beato Pío IX, que manifestó las ilusiones que le ofrecía el novel sacerdote, y a las cuales respondía éste:

-Santísimo Padre, hago votos de unirme a la Santa Sede en pensamiento, palabra y obra toda mi vida, y protesto contra todo lo que de ella me separe. Bendiga su Santidad mis promesas, para no faltar jamás a ellas, y morir yo antes que quebrantarlas, para que sea buen sacerdote y perseverare en la obra que trato de emprender en el seminario de México.

El Papa gozaba oyéndolo, y acabó muy a la italiana:

-¡Bravo, hijito! ¡Bravo, bravo!

Comentará después José Antonio:

-Salí de la audiencia del Papa lleno de valor para emprender la obra más ardua de un apóstol, y aun para sufrir el martirio en defensa de la fe y de la Santa Sede.

En este su último día de Roma juró dentro del Vaticano una fidelidad inquebrantable al Papa y a la Santa Sede. En un pliego que se colgó al pecho durante la Misa, había escrito una solemne profesión de fe, y rogó a los Apóstoles San Pedro y San Pablo durante la celebración:

-Alcanzadme la gracia de morir antes que faltar en lo más mínimo a lo que este pliego contiene y lo que yo siento en estos momentos.

Acabada la Misa, besó la estatua de bronce de San Pedro y contempló una vez más los mármoles de la Basílica, que le inspiraron una bellísima plegaria, compuesta frente al baldaquino de Bernini:

-Dame, Señor, la consistencia de este bronce en mis principios católicos; la frialdad de este mármol en las tentaciones de la carne; la firmeza de estos muros en mis buenos propósitos, y la perfección de este templo en mis obras, en mis acciones y en mis ministerios.

Con el corazón esponjado, y lleno de gozo a la vez que con dulce nostalgia, montó José Antonio en el tren que le llevó hasta Civitavecchia, donde embarcó hacia Inglaterra, en la que tuvo ocasión de visitar Oscott, de tantos recuerdos, algo amargos unos, pero ahora superados por emociones hondas:

-¡Con qué gusto y devoción dije yo la Misa de comunidad en la capilla que recibió mis primeras lágrimas en Inglaterra; donde había llorado por mi madre y ofrecido los primeros sufragios por su alma; donde Dios me había escogido para ser su ministro; donde María Santísima había escuchado mis plegarias, donde me libró de la perdición y me condujo hasta ese inolvidable altar en el que ahora tenía la dicha de celebrar el Santo Sacrificio!

El Padre Bottler le comentaba irónico:

-¿Se acuerda cuando adornaba los altares de la Virgen en el mes de Mayo?... Fui el primero en decirle que usted se equivocaba de vocación: el Comercio, la Minería... Usted era para esto, para sacerdote.

José Antonio sonreía. Y sonreímos nosotros ante la divertida profecía del muchacho: “Yo no seré Padre”. Resultó mal profeta, por dicha nuestra... Pronto lo sabrá todo México, a donde va a llegar dentro de pocos días.

## II. EL CURA PÁRROCO DE JACONA

El ideal de José Antonio estaba bien claro: Sacerdote y educador de la niñez y juventud, tanto masculina como femenina. Ahora, en una Parroquia, encuentra el campo más apropiado para darse de lleno a las almas. Aquí va a fundar instituciones que perpetuarán después, multiplicado hasta lo indecible, su sagrado ministerio. Tenemos por delante quince años de gran fecundidad sacerdotal.

### Las primeras mieles

El Padre Plancarte, muy realista por una parte, y por otra muy desprendido como hombre de Dios, no se hace ilusiones con estos primeros días y meses en su tierra querida. Besos, abrazos, lágrimas, parabienes, acogida cariñosa por todos, empezando por el recién estrenado primer Obispo de Zamora..., y recuerdos entrañables que le llenan el alma.

Quiere celebrar la primera Misa en el templo de Los Dolores donde reposan los restos de sus padres. No puede con la emoción. Lloro a lágrima viva. Y escribe después:

-Estos eran mis pensamientos. Hace diez años que vi por última vez a mi madre. ¡Mi madre era una santa! ¡Mi madre fue una mártir! ¡Mi madre está llena de gloria en el cielo! Si no hubiera sido por ella, yo no estaría aquí revestido de la dignidad del sacerdocio, preparándome para ofrecer por ella el Santo Sacrificio. ¡Benditos sean los sudores de mi padre, que tantos bienes me proporcionaron! ¡Bendito sea mi tío Pelagio, por haberme servido de verdadero padre y guía! ¡Bendito sea mi hermano José María por haberme inspirado la idea de irme a Europa y haber cuidado de mis gastos de educación!

La gracia y el desprendimiento que le pide Dios no han matado los afectos más tiernos de la naturaleza. Ama a los suyos entrañablemente, y ahora los va a tener cada día muy presentes en el Altar.

El tío Pelagio Labastida, Arzobispo de México, lo tiene incardinado a su diócesis, pero lo cede gustoso a Monseñor José Antonio de la Peña y Navarrete, primer Obispo de la recién creada diócesis de Zamora. Y en Zamora comienza nuestro Padre José Antonio su ministerio sacerdotal de manera fulgurante. Llega la cuaresma de este año 1866, pero antes está el carnaval. El Padre predica y toma por tema la Pasión del Señor. Mucho fervor. Mucha unción. Y horas y horas de confesonario: de nueve de la mañana a una de la tarde, y de seis a ocho de la noche. Su primera predicación se convierte en un golpe mortal a las diversiones carnavalescas, hasta merecerle el simpático apodo de “El Padre matamáscaras”.

Puras mieles, que se mezclan a veces con hiel muy amarga. Era la una de la tarde, y aquel día estaba el Cura novel todavía en ayunas. Le llaman a confesar a un moribundo

leproso que yace sobre un charco de podredumbre y exhalando una fetidez insoportable. José Antonio sabe vencerse, domina toda su repugnancia, y escribe después:

-El Señor me dio fuerza, y gustoso reconcilié con Dios aquella pobre alma.

En este caso, José Antonio ha vencido una repulsión horrible. Otro día ha de confesar a dos penitentes muy especiales, y lo hace esta vez sobreponiéndose al miedo de perder la vida.

Los republicanos liberales se lanzan sobre Zamora el día 2 de Febrero de 1867, la sitian, llegan hasta la iglesia de Los Dolores, son rechazados después de seis horas de tremendos combates, y el Coronel Garrido, Jefe de los defensores imperialistas, está herido y llama al Padre José Antonio para que lo confiese. El valiente Sacerdote no duda un momento ante el cumplimiento de su deber. Atraviesa la línea de fuego, una bala le hace impacto en el pie, aunque sin consecuencias, y mientras confiesa al Coronel a quien han metido en una casa, se oye el vocerío infernal de la calle:

-¡Los liberales han tomado la ciudad y vienen a rematar al Jefe de la defensa!

Pero, era todo lo contrario. Derrotados los republicanos, se retiraban vencidos. Y nuestro Padre José Antonio se va sin más al cuartel y al hospital para auxiliar a los heridos, sin distinción de bandos. Los imperialistas, sin embargo, abandonaban la ciudad por la noche y se replegaban en la sierra. Todo quedó en paz.

Pero al amanecer, al ver la plaza totalmente vacía, piensa el Padre:

-¿Qué harán ahora los presos de la cárcel? Se escaparán, naturalmente, y se van a entregar al pillaje.

Para evitarlo, con la sangre fría de un militar, el mismo José Antonio manda emplazar ante la prisión dos piezas de artillería abandonadas, y exige montar guardia hasta que lleguen seguras las fuerzas republicanas.

No había acabado la aventura del Sacerdote. Los nuevos dueños de la ciudad lo llaman para que confiese a un soldado que va a ser fusilado por desertor. Confesado el infeliz, tiene el Padre la audacia de pedir a los Jefes el indulto para el condenado:

-¿Qué sacan con fusilarlo? ¿No es mejor que lo guarden vivo para el sitio de Querétaro?

Así se salvaba un soldado para la Patria, mientras que un Cura aprendía para siempre a no tener miedo a nada.

Después de estos serios incidentes con el leproso inaguantable y los soldados en armas, José Antonio, joven y divinamente atrevido, acabada la cuaresma empezaba con tandas de Ejercicios Espirituales en encierro para caballeros, para señoritas, para señoras, para educandas...

Por si esto fuera poco, enfermo el Párroco de Jacona, el Padre Plancarte presta a lo largo de este año sus servicios en la vecina parroquia, que ve con pasmo cómo la Misa de la mañana, a la que acudían antes sólo dos o tres personas, se llena de bote en bote durante el mes de Mayo, y por la noche queda invadida desde el atrio hasta el contiguo camposanto. El mes de la Virgen acabó con una Comunión de más de mil personas y una procesión con

la imagen de la Virgen de la Raíz, que recorría triunfal las calles de la población convertidas en un jardín.

Se sabe todo en Zamora, y crecen las simpatías por el joven sacerdote, hijo de la Ciudad y miembro de una familia tan respetable:

-Este curita va dar que hablar...

Mientras las gentes se dicen eso, el Obispo se pregunta inquieto:

-¿A quién pongo en Jacona, ahora que ha muerto su Párroco?...

Al saberlo, José Antonio se resiste:

-¡No, Monseñor! Piense en otro. Yo conozco mi insuficiencia para este cargo.

Pero el bondadoso Prelado se pone firme:

-¡Vaya, le digo! Que yo asumo la responsabilidad de todos sus actos.

Aquí tenemos ahora al flamante alumno de Oscott, al de la Pontificia Academia Eclesiástica y al del Colegio Romano, convertido en Cura rural, sin pretensiones humanas, pero que, con su celo y espíritu emprendedor, va a convertir a Jacona en el escenario de unas obras apostólicas y sociales de memoria imperecedera.

### **Jacona**

Población pequeña pero importante, a poco más de tres kilómetros de Zamora, y que en aquel entonces no pasaba mucho de los dos mil quinientos habitantes. Contamos con quince años por delante para contemplar a un pastor fervoroso, idealista, y, más que nada, santo de verdad. Ahora que no es un curita advenedizo y simple ayudante, sino el Párroco hecho y derecho, se presenta humilde a los feligreses que Dios le confía:

-Aquí me tienen para servirles y no para ser servido.

El día 13 de Junio, San Antonio de Padua, su fiesta onomástica, los feligreses le dedican unos homenajes y le ofrendan unos obsequios que le dejan confundido: música, danzas, cohetes, regalos que le arrancan lágrimas a cada paso. El nuevo Párroco reflexiona. ¿Qué significa todo esto?... Se recoge en retiro hasta entrada la noche, y escribe ya pasado todo:

-Es muy vasto el campo que Dios me tiene preparado para hacer el bien. Confianto en su gracia, abracé mi cruz, la besé y resolví consagrarme a la felicidad de este pueblo que tan bien había acogido mi predicación y que tanta prueba me daba de amor y gratitud.

Desde el primer momento, no pierde el tiempo para nada. Apenas acabado el famoso mes de Mayo, cuando se le presenta una ocasión difícil. Los indígenas celebran las dos fiestas de San Juan y la de San Pedro con unos ritos intocables. Al terminar las dos procesiones, el Párroco había de realizar una ceremonia ridícula y hasta casi sacrílega.

El cementerio, contiguo a la iglesia parroquial, era un solar inmundo, en el que entraban toda suerte de animales, hasta con partidas de cerdos que allí hozaban a placer. Pues, bien; la celebración se finalizaba sobre este terreno, y el Cura debía iniciar la danza revestido con la mejor capa pluvial. Después seguirían los demás, mezclando religión con resabios de cultos idolátricos. El nuevo Párroco se negó en redondo a ceremonia semejante. Pero lo hizo con táctica suma, y les habló:

-¿Se dan cuenta cómo está el cementerio? Aquí reposan sus muertos, sus antepasados, en espera de la resurrección. Por eso, éste es un lugar santo. ¿Por qué no lo arreglamos, empezando para su seguridad por los muros y las puertas, y le damos esa hermosura que debe tener porque contiene los restos de sus seres más queridos?...

¡Milagro! Los indios, tan difíciles y tan peligrosos cuando se les tocan sus costumbres inveteradas, renuncian para siempre a la danza grotesca, se entusiasman, se ponen a disposición del Párroco, trabajan con denuedo junto con los criollos, convierten las malezas en un jardín, y las sepulturas y los nichos se presentaban a todos que era un gusto.

Esto ocurría con la doble fiesta de los indígenas. Las otras fiestas de la Parroquia fueron aprovechadas por el Padre hasta lo sumo. Iban precedidas de una novena con predicación; se celebraba la solemnidad, y le seguía después un octavario con instrucción religiosa. El ambiente de Jacona, con fama de bastante fría, se iba transformando poco a poco y de manera tan eficiente como segura.

Estabilizado en Jacona, José Antonio tenía derecho a suspirar: ¡Ay, si viviera mi madre conmigo!... Porque, aunque residiera en la población una hermana, el Padre no iba a vivir en una casa de familia, y le vino un regalo que no supo cómo agradecer a Dios: ¡Matilde!, una joven ya madura y santa que merecería los elogios más encendidos:

-Matilde es una de esas mujeres que Dios manda al mundo para servir de cireneos a los sacerdotes huérfanos. Esta mujer es para mí una verdadera madre, una hermana y un brazo decidido que me ha ayudado en todas mis empresas de una manera muy notable. Me quiere entrañablemente, trabaja sin descansar; no tiene más ambición que servir a Dios y hacerme compañía. Nos conocemos el genio como las manos; nos aguantamos mutuamente nuestras flaquezas e impertinencias; en fin, somos verdaderos hermanos y ella es para mí una verdadera madre.

Matilde procedía del Beaterio de Zamora. Y al contemplarla el Cura, desde el primer momento pensó en lo que traía clavado como una cuña desde antes de su ordenación sacerdotal:

-¡Los niños! ¡Las niñas! ¡Los jóvenes!... Por ellos me abracé con mi vocación. Hay que educarlos. Como se educó esta Matilde. Necesitamos un colegio. No se puede esperar. ¡Pronto! Cuanto antes, mejor.

Y no pasa el primer año de estancia en Jacona sin que el sueño se empiece a convertir en una modesta pero prometedora realidad.

### **El primer Colegio Guadalupano**

Una señorita, con visos de profeta y sin pretenderlo, lanza esta aventurada promesa:

-Si me presentan a catorce niños que paguen un peso cada mes, me atrevo a levantar una escuela.

El Párroco, que no tenía oídos sordos, capta la idea:

-¿Con catorce pesos se atreve Rita Navarrete a abrir una escuela? Empiezo mi obra sin más. Después vendrá ella. No la voy a soltar.



Junto al Santuario de la Virgen de la Raíz existía un edificio medio en ruinas, inservible, que dicen había sido antes Casa de Ejercicios Espirituales. El 8 de Septiembre de este primer año de ministerio, el Padre Plancarte empieza a derribar tabiques, a arreglar salitas, a adecantar locales, el 12 de Noviembre se abrían las clases -¡imposible más rapidez con más modestia!- y daba inicio una obra que llegaría a ser grande.

Con su energía de siempre, allí estaba Rita al frente de diecisiete muchachitas que empezaban su formación con una Misa solemne en honor de la Virgen y una fervorosa Comunión, preparada con la Confesión sacramental del día anterior. El Párroco les da la bendición, y les lee con seriedad y cariño el esbozo de un reglamento:

-Cada día, por la mañana, estudio sobre los libros; por la tarde, labores. Y siempre, oración y lectura espiritual.

Había nacido el Colegio de la Purísima Concepción, el primer Colegio Guadalupano. Y de él brotará, con las primeras vocaciones, la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Rita cose y borda que es un primor. Sus conocimientos espirituales se reducen al Catecismo de Ripalda, traducido intensamente a su vida diaria. Escribe y lee bien, pero nada más. Ante la responsabilidad que asume hoy, empieza a estudiar con tesón bajo la guía del competente Párroco y de María Jesús Sandoval, que la convierten en una maestra modelo.

Los sueños de Plancarte van tan lejos como su alegría:

-Estoy muy entusiasmado con el progreso de mi colegito.

Sueños y alegría que pronto se convierten en espinas muy punzantes. Para educar a las niñas, para recabar algunos fondos necesarios, para dar a conocer y hacer crecer la obra, aprovecha el teatro, organiza veladas literarias, dispone cuadros plásticos, presentación en escena de Fabiola, la novela famosa de su querido Cardenal Wiseman, reparticiones de premios... Y vienen las críticas más acérrimas:

-¡Ese Cura europeo! ¿A qué viene con esas novedades?...

### **Y a parar en la cárcel...**

Como si los chismes por la obra del Colegio fueran poco, ahora sobrevienen líos con la autoridad civil. El Prefecto de Zamora Sr. Vargas, jacobino furibundo, está contra el Párroco de Jacona y busca la ocasión propicia para deshacerse de él. Esos cuentos sobre los métodos extranjeros del Colegio le vienen de primera, y la Semana Santa le va a dar la ocasión mejor. El Padre Plancarte predica en plena calle durante la procesión el clásico sermón de "Las tres caídas", y el Prefecto le impone la multa de cincuenta pesos por sacar las procesiones sin su permiso expreso. Después, inventándose una rebeldía del Cura, porque éste ha protestado por una orden injusta contra la Iglesia, manda al Presidente del Ayuntamiento de Jacona:

-Mande preso al Párroco. El Capitán Rubio se encargará de detenerlo y traerlo.

Don Filomeno Guerra, Presidente Municipal de Jacona, se lo avisa confidencialmente al Párroco, a quien apreciaba mucho, para que tome las medidas oportunas y se esconda. Dejemos que sea el mismo Padre quien nos cuente la aventura:

-Detenido, me presentan la orden de prisión, agregando mil disculpas y pidiéndome que me entretuviera un poco mientras mis hermanos arreglaban todo para que no entrara en la cárcel. Me opuse terminantemente, y al momento mandé ensillar mi caballo y monté como si me fuera de paseo. Un aguacero enorme, y llegamos empapados a la cárcel. El Capitán Rubio le pidió al Alcalde que no me metiera dentro, pero yo me opuse enérgicamente y exigí que la orden se cumpliera al pie de la letra. Los pobres presos se quedaron abismados y conmovidos al verme entre ellos y en seguida se pusieron a barrer y limpiar todo aquello. Por orden del Juez se me formó un juicio que fue una farsa. Se había de realizar en la casa de mi hermana, donde yo residiría preso bajo fianza. El resultado final fue que yo estuve preso dos meses y que al final me absolvieron y a Vargas lo quitaron de Prefecto, exactamente el mismo día en que yo volví libre a Jacona, donde me recibieron con grandes demostraciones de cariño, por más que la autoridad intervino para evitar toda clase de demostraciones afectuosas hacia mi persona.

Da gusto encontrarse con un Padre Plancarte así: valiente, enérgico, probado en lo bueno y en lo malo, confiado siempre en Dios. Está preparado para las mayores empresas.

### **Un bienio muy especial**

Los años 1869-1870 marcan época en la vida del Párroco de Jacona por unos acontecimientos singulares, tan pequeños como sencillos, pero de grandes consecuencias.

El Padre Plancarte ama su Parroquia, siente la responsabilidad del cargo, no quiere moverse de su puesto, pero el Prelado manda... Y ahora le manda algo muy de su gusto: ¡Dar misiones! El Padre Plancarte ha sentido siempre el espíritu misionero, y quiere ser misionero. Aunque esporádicamente, estas pruebas con el Obispo satisfacen una ilusión muy entrañada en su alma. Monseñor José Antonio de la Peña actúa muy acertadamente. Quiere que la Visita Pastoral a las parroquias de la Diócesis no resulte protocolaria sin más, sino que sea de gran provecho espiritual. Para ello, prepara a los fieles con unos días de misión en regla: predicación, catequesis, largas horas en el confesonario, oración...

Y le encomienda semejante tarea al celoso Padre Plancarte, que se ausenta periódicamente de la Parroquia para un ministerio tan apostólico y tan de su gusto. Los feligreses de Jacona hacen largas horas a pie para visitar a su Párroco en los lugares donde misiona. Y al retornar el Padre a su puesto le reciben muy a la mexicana, orgullosos de su pastor: arcos de ramas, tapices de flores, danzas, cohetes, música y alegre repicar de las campanas...

Monseñor Pelagio, Arzobispo de México, se hallaba en Europa por la preparación y desarrollo del Concilio Vaticano I. Y mientras Antonio se dedicaba ilusionado a la tarea de la misión, recibe un encargo apremiante del tío:

-Escoge y prepara algunos muchachitos para venir a estudiar en Roma. Los esperan en el Colegio Pío Latinoamericano.

Tío y sobrino tenían la misma idea y abrigaban las mismas esperanzas sobre la formación de los futuros sacerdotes. Pronto veremos en qué paró todo. Desde ahora, a poner manos a la obra.

El cementerio, el del quebradero de cabeza con los indios, se acababa en este año y se transformaba en digna morada de los difuntos de Jacona. El Padre Plancarte se gloriaba de él como de una obra religiosa y social muy suya y que le llenaba de legítima satisfacción. Concluidas todas las obras, escribirá feliz el Párroco: “El cementerio quedó tan decente, que podría lucir aun en México”.

El templo parroquial necesitaba una remodelación radical y urgente de verdad. El Cura no se desanimó, emprendió la restauración a pesar de las otras obras que llevaba entre manos, y el día del Corpus del año siguiente podía colocar con solemnidad el Santísimo Sacramento en su Sagrario.

Y otra obra social importante. Todos lamentaban lo mismo:

-Las calles de la población están muy malas, sin otro patrimonio que baches, polvo o fango, según el tiempo. ¡A empedrarlas! Contamos con obreros, pues muchos hombres están sin trabajo, y así tendrán oportunidad de ganarse la vida.

Pereza de los jaconeses, críticas de algunos interesados, contradicciones como siempre, pero el caso es que las calles se arreglaron, empezando por la Calle Real, que el día 8 de Septiembre, con la procesión de la Virgen de la Raíz, se inauguraba y quedaba solemnemente bendecida.

Pero sobre todas estas obras, estaba la principal: quedaba terminado el Colegio de la Purísima Concepción, con un edificio elegante, estilo normando, acogedor, con patios y salas. Además, pronto se hubo de ampliar la construcción que se daba por terminada. Al presentarse Cabinda, una niña que no tenía donde permanecer en Jacona, surgió la idea de los dormitorios para las alumnas venidas de fuera, las cuales habitarían en el internado como en un paraíso.

### **¿Canónigo?... No, por favor**

Tales obras realizadas por el Padre Plancarte en su Parroquia no pasaban desapercibidas en las altas esferas de la Diócesis. Y vino lo más natural del mundo: Canónigo de la Catedral de Zamora, por supuesto.

El Cura de Jacona no quería desobedecer a su Obispo, que tanto lo apreciaba, ni al Cabildo que tan sinceramente le ofrecía semejante honor. Antes de responder, se dedica a hacer un Retiro, en el que reflexiona, ora, consulta:

-Desde la Academia Eclesiástica en Roma renuncié a todo título, que me llevaría finalmente a una prelatura... El Colegio de la Purísima, se derrumba como yo lo deje... Y el proyectado de San Luis para niños, ya no se va a hacer... Las obras emprendidas, empezando por la reconstrucción del deshecho templo parroquial, no se llevarán a cabo, porque no hay nadie que se atreva a agarrarlas en sus manos... Los feligreses, tan necesitados antes de formación, y a los cuales me los he ido ganando poco a poco, se van a volver a enfriar del todo... No; veo que no me conviene aceptar. A ver qué dirá el tío Pelagio a quien he consultado.

Y el tío Pelagio, regresado a México después de su destierro, escribió una carta al Obispo Monseñor Peña, llena de afecto como no podía ser menos entre dos grandes amigos, y con la cual apoyaba la negativa del sobrino, el cual estaba sólo prestado a la diócesis de Zamora:

-No puedo menos que apoyar sus resoluciones de no aceptar ningún puesto que lo comprometa de algún modo a optar por unas dignidades que él considera peligrosas para la paz de su alma, el espíritu de su vocación y el grado de mayor perfección a que aspira. Lo expuesto basta para convencer a Usted y a su Cabildo de que por ahora conviene dejar a mi sobrino en el curato de Jacona, mientras que yo me determino, según Dios, en traerlo a mi lado. Hay que mirar la utilidad de la Iglesia, la inclinación y resolución de mi sobrino de no admitir puestos que lo distraigan de su vocación, *como es la de formar a la niñez y juventud*, y la libertad para llamarlo a mi Diócesis.

Todos procedían con gran lealtad y recta intención: el santo Obispo, el Cabildo, Mons. Pelagio y el mismo José Antonio:

-No, Señor Obispo; canónigo, no. Déjeme de simple Cura en Jacona para que puedan seguir adelante las obras allí emprendidas.

Muy importantes eran todas estas obras, reconocidas por el Obispo y el Cabildo zamorano, y también por un personaje algo avieso que se presentó en la población. Llega la visita del Gobernador de Michoacán Don Justo Mendoza, conocido por sus ideas antirreligiosas. El Padre Plancarte, muy respetuoso con la autoridad, organiza una magnífica recepción, aunque él se negó en absoluto a presentarse en la comitiva y a participar en los agasajos al ilustre huésped. Pero el Gobernador se impuso:

-Haga el favor de venir al banquete, aunque sea vestido de sotana, por más que esté prohibido por las leyes.

Plancarte obedeció, y al terminar la mesa, brinda Don Justo:

-Si todos los clérigos fueran como el señor Cura de Jacona, yo me reconciliaría con la Iglesia.

A lo que el Cura contestó:

-Hace pocos días, su periódico me ponía de oro y azul, aunque usted creía que yo era un bribón. Ahora que me conoce ha cambiado de opinión. Lo mismo le sucedería si tratara a los demás sacerdotes... Señor Gobernador, dispense que me retire, pues las campanas repican llamándome al Mes de María.

### **El Colegio de San Luis**

Inaplazable, en la mente de nuestro Antonio, la obra más soñada: un colegio para niños, igual que el de la Purísima para niñas, el cual funcionaba a estas horas tan espléndidamente. ¿Cuándo, dónde y cómo?...

Cuanto antes, desde luego.

Y aquí mismo, junto al templo parroquial, en el antiguo caserón de los Agustinos.

Pero, sobre todo, con los dos Padres Jesuitas que Dios nos pone a nuestra disposición.

¿Qué había pasado?

Un día de Junio de 1873 le llama el tío Pelagio a la Capital. Llega el Padre Plancarte, y oye atónito:

-Mi querido sobrino: lo que no has conseguido nunca. Quiero que te lleves a Jacona a los Padres Serra y Wild porque aquí van a desterrar a todos los sacerdotes extranjeros.

¡Vaya noticia! Y toma la primera medida. Para que no los reconozcan como extranjeros, cambio de nombre los dos:

-Usted, Padre Serra, se llamará Tolentino; y usted, Padre Wild, tomará el nombre de León.

Llega a Jacona con una alegría que se le escapa por todos los poros del cuerpo, en medio de una algazara ruidosa de todos los habitantes de la población, que recibe a los tres sacerdotes en una manifestación triunfal. Sin perder un momento, empieza a tramitar la compra del ruinoso convento de los Agustinos. Los obreros trabajan aceleradamente, y la inauguración es el día 8 de Septiembre, ¡en una fiesta de la Virgen, no faltaba más!, y precisamente la fiesta de la Virgen de la Raíz, la Patrona de Jacona, a la que el Padre Plancarte dirige ferviente súplica:

-Señora, bajo tu amparo pongo mi colegio. Como prenda, aquí están estas medallas que mis muchachos de Roma han ganado como premios.

Añade el Padre en su Diario:

-Este fue el principio de mi colegio... ¡Sólo Dios sabe el fin!

¿Intuía algo? Los principios no podían ser más modestos. ¿Profesorado? Sólo dos maestros, jesuitas extranjeros. ¿El alumnado? Sólo dos alumnos también: sus sobrinos Miguel Plancarte Garibay, venido de Zamora, y Adrián Plancarte Álvarez, de la misma Jacona, a los que inmediatamente se van a agregar numerosos compañeros.

Por de pronto, era de suponer que se presentarían las acostumbradas contradicciones, sólo que esta vez iban a venir de donde menos podía esperarse.

Los dos maestros, acostumbrados a los grandes colegios de los Jesuitas en Europa, no se avenían a aquella modestia y a los métodos educativos que Plancarte quería implantar, aprendidos en Oscott durante sus años de Inglaterra.

Entablaron el diálogo con toda seriedad, según las palabras del mismo Padre:

-Todas las tentativas que hemos hecho para que el Colegio marche bien han resultado vanas y hasta perjudiciales. No nos queda más remedio que la separación. O ustedes se quedan con todo y yo me marcho, o permanezco yo y ustedes se retiran de la dirección.

Hablaron, consultaron unos y otros, quedaron en buena armonía las dos partes, pero resolvieron que era mejor la separación, aunque los dos jesuitas quedaban como simples maestros por un poco tiempo más, hasta el martes de Pascua señalado para su salida.

El caso es que el Cura cambió de residencia, fue a vivir al Colegio, adosado al templo parroquial, y se constituía Rector del centro docente. Juntos ambos edificios, Colegio e Iglesia, el Padre atendía a los feligreses a la vez que no perdía de vista ni un momento al naciente Colegio, en el que tenía como ayudante a un joven seminarista teólogo, José Dolores Mora, “de brillante carrera, virtuoso, circunspecto, humilde, sin pretensiones y trabajador”.

Por causa del Colegio de San Luis, y por un simple incidente en la repartición de premios en el Colegio de las niñas, se ha levantado una verdadera persecución contra el Padre Plancarte. Llevan las acusaciones al Obispo, que, no obstante querer tanto al Párroco y en el que ha depositado toda su confianza, se ve en la precisión de llamarlo para aclarar las cosas:

-Me dicen que ha hecho desfilar a una niña mayor como cabeza del grupo en traje de ángel muy poco decoroso... Que todos sus niños están muy descontentos... Que tiene maestros muy ineptos... Que los alumnos, después de tres años, están tan retrasados que ni saben declinar... Que usted no devuelve a los que salen el dinero que le tenían adelantado... En fin, que todo anda mal, que todo lo de usted es pura charlatanería y que sólo en música y canto están los niños algo adelantados.

El Padre calla y aguanta impávido aquel aguacero. Pero, sabe también responder a un Obispo que le quiere tanto:

-Todo es falso, Monseñor. Aunque estoy resuelto a deshacerme de los ricos que hay en mis Colegios y a dedicarme a la educación de los pobres de ambos sexos, ya que esas personas más acomodadas se aferran a sistemas antiguos y obran muchas veces por envidia más que por convicción. Empezaré por separar de la doctrina a cinco niños pobres que serán los fundadores de una escuela de artes y oficios.

Se echó a llorar José Antonio ante la ingratitud que sufría, y lloró también el Obispo al darse cuenta de que todo era envidia pura:

-Se lo digo para que cambie ciertas actitudes y evitar así que sus enemigos se encarnicen contra usted, y para que siga trabajando con más fruto en su parroquia de Jacona.

El Padre tenía enemigos que le desacreditaban en la Curia Diocesana y enemigos ante las autoridades civiles, aunque al fin se imponía la verdad. Por ejemplo, cuando el Colegio de la Purísima fue visitado con su comitiva por el célebre General Escobedo, el cual acabó la inspección con estas palabras:

-Señor Cura, tiene usted muchos enemigos, pero en mí hallará usted un amigo que le ayudará cuanto pueda y siempre que usted quiera ocuparlo.

Al regresar de su vacación de Semana Santa, algunos alumnos traían esta noticia tan consoladora para el Padre:

-Nuestras familias nos entregaron a usted y ahora están muy contentas de que sea usted nuestro Rector.

El Padre sonríe satisfecho, pero también se pregunta inquieto:

-¿Qué hacer con estos chicos, y con un colegio sin porvenir?...

El día 13 Junio, fiesta de San Antonio, su fiesta onomástica, el Cura hace plantar a cada uno un cedro en el cementerio como recuerdo de su estadía en el Colegio de San Luis, el cual no podía subsistir como hasta ahora, y el 31 de Agosto de 1876 se clausuraba después de tres años de funcionamiento.

Para cerrarlo, una Comunión muy fervorosa. Después, en el mirador del Colegio de la Purísima a donde se han trasladado, los alumnos tocan ocho piezas en honor de la Virgen, rodeados de las niñas y maestras.

El Padre siente prensado su corazón, pero escribe sin desalientos:

-Así concluyó la obra que yo había iniciado lleno de entusiasmos. Digo “concluyó” porque así parece, no porque yo lo crea así, pues éste se debe llamar el día de su traslación a Roma y el día de su verdadera fundación. Hoy se ha asegurado el elemento moral que lo ha de formar y engrandecer. Doy las gracias a los que han creído hacerme un mal...

Estamos en el año 1876. Hay obras que realizar en la Parroquia y el Padre no quiere demoras inútiles. Pero, de momento, les pone un freno forzado: que si el Asilo, que si el ferrocarril, que si la Congregación de las Hijas de María Inmaculada, ilusión de ilusiones... Ahora, a lo más inmediato.

### **Muchachitos hacia Roma**

El Plancarte soñador a lo divino, esta vez va a soñar más que nunca. Hemos visto asomar antes la idea:

-¿Y por qué no trasladar a todo el grupo de alumnos a Roma, al Colegio Pío Latinoamericano, donde se formarán inmejorablemente? Ya mandé allí cinco muchachitos, y los resultados están a la vista. Uno se regresó porque no sentía la vocación de sacerdote, pero trabaja muy bien en el Colegio. Otro se fue al Cielo muy pronto a rogar por sus compañeros, y los tres restantes son la admiración de todos por su aplicación y conducta. ¿Por qué no llevo a todos a Roma?... El dinero, ¡ya vendrá!

Sigue escribiendo en su Diario:

-Nunca arrostraría esta ardua pero gloriosa empresa a no ser para salvar a estos niños, los cuales crecerán a la sombra del Sumo Pontífice y dentro de poco serán hombres que se cubrirán de gloria y alegrarán los rostros llorosos que hoy los ven partir.

Comienzan a correr los rumores sobre esta nueva locura, acerca de la cual le pregunta un interesado:

-Oye, José Antonio, ¿y qué vas a hacer con estos chiquillos?

-¡Obispos!...

No lo decía en broma. Discurriendo con serenidad, exponía su pensamiento:

-Volverán doctorados. Serán maestros competentes del Colegio San Luis. Con profesores titulados en la Universidad de Roma, podrá pensarse incluso en un Colegio Clerical. Y si tenemos buenos e instruidos sacerdotes contará la Iglesia con excelentes candidatos para Obispos.

Aquellos cinco primeros enviados a Roma en el ya casi lejano 1870 estaban dando muy buenos resultados. Ahora prepara una expedición de diecisiete jovencitos nada menos. Trece son de los suyos; otros cuatro los lleva encomendados por sus familias.

Cuando el Padre propuso su plan en el Colegio de San Luis antes de su clausura, la mayoría de los alumnos dijeron querer ir a Roma. ¡Valientes estos niños, que aprendieron en el Colegio a jugarse todo por Jesús! Y generosidad de sus familias cristianas, en medio del dolor de la separación, ya que sus hijos eran demasiado jovencitos para asumir un riesgo tan grande.

El Obispo Monseñor Peña, tan bueno y prudente, le ha dicho con claridad a José Antonio:

-¿Qué va a hacer, Padre?

-Pienso llevarlos a todos a Roma. ¿Me permite ese viaje, Monseñor?

-Lo creo necesario. Para seguridad de los niños, vaya personalmente con ellos hasta dejar a los trece en el Colegio Pío Latinoamericano y a los otros cuatro en sus respectivos colegios.

Acabado aquel acto de despedida que ya conocemos en el mirador del Colegio de la Purísima, mandó los niños a sus familias con la orden de concentrarse el 25 de Septiembre en el vecino pueblecito de Chilchota.

En ese día salió el Padre de riguroso incógnito y con el alma llena de duros presagios:

-Pasé la noche cargado de insomnio y aletargado, entre fantasmas y sueños, temores y esperanzas, de miedo y de resolución.

Montados en caballos emprendían su marcha los expedicionarios hacia México, que, con los mozos y los familiares sumaban una caravana de treinta y nueve personas. Se alternaban unos días espléndidos con otros días de aguaceros, igual que paisajes adustos con otros encantadores. El día siete de Octubre llegaban a la Capital, donde hacían la visita obligada a la Virgen de Guadalupe, recorrían las calles de la Ciudad y recibían la bendición más amplia del Arzobispo Monseñor Labastida y Dávalos.

Aquí se les unieron los tres compañeros que faltaban, les dejaron los del numeroso grupo de familiares que les habían acompañado desde Jacona, y se dispusieron a emprender el viaje allende el mar.

El día 15 de Octubre de 1876 partían por ferrocarril para Veracruz, y aquí se embarcaban el día 18 para Francia, a donde llegarían el 13 de Noviembre. Un viaje placentero a veces, y otras con calores insufribles y alguna tempestad que los puso al borde del naufragio. De Francia partirían en tren hacia Roma donde acabarían su viaje el día 19 del mismo Noviembre.

El Padre Plancarte había hecho el viaje lleno de angustias ante la responsabilidad que asumía con estos jovencitos, como lo demuestran estas notas de su Diario apenas la nave se alejaba de las costas mexicanas:

-Un suspiro salió de mi pecho y una lágrima rodó de mis ojos. Parece que parto desterrado y abatido, pero no es así. Esta nave volverá cargada de hombres sabios, capaces de hacer feliz a mi país natal, y entonces mis lágrimas se convertirán en gozo. No sólo perdono de corazón, sino que les viviré eternamente reconocido, a quienes me han forzado a emprender este largo y peligroso viaje, el hecho más heroico y beneficioso de mi vida. Heroico, porque me he constituido padre de dieciséis jóvenes, en un viaje lleno de peligros, y me hago responsable de su educación y gastos en Europa. Benéfico, porque ellos serán la honra de sus familias y la felicidad de nuestros pueblos.

¡Qué hombre de fe este Cura de Jacona! Tiempo al tiempo, porque Dios no le va a fallar.



Al llegar a Roma, el Padre encuentra en el Colegio Pío Latinoamericano a aquellos muchachitos de la primera expedición, convertidos ahora en magníficos jóvenes. .

Uno, José María Méndez, que será un día canónigo de la Catedral de México.

Otro, el sobrino más mimado del Padre Antonio, Francisco Plancarte y Navarrete, el cual acabará sus días como Arzobispo de Linares-Monterrey, después de ser Obispo de Campeche y Cuernavaca.

De los que trae ahora, José Mora, el único mayor, de 22 años, al que tenía de maestro en San Luis, será Obispo de Tehuantepec, de León y finalmente Arzobispo de México.

Francisco Orozco y Jiménez, que dice no aspirar a sacerdote, se convertirá un día en valiente Obispo de Chiapas, después en Arzobispo de Guadalajara, y hoy está en causa de Beatificación.

Miguel Plancarte Garibay morirá siendo canónigo en la Basílica de Guadalupe, después de haber conseguido la coronación de la Virgen de la Raíz de Jacona, la primera imagen coronada canónicamente en América.

Juan Herrera, el más pequeño de todos, de sólo once años, descrito por el Padre como “el más gracioso y simpático de todos por su fisonomía, tamaño, bonitos modales y carácter”, es un chiquillo que llegará a ser Obispo de Tulancingo, Arzobispo de Linares-Monterrey, y Fundador de una Congregación religiosa.

Al finalizar aquel viaje, con el que dejó trece niños en el Pío Latinoamericano y colocó a otros cuatro en sus respectivos destinos, escribe el Padre en su Diario:

-Ahora que pienso en lo que he hecho y a lo que me he expuesto, me juzgo un loco. No lo volveré a hacer...

¡Vaya que si iría repitiendo la aventura! Hasta el final de su vida marcharán hacia Roma pupilos suyos, como Antonio Paredes, Rafael Cagigas, Matías Montoya, José Betancour, Manuel Fulcheri y Leopoldo Ruiz y Flores, designado Obispo de Saltillo cuando moría el Padre como Abad de la Colegiata..

¡Sí, Padre Plancarte! Cuando todos te criticaban y tú te morías de angustia en alta mar, tú mismo, con visos de profeta, lo dejaste escrito en tus apuntes:

-¡Patria querida! ¡Mi país amado, por quien he sacrificado cuanto he tenido! Un día se conocerá quién es el que ama verdaderamente a su patria.

Las dos visitas que ahora realiza a Roma y Jerusalén tienen un significado especial en la vida de Plancarte. La de Jerusalén, porque la hace con la intención expresa de encomendar a Jesús, en su propia tierra, la tan suspirada fundación de sus Religiosas. Y la de Roma, porque va a sellar, con la última visita al tan querido Papa Pío IX, su fidelidad inquebrantable al Vicario de Cristo y a la Iglesia.

### **En Tierra Santa**

Aunque sea invirtiendo un poquito el orden, empezamos por Jerusalén. El Padre Plancarte siente afición a las peregrinaciones. Esto es indudable. Pero, no va para él la dura sentencia del Kempis en la Imitación de Cristo: “Los que mucho peregrinan se santifican raramente”. Para nuestro José Antonio, la peregrinación no es turismo ni vida disipada, sino

piEDAD, amor, abnegación, sacrificio, recogimiento, mucha oración. Y, en ésta que ahora emprende, mucho trabajo, pues todo el tiempo disponible lo emplea, con gran incomodidad a veces, en estudiar reglas y constituciones de otras Religiosas, para ir trazando lo que ha de ser el Reglamento de sus Hijas de María Inmaculada.

Se embarca en Nápoles el 18 de Febrero y la travesía del mar será casi la misma que aquella de Pablo cuando las olas arrojaron la nave a la isla de Malta. Las malas noches se sucedían unas a otras, y la del día 22 fue tan horrible “que yo la pasé preparándome para morir y dándole gracias a Dios porque me mandaba la muerte yendo de camino para los Santos Lugares de nuestra Redención”.

En medio de estas zozobras, “pues en ningún viaje había sufrido tanto”, nació el Reglamento de sus Hijas y que él, con encantadora piedad infantil, quería depositar en el pesebre de Belén, encima de la roca del Calvario y sobre la losa del Santo Sepulcro. Lo acabó de redactar el día 24 en el convento de los Padres Franciscanos de Alejandria, donde habían atracado y permanecido un día para cambiar de barco. Aunque cada día el Reglamento acabado será borrador de otro borrador, por más que lo deposite en los sitios más sagrados, pues vemos por sus apuntes que lo iba perfilando sin cesar hasta que al final del viaje en México lo entregue al Arzobispo Labastida como algo definitivo.

Ya en la Tierra Santa, las emociones se sucedían una tras otra, como durante la Misa en Getsemaní, “durante la cual estuvo el Reglamento y mi crucifijo debajo del altar y sobre el lugar donde Jesucristo sudó sangre”.

Celebró la Misa en el lugar del “*Ecce Homo*”, sacado modernamente a la luz por el infatigable Padre María Alfonso Ratisbona. Tuvo el Padre Plancarte la dicha de trabar amistosa conversación con aquel judío convertido por la aparición de la Virgen Milagrosa en Roma y fundador de las Religiosas de Sión:

-¡Qué orden, qué aseo, qué silencio, qué hermoso y devoto tienen las Hermanas todo aquello! Celebró también la Misa el Padre Ratisbona, y se me figuró que en algo me le asemejaba por el género de vida que lleva. ¡Ojalá fuera en sus virtudes!

¿Y qué decir de su visita al Valle de Josafat? Nada. Cualquier biógrafo la dejaría de lado, porque no valía la pena. Pero la vamos a traer aquí por la magnífica pedagogía sobre la oración a base del Evangelio. Sentado en una roca de la parte oriental del Jerusalén, José Antonio contempla la quebrada que lleva hasta la “Gehenna”, y donde la tradición cristiana ha colocado el escenario del Juicio Final. ¿Qué piensa de sí mismo nuestro peregrino? Copiamos sus palabras:

-Sentado al pie del sepulcro de Absalón, volteado hacia la puerta Áurea y el Calvario, hice una larga meditación. ¿Cuándo volveré a este Valle? El día del juicio universal... cuando esté destruido el mundo..., cuando hayan perecido todos los hombres y sus obras..., cuando se hayan descubierto todos los engaños..., cuando los males no tengan ya remedio..., cuando todo esté lleno de buenos deseos, inútilmente... ¿Cómo hallaré este Valle? ¿Solo como ahora? ¿Sin que nadie perturbe este silencio? ¿Sin señales de vida?... No; aquí hallaré reunidas todas las naciones... Allí se levantará un regio trono, y sobre él se

sentará un Juez Supremo que no puede ser engañado, que sentencia sin apelación, ¡que sentencia por toda la eternidad!

Hasta aquí, nada especial: lo que pensamos y decimos todos. Pero José Antonio se adentra ahora en su propia conciencia, y hace una meditación implacable:

-Alrededor de ese trono estarán la Virgen Santísima, los Apóstoles y los Santos, y yo delante del Juez, pero no solo, sino rodeado de mis padres, hermanos, parientes, maestros, superiores, inferiores, feligreses, penitentes, niños y niñas de mis colegios..., y seré juzgado delante de todos, y mis pecados más vergonzosos serán revelados delante de todos ellos. ¿Qué dirá mi madre del hijo que tanto amó? ¿Mis hermanos, del hermano a quien confiaron la educación de sus hijos?... ¿Mis superiores del súbdito a quien honraron con tanta confianza?... ¿Las Concepcionistas del padre en quien depositaron toda su felicidad?... ¿Los colegiales del san Luis, del Superior amado, a quien juzgando virtuoso se propusieron imitar?... ¿Mis feligreses, de aquel Cura modelo, que se jactaban de tener en su pueblo y que otros les envidiaban?... ¿Qué dirán, en fin, todos los admiradores de mis obras?... ¡Ay de mí, ay de mí! Todos conocerán que soy un ingrato que no ha respondido a los beneficios divinos; un lobo que ha destrozado el rebaño; un mercenario que ha servido por interés; un depositario infiel; un hipócrita, un sacrílego, un criminal... ¿Cómo soportaré tanta vergüenza? ¡Dios mío! ¿Qué haré cuando se vuelvan contra mí todos aquellos a quienes tanto ama mi corazón? ¿Y seré sentenciado? ¿A qué?... ¡Al fuego eterno! ¡A no ver nunca a Dios! ¡A padecer eternamente! ¡Y tendré que separarme para siempre de mi madre, que me aborrecerá, y me maldecirá!... ¡Y lo mismo harán todos los que me aman!...

¡Bendita humildad del Padre Plancarte! Está bien que nos haya dado lección semejante de conocimiento propio y de oración quien durante toda su vida fue un pedagogo inigualable. Nosotros sabemos, sin que nos lo haya dictado el temible Juez, lo que le dirá al Cura de Jacona, Abad de Guadalupe y preconizado Obispo: “¡Bien, siervo bueno y fiel, entra en el feliz banquete de tu Señor!... ¡Ven a poseer el Reino que te tengo preparado!”...

### **De regreso en Roma**

Había llegado el Padre a Roma el 19 de Noviembre de 1876, y antes de partir para Tierra Santa el 17 de Febrero ya había tenido tres audiencias con el Papa Pío IX. En la tercera de ellas iba acompañado de los niños del Pío Latinoamericano traídos de México. Como una propia introducción, el Padre había puesto una carta en las manos del Papa, en la que le recordaba:

-Vuestra Santidad me bendijo con estas palabras: “Anda, hijo, trabaja cuanto puedas en la reforma de los colegios, pues de ellos nacen los males de tu Patria. Haz que vengan jóvenes a educarse en el que he fundado aquí para América Latina. El Señor bendecirá y coronará las obras que piensas emprender en beneficio de la juventud”.

Esto le recordaba el Padre al Papa. Y el Papa le contestaba con otra carta al Padre:

-Mucho me ha complacido tu obsequiosa carta del 10 de este mes, con la cual nos expresas el cuidado que has tenido en la educación de la juventud y los frutos que has cosechado de tu celo apostólico... Aumentó nuestra alegría la presencia y palabras de los

jóvenes que has traído al Colegio que fue establecido en esta Ciudad de Roma para los jóvenes de América Latina. Los he abrazado con amor paternal, y esperamos que algún día, sólidamente instruidos, volverán a su Patria y seguirán tus huellas, trabajando con igual ardor y fruto en la salvación de las almas.

No eran estas expresiones de Pío IX unas palabras huecas. En la audiencia gozó de veras con los trece muchachos del Padre Plancarte, al que le preguntó con su buen humor:

-¡Trece! ¿Y cómo se te ha ocurrido escoger tan mal número?

-Santo Padre, lo he hecho en honor de mi Patrono San Antonio de Padua.

-Bien, con San Antonio yo no me meto...

Cuando alguno se inclinaba para besarle el pie, el Papa lo amenazaba con el bastón. Además, adivinó algo en las manos del más pequeño, el de los once años, y preguntó con cariño malicioso:

-¿Qué quiere ese bribonzuelo?

Le quita de la mano el solideo que sostenía el niño, y se lo pone en la cabeza dejando caer el suyo propio. El Padre, que había armado la treta, se apodera rápidamente del codiciado solideo, hoy conservado en la Congregación como reliquia del Beato Pío IX.

Otro detalle de esta audiencia. El Padre Plancarte le presenta al Papa la estampa de la Virgen de la Raíz, joya la más preciada de Jacona, y le cuenta la historia de la aparición.

-¡Bonita, bonita! Pero, ¿cómo no le cambian el nombre de “Virgen de la Raíz” por el de “Virgen de la Esperanza”, título más consolador?

Después del paréntesis de Tierra Santa, el Padre estaba ya en Roma el 28 de Marzo. El 3 de Abril, a las siete de la noche, una cuarta audiencia privada con el Papa, a fin de tratar la proyectada fundación de las Religiosas. Pero había algo más:

-Santísimo Padre, esta es la última vez que os veré en la tierra, pero me voy a empeñar en ser santo para volveros a ver en el cielo.

La emoción era muy fuerte, y Antonio rompió a llorar. Y también el bondadoso Pío IX se conmovió y elevó unas preces por el fiel discípulo que le besaba los pies entre lágrimas:

-Te bendigo a ti, y contigo a tu familia, parientes y amigos, a las hijas de la Congregación, a tus feligreses, a los niños y sus familiares, a todos los mexicanos.

Esta escena tan emotiva había ido precedida de otra no menos conmovedora. El Padre le presenta al Papa un anillo de brillantes:

-Tenga, Santo Padre, esta alhaja era de mi madre, la persona a quien más he amado sobre la tierra y a cuyas heroicas virtudes debo lo que soy. Y en cambio, me regale un anillo de su uso, para que lo conserven las Hijas de María Inmaculada como prenda de que el Papa de la Inmaculada Concepción las bendice y aprueba sus trabajos.

El Papa miró el anillo:

-¡Qué magnífico solitario! Este anillo que traigo aquí encierra para mí muchos recuerdos y por eso no te lo doy; pero mañana mismo te mandaré otro que he usado y que me pondré en la mañana para celebrar la Santa Misa.

Fue aquí cuando el Padre rompió a llorar y se desarrolló la escena antes descrita. El amor al Papa, ¡qué entrañado que lo llevaba en el corazón y cómo supo transmitirlo a la Congregación de sus sueños!...

Al día siguiente se presentaba en el Colegio Latinoamericano un camarero secreto de Su Santidad llevando un anillo con una hermosa amatista, muy bien montada con dos cruces a los lados grabadas en oro. Los dos anillos, el de Plancarte y el del Papa, eran la expresión de lo que pocos días antes había escrito el Padre en un inocente soneto: “A Pío Nono diré: ¡Oh Padre mío!, encadenad con Vos a un mexicano”.

Dos peregrinaciones más antes de regresar a México: al sepulcro de su Patrón San Antonio en Padua y a la Virgen Inmaculada en Lourdes, ambas con la misma piedad, la misma devoción, el mismo recogimiento, y con la misma intención: para presentarles al Santo y a la Virgen el Reglamento que pronto iban a abrazar sus Hijas. Llegado a México, lo presentaba finalmente al Arzobispo, el tío Pelagio Labastida, que lo aprobó en todas sus partes. Lo llevó después al Obispo de Zamora para su aprobación diocesana. Era el fruto de tanto estudio, tanto trabajo, tanta oración... , y del atinado consejo recibido en Roma de personas muy competentes, incluido el del Papa en una de sus audiencias, todos de un mismo parecer:

-Déjate de unir tus Maestras a otra orden o Congregación ya establecida. Piensa en un Instituto Religioso netamente mexicano, que pueda resistir las leyes civiles del país y adaptarse a ellas. Sobre todo en cuanto a la cuestión tan traída del hábito, porque vale más la modestia por toca, y por escudo el temor santo de Dios, que todas las normas de clausura.

### **Flores y crespones**

En Jacona otra vez. Y como siempre después de una ausencia, sus feligreses lo reciben con su clásica algazara y con arcos triunfales, pero hoy está matizado todo con una triste noticia, que adivina en los negros crespones enlazados entre las flores: el Obispo de Zamora, Don José Antonio Peña y Navarro, tan querido del Padre, había fallecido. El Padre Plancarte escribía su primera impresión:

-Esta funesta noticia arrancó de cuajo mi felicidad y me trastornó completamente la cabeza. Tarde como ésta, pocas he pasado en mi vida.

“¡Primero Dios!”, como dicen nuestras buenas gentes. Pero, humanamente hablando, la noticia era mala de verdad. Pronto lo podremos ver, casi nada más venido el nuevo Obispo Monseñor José María Cázares y Martínez, que procedía de Morelia, y al que recibía con júbilo Zamora, enardecida con el discurso de bienvenida que habían encomendado a la elocuencia del Párroco de Jacona.

### **El ferrocarril**

El avanzadísimo Padre Plancarte quería los últimos inventos de la técnica que pudieran hacer progresar socialmente a su pueblo querido. Y la idea del ferrocarril la tenía metida en la cabeza desde sus tiempos de estudiante en Oscott. Ya en el destino parroquial que Dios le asignó, pensaba: ¡Hay que unir con el tren las dos poblaciones de Jacona y Zamora!...

Cualquiera diría que la idea iba a ser acogida con entusiasmo, pero todo se iba en dificultades. La frialdad de los capitalistas: ¡no nos atrevemos!... La indiferencia de los dos Ayuntamientos de Zamora y Jacona: ¿a qué viene eso?... Y la desidia de la población: ¡no, porque descarrilarán los vagones y nos estropearán el empedrado de las calles!... Todas estas sinrazones hacían impracticable cualquier intento de construcción. Pero el Padre Plancarte era tesonero porque sí, y aceptó ser parte de la Comisión formada al efecto y de la cual era el alma su hermano Luis.

Ante todo, consiguió el permiso del Gobierno del Estado, pues ese tramo sería orgullosamente el principio del ferrocarril en Michoacán.

El tío Monseñor Pelagio Labastida le obsequiaba siete mil pesos para el proyecto, y con ellos encargaba a Inglaterra los primeros rieles.

En Febrero de 1878 se publicaba el bando que autorizaba la construcción.

Con las alumnas del Colegio de la Purísima, y con los vecinos del pueblo a los que había logrado entusiasmar con el plan, empezó a desempedrar la calle, aunque el Padre sabía que el nuevo Obispo miraba con malos ojos eso de la vía férrea en manos del Cura...

Por fin, todo estaba listo. Y como el Prelado aún no había visitado Jacona, el Padre Plancarte tuvo la atención de invitarlo para que conociera el Colegio de la Purísima y bendijera el flamante ferrocarril. Se fijó para tan gran evento el 6 de Diciembre. Es de imaginarse la que se armó en Jacona. El Prelado subió a la gran carroza instalada a la entrada del Pueblo, se vistió de pontifical, y, tirada la carroza por los hombres, entre música y una lluvia de flores que caía desde todos los balcones, se llegó al arranque del ferrocarril, que fue bendecido de manera tan apoteósica. Después de la visita al Colegio, en el que las alumnas se lucieron con sus cantos y discursos, al anochecer, acompañado siempre de la música, montaron al Obispo en un vagón de estreno, y en él se regresaba a Zamora dejando atrás las calles iluminadas con luces rojas de bengala.

El adelanto social del ferrocarril en el pueblo era muy notable. Para los jaconeses, que se trasladaban continuamente a Zamora para compras y mil negocios, se acabó eso de los viajes sólo a pie, en burro los que podían, y los más afortunados a caballo. Aquellos tres kilómetros y medio recorridos en tren suponían para ellos entonces lo mismo que ahora para nosotros el subir al tranvía o al trolebús en las ciudades modernas.

### **Nace la Congregación**

Muchas obras llevaba el Padre Plancarte entre sus manos. Pero la principal de todas, la que dejaría huella perenne en la Iglesia, era la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

La idea venía de muy lejos, de cuando se quiso abrir un Asilo para niñas huérfanas en 1870. El Padre, acorde con el Obispo, presenta a las Hermanas de la Caridad en México el proyecto, ofreciéndoles el Colegio de las niñas y el plan del Asilo. Pero las Hermanas imponían unas condiciones tales que indignaron a Mons. Peña, a pesar de su notoria bondad.

¿Solución?... Mejor pensar en una nueva Congregación, nuestra del todo. Por ahora, tanto las Hijas de María, que había fundado el año 1871 agregadas a la Primaria de Roma,

como las maestras y alumnas del Colegio, no están preparadas ni para llevar un Asilo ni, mucho menos, para fundar la Congregación Religiosa. Pero, todo llegará...

Tan seguro estaba el Padre de su propósito, que ya vimos lo que fue el viaje a Tierra Santa, por Roma, en Padua y en Lourdes: ¡El Reglamento, el Reglamento de sus Religiosas! Aún no habían nacido, y el Reglamento igual se escondía bajo el altar del Huerto de Getsemani como se posaba en la losa del Santo Sepulcro. Lo había bendecido el Papa y lo había aprobado de lleno el tío Pelagio, Arzobispo de México. ¡Eso era tener fe!...

Fundado en 1867 el Colegio de la Purísima, que nosotros llamaríamos el primer Colegio Guadalupano, y ante el rechazo de las Hermanas de la Caridad de asumirlo con el posible Asilo en el año 1870, el Padre pone los ojos en las maestras y niñas del establecimiento:

-¿Cuáles son las mejores, las más piadosas, las más aplicadas, las más responsables, las de más valer?...

Sin prisas, y calladamente, va formando un grupito selecto. ¡Calma, que todo llegará!... Era la semilla que empezaba a germinar.

En 1873, el Padre ya había seleccionado a varias jovencitas con algunas de las maestras y las animaba a buscar lo mejor:

-¿Quiéren practicar la pobreza, la castidad y la obediencia, que son la materia de los votos religiosos? Un día los podrán profesar como religiosas.

Era el primer grupito de aspirantes de la nueva Congregación, que se iba gestando a la sombra de la Virgen y bajo la dirección prudente del Cura Párroco.

En 1877 regresó el Padre Plancarte del viaje a Roma que conocemos muy bien. El Papa Pío IX le había dicho:

-¡Congregación nueva, netamente mexicana!

El tío Pelagio Labastida, Arzobispo de México, le estimulaba:

-¡Muy bien el Reglamento! ¡Adelante!

Las aspirantes daban señales de gran fidelidad y de conducta inmejorable. ¿Para qué esperar más?

Y así, el 2 de Febrero de 1878, fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, un puñado de jóvenes generosas emitían su profesión religiosa: Rafaela Tapia, Soledad Hurtado, Genoveva García, Concepción Calderón, Antonia y Luz Samudio y Matilde Martínez, a las que se agregaría un mes después Rita Navarrete, la primera Maestra y fundadora del Colegio de la Purísima. Había nacido la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe.

Un año más tarde, en Abril de 1879, obtenía el Instituto la aprobación del Obispo diocesano y nacía oficialmente en la Iglesia.

Fundado el Asilo de San Antonio el día 13 de Junio, el Padre lo encomendaba a la Congregación. Así, con el Colegio de la Purísima y el Asilo, las Guadalupanas, como las vamos a llamar el adelante con cariño, empezaban su andadura de educadoras de la niñez y juventud, sueño dorado del Padre Fundador desde los inicios de su sacerdocio en Roma.

## El Asilo de San Antonio

Ante la dura realidad que sospechaba se le venía encima, no había tiempo que perder con el tan acariciado Asilo de San Antonio, cuyos inicios se remontan al año 1870. El dinero inicial había venido inesperada y providencialmente. Monseñor Clemente de Jesús Munguía, primer Arzobispo de Michoacán, moría en Roma y dejaba un legado para alguna obra de beneficencia. ¿Encargado? Todo quedaba en manos del Cura Plancarte, el cual, para acertar, escribía al tío Monseñor Labastida rogándole que pidiera al Papa Pío IX la facultad de emplear capital y réditos en un asilo para niñas pobres. El Papa y Monseñor, los dos, aplaudieron el proyecto y le dieron su amplia bendición, igual que su Obispo Monseñor Peña.

El Padre y el Obispo, de mutuo acuerdo, emplean el legado de Mons. Munguía en comprar de momento una casa para el proyectado Asilo.

Vino el año 1876. El 8 de Febrero, antes de marchar a Roma con el grupo de los diecisiete muchachos, se había abierto el Asilo de San Antonio con niñas pobres del pueblo en calidad de externas. ¿Queremos saber cómo fue recibido? Pues, aquella misma tarde ya se habían inscrito más de ciento cincuenta. ¿Y nos interesa conocer lo que pensaba el Cura Plancarte? Muy sencillo:

-Esto me gusta mucho. Pero no estoy contento del todo. Hay que pensar en un internado, y que se formen las niñas más abandonadas para que de mayores se desempeñen bien en la vida y sean provechosas en la sociedad.

¿Cuándo llegará el día de ese internado?... Se lo había prometido a su Patrón, y lo cumplió en la fecha exacta: el 13 de Junio de 1879. Puso al frente a dos bien expertas Hijas de María Inmaculada, y con trece niñas huérfanas daba comienzo el internado del Asilo San Antonio de Padua. ¿Hasta dónde pueden llegar semejantes niñas bien formaditas? Una de estas trece primeras, Antonia Mallén, ingresará después en la Congregación de sus formadoras para llegar a ser, ¡nada menos!, que la Superiora General...

Todo caminaba muy bien. El nuevo Obispo, Monseñor Cázares estaba muy obsequioso: confesiones, Misas, premios en las fiestas en el Colegio. Aunque pronto se iba a presentar la cruz por un simple mal entendido, a causa de aquel testamento de Munguía que dejaba 6.000 pesos al joven sacerdote José Antonio, y que éste empleó en la compra de la casa para el Asilo, en todo acorde con el Obispo Mons. Peña y conforme a la voluntad de Don Pelagio y del Papa Pío IX.

Porque sobrevinieron sospechas sobre el empleo de aquel dinero, las cuales hicieron sufrir fuertemente al Padre, que lloraba al ver cuestionada su honradez. Tanto se abatió, que tomó la resolución de abandonar todo, ingresando en alguna Orden religiosa, o marchando a Estados Unidos para siempre. Pero al fin reaccionó como los santos saben hacerlo. Con una delicadeza extrema, no quiso acusar a nadie y se echó la culpa a sí mismo diciendo que lo más probable era que no recordaba detalles sobre la administración de aquella cantidad.

Para resarcir semejante “robo”, pues el dinero dejaba de ser suyo si se lo reclamaban, el Padre se comprometía a devolver completa aquella cantidad, y lo hizo de hecho a la vez



que entregaba la documentación original sobre el mismo. Todo se llegó a aclarar, se demostró la integridad moral de Plancarte, y se le devolvieron tanto los originales como el dinero de los que tan lealmente se había desprendido.

### **Siguen las contradicciones**

Pensar en la vida de un santo sin que aparezca la cruz por todas partes es un puro sueño. Y nuestro Padre Plancarte supo muy bien lo que era estar clavado en el madero con Jesucristo.

En Jacona y en Zamora se armó un lío tremendo con dos Hijas de la Inmaculada, Concepción Calderón y Guadalupe del Río, secuestradas por sus padres y obligadas las dos a abandonar la Congregación. Una y otra, firmes en su vocación, protagonizaron una aventura tan trágica como divertida, en la cual se vieron complicadas las familias, el Obispo, sacerdotes, jueces, la Policía, el Prefecto de Zamora y hasta el Gobernador de Michoacán. Llegó un momento en que el Padre Plancarte escribió con el corazón destrozado:

-Este ha sido uno de los peores días de mi vida. Abrigo la creencia de que han de resultar a la Congregación y a las cautivas inmensos bienes que ahora no conocemos. ¡Beso la mano del superior que tan cruelmente me ha herido y le perdono con todo mi corazón! A los que emprendieron el juicio les perdono cuanto han hecho y han dicho de mí.

Vale la pena no olvidar el nombre de Concepción Calderón (se quedará con el nombre de María en vez de Concepción) para más adelante, cuando se trate de consagrar Obispo al Padre Plancarte...

Aquellas dos estupendas hijas suyas, a las que se les negaba hasta la absolución sacramental, no habían cometido más delito que querer permanecer fieles a Dios en su vida consagrada. ¡Magnífico ejemplo para sus hermanas, y para las candidatas que vendrían después, de valiente fidelidad a la vocación recibida!

Sin salir del ámbito de la Congregación, pronto se presentó otra prueba, sencilla pero siempre molesta. Se trataba de unir la naciente Congregación de Hijas de María Inmaculada con las Josefinas, también de reciente fundación. No vamos a describir la historia, que tuvo el mejor desenlace. Las Hermanas Josefinas del Padre Vilaseca siguieron su camino, y la Congregación del Padre Plancarte, abierta a las nuevas corrientes y con gran discernimiento de los signos de los tiempos, emprendía también el suyo, que iba a llegar muy lejos en su desarrollo y prosperidad.

De aquellos primeros muchachitos que fueron a Roma, tres venían ahora ordenados de sacerdotes, y los Padres José Mora y José Méndez con la borla de sus brillantes doctorados. Jacona recibió apoteósicamente a estos doctores, con los cuales el Cura pensaba reabrir el clausurado Colegio de San Luis. Se presentaron dificultades no esperadas y dolorosas. Pero se acertó de veras, pues los dos doctores venidos de Roma, puestos al frente del Colegio, hicieron que comenzaran a afluir abundantes alumnos de Zamora y de los pueblos.

## **Jacona, ¡adiós!**

¿Cómo le iba a ir al Cura de Jacona, elegante sacerdote hecho a la europea, con la mentalidad inglesa aprendida en Oscott, las formas distinguidas de la Academia Eclesiástica para Nobles y la amplitud de miras del Colegio Romano?... En medio de sus éxitos incuestionables, y como un contrapeso, surgieron incomprensiones y hasta ataques descarados. Los enemigos de Plancarte podrían ser numéricamente pocos frente a sus muchos admiradores y al pueblo que lo quería tanto. Pero esos sus adversarios eran muy refinados y supieron ganarse al Prelado. Vinieron acusaciones simplemente infundadas y hasta ridículas, de esas que recuerdan el fatídico y certero “calumnia, que algo queda”.

Consecuencia de tales cuentos, el día 24 de Abril de 1882 le llegaba al Padre una carta del Obispado, en la que se le decía sin más:

-El Señor Obispo ha tenido a bien disponer entregue Usted ese Curato de Jacona al Sr José Mora. Gracias por el tiempo y circunstancias en que lo desempeñó, cuando esta Iglesia tenía necesidad de sus servicios.

El Padre Mora se negó a aceptar:

-¡Eso no es más que un querer alejar al Padre que ha transformado el pueblo!

La “envidia y mentira”, cantadas o lamentadas por el poeta y Maestro de Salamanca, tenía tristemente herederos en la Zamora de Michoacán.

Ante la renuncia formal y enérgica del Padre Mora, el Obispo nombró párroco al Padre Salcedo, un sacerdote que había recibido muchos beneficios del Padre Plancarte. Al saber el nombramiento, se emocionó y lloraba como nadie. ¿Sincero? Quizá, sí. Pero, nada más se sintió Cura de Jacona, pagó a su bienhechor de la manera más injusta.

El Padre Plancarte, al leer la carta y sentir como una puñalada semejante decisión, y ver después la despedida de la gente, escribía:

-Estoy acostumbrado a sufrir. Cada letra es un desengaño para mí. Mi conciencia está tranquila. El pueblo está de luto por mi separación. Yo los dejé a todos allí y me vine a casa; pero poco a poco ya estaba aquí todo el pueblo dando gritos y sin poder articular palabra. Todos me quieren más que cuando tomé posesión de esta parroquia hace quince años. ¡Que Dios consuele a Jacona y yo sea agradecido a su amor y simpatía!

Las angustias fueron grandes, pero no faltaron satisfacciones hondas. Como el día en que Don Pudenciano Dorantes, Gobernador de Michoacán, al visitar los dos Colegios del Padre Plancarte, deje escrita en el libro de visitantes esta página inmortal para la Congregación:

-En el histórico pueblo de Jacona se destacan, elegantes y risueños, el Asilo de San Antonio y los Colegios de La Purísima y de San Luis Gonzaga, cuya existencia se debe al genio ilustrado, al celo perseverante, a la actividad evangélica del digno Cura Párroco, José Antonio Plancarte y Labastida. Este digno sacerdote, luchando con grandes dificultades, ha levantado un templo a la sabiduría y a la verdad, franqueando sus puertas a la niñez, sin

distinción de clases ni de condiciones. Ha sentado una base que no muy tarde será una de las más firmes columnas del porvenir brillante y risueño de que es digno Michoacán, cuna de tantos varones ilustres, cuyos nombres conserva nuestra historia en sus más brillantes páginas.

### **Les dejo la Virgen**

Muchas obras notables ha realizado José Antonio en Jacona con visión de hombre grande y de sacerdote celoso. Por eso, no queremos despedirnos con él de su Parroquia sin el más bello de sus recuerdos: ¡la Virgen de la Esperanza!...

El pueblo guardaba con cariño desde el siglo diecisiete la imagen aparecida y milagrosa de *Nuestra Señora de la Raíz*. Pero su iglesia-santuario, medio en ruinas, daba verdadera pena. El Padre Plancarte, amantísimo de la Virgen María, tomó con empeño y su clásica energía la restauración de la morada de la Patrona. Y en el mismo año que abrió el Asilo de San Antonio, ofrecía al pueblo el templo acabado y embellecido, con dos cruceros más, pavimento nuevo, dos torres con un reloj traído expresamente de Francia, un atrio modificado con arcos, jardines y una estatua de la Virgen tallada en mármol de Carrara. El mismo Párroco fue quien bendijo el restaurado templo, aunque fue el Obispo quien celebró la Misa, y aquel día las Hijas de María Inmaculada renovaron sus votos a Dios ante la Virgen y recibieron como recuerdo cada una su anillo de oro.

Ya vimos cómo el Padre presentó al Papa Pío IX una estampa de la Imagen, y el Pontífice sugirió cambiarle el nombre de Nuestra Señora de la Raíz por el más significativo para nuestros días de *Nuestra Señora de la Esperanza*.

Habrán de pasar algunos años, cuando nuestro Padre Plancarte esté en México, para que la Imagen sea coronada canónicamente, la primera imagen de María que iba a recibir este honor en América. La iniciativa vino de uno de aquellos muchachitos llevados a Roma por el Padre: su sobrino el Padre Miguel Plancarte y Garibay. Estudiante del Pío Latinoamericano, presenció la coronación pontificia de la Virgen de la Strada en la Iglesia del Gesù. El vivaz muchacho se preguntó:

-¿Y por qué no coronar así a la Virgen de mi pueblo?

No hay semilla buena que no germine. Y el querido “Padre Miguelito”, como todos le llamaban, propuso la idea, la apoyó del todo su primo el Padre y Doctor Francisco Plancarte, la aceptaron el tío Antonio y el tío Mons. Labastida, y el 14 de Febrero de 1886 era coronada en una ceremonia sin precedentes la venerada Imagen con la corona de oro y piedras preciosas bendecida personalmente por el Papa León XIII. Legado Pontificio fue el Arzobispo de México Monseñor Labastida. Uno de los sermones del triduo preparatorio lo predicó el antiguo Párroco Padre José Antonio Plancarte, a quien un mes más tarde, comentando la fiesta tan emotiva, le escribía el tío Mons. Labastida:

-¡Todo transformado en un jardín, en un relicario, en un santuario y en un recinto en el que quedaría satisfecho el europeo más exigente! ¡Todo obra de mi sobrino José Antonio, a quien mandé a Zamora con el Obispo Sr. Peña para que hiciera el bien que por mi destierro

no pude hacer en mi país natal! ¡No hay dulzura igual a la de hacer el bien, pero para que no la amarguen los envidiosos, hay que hacerlo sólo por Dios!...

Padre José Antonio Plancarte, ¡qué bien que lo has hecho todo en Jacona!...

### III. APÓSTOL EN MÉXICO

Jacona, en la diócesis de Zamora, había sido algo provisional en la vida de José Antonio, aunque se prolongara allí su ministerio por quince años. Dios en su Providencia le asigna ahora el campo definitivo: la Arquidiócesis de México, donde seguirá con sus sueños de siempre. La Virgen de Guadalupe lo quiere junto a sí, y cabe la Basílica del Tepeyac coronará su vida de sacerdote santo.

#### **En el mejor de los campos**

Debido a tantas acusaciones y contradicciones surgidas en la diócesis de Zamora contra Plancarte, y a pesar de que iban a quedar en Jacona los Colegios de La Purísima y de San Luis, pero más que todo la Congregación de las Hijas de María Inmaculada, todos consideraron como lo más oportuno que el Padre se trasladara a su diócesis propia, la de México, gobernada a la sazón por el Arzobispo Monseñor Labastida.

¿Y qué iba a hacer José Antonio en la Capital? Desde el primer día empezó a manifestar unas capacidades en las que antes nadie pensaba. Hay que escuchar a su amigo Monseñor Montes de Oca:

-Apenas trocó el reducido teatro de Jacona por el de la capital de la República, su elocuencia dejó a todos estupefactos. No se limitaba a pronunciar uno que otro discurso de circunstancias. Predicaba todos los días y a toda clase de auditorios. Las iglesias de los barrios le agradaban lo mismo que las catedrales, y desplegaba igual entusiasmo en el oratorio del magnate y en la capilla de religiosas, entre los presos de la cárcel y entre los niños de las escuelas, delante de los seminaristas y frente a frente con hombres de mundo..., hasta el grado de pronunciar diez y quince sermones en un solo día.

Así lo describe el amigo y Obispo de San Luis Potosí, mientras que Plancarte dice de sí mismo con buen humor:

-Hago el papel de machito nuevo y todos tienen ganas de probarme. Yo me alegro, pues hago algún bien y no tengo tiempo de pensar feo.

¿Qué significaba esta actividad apostólica? Volvían a revivir todas las energías de aquel misionero con Monseñor Peña por los pueblos michoacanos de la diócesis de Zamora. Le consumía el celo por la salvación de sus hermanos. Trabajaba con un espíritu sobrenatural admirable. Y Dios autorizaba a su siervo humilde para las obras que le iba a encomendar en el centro mismo de la Iglesia mexicana.

Corría el año 1882. Esclarecidas las cosas de Zamora, barrida tanta acusación y sin aquellas persecuciones tan sin sentido, el tío Monseñor Labastida, concedor de la capacidad y rectitud del sobrino, le sugiere lo primero de todo:

-José Antonio, vete otra vez a Europa. En Roma, agencia lo de las Hijas de María Inmaculada y las Josefinas, para unir las en una sola Congregación. Haz lo mismo con los Misioneros que piensas fundar y los que ya tiene el Padre Vilaseca. Después, busca y mira de traer otros Misioneros a México.

Tres encargos muy concretos del Arzobispo, y un anhelo hondo nuevamente sentido en el alma de Plancarte: visitar por tercera vez Tierra Santa, aunque fuera con muchos sacrificios.

### **Por Europa y Oriente Medio**

¿Cómo se van a conseguir los tres objetivos del viaje? Por parte del Padre José Antonio, se empieza con oración, con mucha oración. Es lo que persigue con su nueva peregrinación a Tierra Santa y otros lugares apostólicos en el Asia Menor, a fin de conseguir las luces de Dios en orden a su Congregación. Le había prometido a su sobrino tan querido del Pío Latinoamericano, Francisco Plancarte y Navarrete, el que llegará a ser Arzobispo de Linares-Monterrey, llevarlo consigo como premio de su segundo doctorado.

Ya sabemos lo que es una peregrinación de nuestro José Antonio: piedad, devoción, penitencia. La peregrinación en su esencia más pura. Una sola anotación de su Diario en esta tercera vez, nos lo dice todo. Escribió sobre la losa del Santo Sepulcro:

-¡Aquí estuvo sepultado el cuerpo adorable de mi Salvador! ¡De aquí resucitó triunfante y glorioso para nunca más morir! ¡Aquí estuvieron sentados los ángeles! ¡Aquí han estado muchísimos Santos! ¡Aquí murió la muerte y fue encadenado el Demonio! ¡Aquí se confirmó nuestra Religión! ¿Podré salir yo desconsolado de este Santo Sepulcro?... ¿Podré rehusar mi cruz?... ¿Me quejaré de mis padecimientos?... ¿Me quedaré sin llegar al Calvario?... ¡No, Dios mío; no lo permitas jamás! Manda cruces, tribulaciones y cuanto gustes, pero acompañadas de fuerza, pues a la vista de este Sepulcro, glorioso y triunfante, se endulzan las amarguras, huyen el temor y la tristeza, y el alma apetece el Calvario. ¡Valor y confianza! Si morimos crucificados con Cristo, con Cristo resucitaremos gloriosos y triunfantes. Haz, Señor, que yo y los míos llevemos con gusto nuestra cruz hasta la muerte, que amemos la penitencia y los trabajos, los desprecios y las humillaciones, para que en el último día subamos triunfantes al Cielo”.

No era ésta una literatura vana. Tío y sobrino hicieron la peregrinación con serias dificultades, pues en aquel entonces no había ninguna de las comodidades que hoy ofrece el turismo organizado. Valga una muestra nada más:

-Pasamos diez días con muchas incomodidades por el calor, los alimentos y alojamientos asquerosos en que a veces tuvimos que dormir. Una vez nos fue preciso alojarnos en una cueva que servía de abrigo a las ovejas de los beduinos y que mediante unas monedas nos cedió el dueño del rebaño, y otra en una miserable cabaña que nos hizo desear el aseo de la cueva anterior. Nuestros alimentos fueron huevos duros de dos o tres días, carne seca y pan que llevábamos desde Judea y desde Samaría.

En esta peregrinación tuvo la satisfacción de encontrarse de nuevo con el santo Padre María Alfonso Ratisbona, de quien asegura “que me consoló con sus propios padecimientos”.

### **¿Y la unión de las Congregaciones?**

Hemos de regresar al principio del viaje. Los dos fundadores, el Padre Vilaseca y el Padre Plancarte, se habían embarcado en Veracruz. Ambos marchaban con la sincera intención de unir sus Congregaciones, masculinas y femeninas, en una sola: ¿para qué multiplicar energías si todas persiguen el mismo fin?...

Durante todo el viaje hablan, discuten, disciernen, escriben, visitan, consultan mucho en Roma..., pero al fin queda todo en nada, es decir, que cada uno seguirá su propio camino y la unión no se llega a consumir. En Roma ha ido la cuestión al Papa León XIII en persona, que exclama como impaciente al no ver a quien espera en una audiencia que le ha concedido, y que por lo visto le interesaba mucho:

-¿Plancarte no vino? ¿Dónde está Plancarte?

Allí estaba el Padre, desde luego. No iba a faltar a la cita quien era tan devoto de León XIII como lo había sido de Pío IX.

Las Religiosas Josefinas se quedaron con su Reglamento propio y formaron Congregación independiente. Y las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, igual: definitivamente, Congregación aparte. Después de una experiencia de unión que no resultó, una y otra formarán dos familias religiosas distintas, cada una siguiendo el espíritu que las informó desde sus comienzos.

¿Y los Misioneros? Cuando el Padre Plancarte se trasladó finalmente a México el año 1883, el Padre Vilaseca tenía ya formado su grupo dentro del Colegio Clerical. Plancarte no tenía sino un difuso plan de fundación masculina, que nunca llegó a cuajar. De hecho, durante el viaje descartó la idea de fundar una Congregación de Misioneros, mientras que en Noviembre de ese mismo año profesaban los doce primeros discípulos del Padre Vilaseca en el Instituto de Misioneros Josefinos.

### **En busca de Misioneros**

Pero, como ya sabemos, el Padre Plancarte viajaba con otro encargo muy concreto del Arzobispo: buscar misioneros para México. “¿Dónde, Dios mío?”, se decía. Porque se le iban cerrando todas las puertas.

Los Oblatos de María Inmaculada, aunque están en Estados Unidos junto a la misma frontera de México, se deciden por el no..., pues el Padre General personalmente le dijo al Padre en París que no tenía personal.

“¡A lo mejor los Oblatos ingleses del Cardenal Maníng!”, se dice esperanzado... Pero esta vez los amigos ingleses no le sirvieron para nada, pues nada se pudo conseguir.

Busca Plancarte a Don Bosco, no lo llega a alcanzar en Chambéry, le escribe a Turín, y le contesta el Padre Cagliero que no puede contar con los Salesianos para México, porque

marchaban entonces mismo hacia Argentina hasta la Patagonia y no alcanzaban para otra misión...

En Barcelona el Padre va a tener más suerte. ¿Qué le llevaba a la Ciudad Condal? Desterrado y enfermo, el Arzobispo de México Monseñor Lázaro de la Garza y Ballesteros había llegado a Barcelona en 1860, y fue recibido con todo amor por el Obispo Monseñor Antonio Palau, que lo hospedó en su palacio, lo cuidó con mimo verdadero, hasta que el desterrado Arzobispo murió el 11 de Marzo de 1962. Como si hubiera sido el propio Obispo de Barcelona, se le hicieron suntuosísimos funerales y fue sepultado en la Catedral, costeados todo por el Prelado y los Canónigos. Allí reposaron sus restos hasta que años después fueron trasladados a su patria.

Habían pasado veinte años, y el Arzobispado aún no había dado ninguna muestra particular de gratitud a la Curia barcelonesa. Monseñor Labastida quiso reparar esta omisión y confió al Padre Plancarte un cáliz de oro, de antigua artesanía mexicana, una filigrana verdadera. Estaba vacante la sede de Barcelona, y el Padre entregó oficialmente el preciso cáliz al Vicario Capitular en presencia del Cabildo.

Todos contentísimos. Después, en charla amigable con el Vicario:

-¿Y qué fue de aquel Obispo tan bueno Monseñor Antonio Palau en cuyas manos murió Monseñor Garza Ballesteros?

-Dios se lo pagó bien. Cuatro meses justos después del Arzobispo de México moría Monseñor Palau en manos de su gran amigo el Arzobispo Antonio María Claret, que, dejada Cuba, residía en Madrid como Confesor de la Reina Isabel II, y del 7 al 14 de Julio de aquel mismo 1862 se hallaba casualmente en Barcelona presidiendo una Junta de sus Misioneros.

Nuestro Padre José Antonio abrió unos ojos inmensos:

-¿Los hijos del Señor Claret? ¡Si yo los daba por muertos apenas nacidos!

-¡No! Están muy florecientes. Y su casa principal la tienen aquí en Gracia, en la antigua Casa de Ejercicios que les dio el mismo Obispo Palau, y que los Misioneros utilizan como seminario.

Ahora hemos de dejar que siga contando la historia el Padre Plancarte en su carta al tío Monseñor Labastida:

-El Vicario Capitular me dijo que eran hombres de Dios y sumamente útiles. No se lo dijo a ningún sordo. Fui derecho a su casa y encontré al Padre que suple al Superior General. ¡Qué diferencia entre la acogida que aquí me hacen y otras!... La casa es inmensa, pero demasiado pequeña para tanta gente: ¡sesenta y tantos sacerdotes, ochenta y tantos estudiantes, ciento y tantos novicios! Gente joven, robusta, instruida, virtuosa y llena de amor a Dios y celo por la salvación de las almas... ¡Cuando yo me volvía desconsolado y con las manos vacías!... El Padre General es hombre serio, seco, ríspido y santo... Voy a ver al Padre Clotet, que es el Subdirector y un ángel en carne humana... Yo he procurado conocerlos a fondo, y le aseguro a usted que nos hemos hallado una mina.

¡Qué pronto se entienden y conocen los santos! El Padre General, el inmenso Padre Xifré, “es un santo”..., y “un ángel en carne humana” el Venerable Padre Clotet, “el

angelical Padre Clotet”, como se le ha llamado siempre en la Congregación... Ojo muy certero el demostrado por el Padre Plancarte.

No tenemos testimonio de cuál fue la reacción de Monseñor Labastida ante la carta del Padre escrita en Barcelona. Pero nos la imaginamos fácilmente, sin temor a equivocarnos. Durante los días del Concilio Vaticano I escribía San Antonio María Claret al Padre Xifré una carta que se ha hecho célebre:

“En América hay un campo muy grande y muy feraz, y con el tiempo saldrán más almas para el Cielo de América que de Europa. Esta parte del mundo es como una viña vieja. Y la América es **viña joven**. Los Obispos que de allá han venido, a los que con mucho gusto he visitado y tratado, son muy instruidos y virtuosos, y me inspiran muchas esperanzas. Yo estoy ya viejo y con la salud quebrantada; que si no fuera por esto, allá volaba. Mientras que allá no voy, paso al Colegio que está aquí en Roma para Seminaristas americanos. Ya se han ordenado unos de Sacerdotes, otros de Obispos. Yo les he predicado, y se forman muy bien en virtud y en ciencia”.

¿Cuesta mucho adivinar entre esos Obispos americanos, “muy instruidos y virtuosos”, a Monseñor Labastida? En otra carta de los mismos días, a propósito de una posible fundación de sus Misioneros en México, escribía Claret: “He hablado con el Arzobispo de México, *que es amigo mío*”. Claret y Labastida se conocían, se habían tratado, eran amigos. Entonces, ¿qué sintió el ilustre Arzobispo al recibir del sobrino aquellas noticias desde Barcelona?...

Después de escribir esa carta famosa, suspendido el Concilio, Claret se marchaba de Roma a finales de Julio de 1870, y los primeros muchachitos del Padre Plancarte llegaban al Pío Latinoamericano a mediados de Agosto. Por poco no los pudo conocer el Santo en aquellas visitas que le llenaban el alma de tantas ilusiones y esperanzas, cuando estaba ya a punto de morir.

Dios juega muy bien con los destinos humanos. Al ir los Hijos del Corazón de María a México, se entrelazan en el recuerdo personas e instituciones muy entrañables: Claret, Labastida, Plancarte, Colegio Pío Latinoamericano, Garza Ballesteros, Palau...

Al regresar a México en Octubre de 1883, el Padre Plancarte se llevaba consigo el primer filón de la mina, el distinguido Padre Domingo Solá, que iba con plenos poderes del General. Los dos se hicieron para siempre amigos íntimos. Total, que en 1884, por disposición de Monseñor Labastida y acompañados constantemente por el Padre Plancarte, los Misioneros del Corazón de María estaban establecidos en Toluca y poco después, dentro de México, en las iglesias de Jesús María y San Hipólito. Presto empezó su extensión por toda la República y de ella dieron el salto decisivo a los Estados Unidos de América.

El Padre José Antonio Plancarte y Labastida, a la par que el tío Pelagio, figura con honor entre los grandes bienhechores de la Congregación Claretiana.



## El Colegio Clerical

Llegado el Padre Plancarte a México, la primera actividad importante, ¡y tan importante!, fue la de convertir en realidad su sueño mayor: la formación de Sacerdotes. Pero existía un problema serio. El Padre Vilaseca había fundado el Colegio Clerical, que funcionaba en el edificio de la Concepción para la formación de aspirantes a sacerdotes diocesanos, y otro Colegio para los Sacerdotes Josefinos. Además, existía otro, el de Mascarones, dirigido por los Padres Paulinos. Tres Colegios para aspirantes dispersaban mucho las fuerzas.

Naturalmente, vinieron las quejas justificadas de los Profesores del Colegio Clerical, expuestas en un extenso documento, en el que con respeto, pero con firmeza, pedían al Arzobispo, y después al Padre Plancarte como Visitador de las Escuelas y Colegios Católicos, la separación de los dos Colegios. Debían separarse los distintos planteles seminarios.

El Padre Plancarte, aunque estaba acorde con la separación, tuvo una idea más audaz. Recordaba muy bien la promesa al Papa Pío IX y el encargo recibido del mismo Pontífice, de entregarse de lleno a la formación de los ázares Sacerdotes. Con esta noble obsesión, proponía sin más al Arzobispo, y lo mismo al gran amigo Don Ignacio Montes de Oca:

-¿Por qué no fundar un gran Seminario Diocesano en Tepozotlán, en aquel antiguo edificio de los Padres Jesuitas, para sacerdotes de todo México?

Hubiera sido el golpe decisivo, pero se presentaron dificultades muy graves, y el proyecto no se pudo llevar a cabo.

Entonces el Arzobispo Monseñor Labastida, siempre bondadoso pero firme, y después de mucha oración y muchas consultas, decidió la separación de los Colegios Clerical y Josefino.

Con este último, como era lógico, se quedaba el Padre Vilaseca, mientras que el Clerical se le confiaba como Rector al Padre José Antonio Plancarte, de reconocida capacidad y adornado de un celo tan singular por la formación de los sacerdotes. El tiempo demostró lo acertado del plan, tanto para la Arquidiócesis como para los Josefinos.

El nuevo Rector puso al frente del Clerical de San Joaquín un magnífico claustro de Profesores, y pronto se vio el resultado. Además, el Padre Plancarte tomó una decisión enérgica y necesaria. Desde hacía mucho tiempo pensaba fundir en uno los dos Colegios, el de San Luis de Jacona y el Clerical de San Joaquín en México. Dicho y hecho, en Enero de 1888 escribe:

-Ayer llegué a Zamora, a donde fui a sacudir mis sandalias, trayéndome mis establecimientos a México.

Clausuraba el Colegio de San Luis en Jacona, en el que se habían formado magníficamente muchos niños, entre ellos uno que se hará famoso, Amado Nervo, y se

traía consigo a los profesores y muchos de los alumnos. ¿Por qué?... No era un capricho, ciertamente. Para elevar el Clerical a la altura en que debía estar, se necesitaban Directores y no se podía contar con sacerdotes sacados de sus parroquias o sus puestos de trabajo. Esto hubiera sido fatal. ¿Entonces?... San Luis tenía unos Profesores magníficos, los llegados de Roma después de haber alcanzado sus brillantes títulos. El Clerical de San Joaquín, en la Capital, era su puesto mejor. Y aquí vinieron.

El Padre Placarte, Rector del Colegio, comenzó por adecuar el local, convirtiéndolo en una casa cómoda e higiénica, en verdadera mansión para los Profesores y alumnos, apta para el estudio y el desarrollo armónico de los muchachos. La cocina, antes tan deficiente, la encomendó a sus Religiosas las Hijas las Guadalupanas, que la llevaron con alegría y competencia, felices de colaborar en la formación de los futuros sacerdotes.

En los seis años que le quedaban de vida, el Colegio alcanzó la mayor altura y fue el mejor plantel del Seminario diocesano. Sus Profesores más competentes eran aquellos muchachitos que habían ido a Roma y ahora se presentaban como sacerdotes ejemplares, sobresalientes tanto en ciencia como en virtud, entre ellos tres futuros Arzobispos. Uno, de México, el Doctor José Mora; los otros dos, de Linares-Monterrey, los Doctores Francisco Placarte y Juan Herrera Piña, aquel “bribonzuelo” de once años que le robó el solideo al Papa Pío IX y que ahora lucía tres flamantes doctorados. Uno de éstos Profesores escribirá con legítima satisfacción:

-Se esperaban otros refuerzos de Roma, y se habría podido, con tres o cuatro años más, hacer de San Joaquín una pequeña Universidad al estilo del Colegio Romano.

¡Ya está bien por el Doctor Francisco! Pero, ¿no nos suena un poquito extraño eso de los “seis años” que hemos oído antes, y los “tres o cuatro más” que escuchamos ahora? Ocurrió algo muy doloroso, pero así fue.

Adelantamos cronológicamente los hechos, dejando para después otras actividades del Padre Placarte durante estos años de 1875 a 1882. En 1891 morirá Monseñor Labastida, y vendrá otro Arzobispo a México, Mons. Próspero María Alarcón. ¿Qué pensaba éste del Colegio Clerical? No lo sabemos. Y nos vamos a atener sólo a los hechos.

De momento, se le confirmó al Padre Placarte en el cargo de Rector del Colegio. Pero pronto empezó a rumorearse lo peor:

-Parece que el Arzobispo mira con recelo al Clerical. Permite que los alumnos se trasladen sin más al Seminario diocesano, sin conocimiento previo del Rector. ¿Por qué?...

El Obispado deja vacantes las asignaturas de Filosofía, Dogma y Moral, porque quita sin más a sus titulares y les manda pasar al Seminario Diocesano. Era igualmente raro lo de los alumnos teólogos, a los que se les manda trasladarse también al Seminario.

¿Cuál es la reacción de Placarte? Siendo el Rector, escribió dos notas al Prelado:

-Como nada se me ha dicho oficialmente, ruego a Vuestra Señoría Ilustrísima mande sus órdenes por escrito, respecto a lo que he de hacer con los sacerdotes, alumnos, muebles, etc, caso que ya esté resuelta, como lo creo, la clausura del Colegio, pues no puedo continuar sin profesores.

El Padre se muestra duro, pero con dignidad. Aunque más dura e inexplicable es la contestación de la Curia:

-El Sr. Arzobispo se ha visto en la necesidad de suprimir el Colegio de San Joaquín para refundirlo en el Seminario.

Por más que añade la consabida fórmula, tan poco sincera muchas veces:

-Pero me encomienda diga a usted de su parte que agradece la eficacia y celo que desplegó Usted siendo Rector del Colegio suprimido, y que se propone aprovechar de otra manera la actividad y rara aptitud de Usted.

Unas palabras escritas por el Padre antes de venir a la Capital, tan llenas de amargura, resultaban ahora con el Arzobispo de México tan actuales como entonces:

-¡Qué terrible desengaño se apoderó de mi alma atribulada! Yo que en mis combates y tribulaciones me sentía fuerte contando con mi Prelado; yo que lo juzgaba mi apoyo, he descubierto hoy... todo lo contrario.

Padre Plancarte, esta cruz sí que no la esperabas, ¿verdad?... ¿Dónde queda la misión que te confiara el querido Papa Pío IX, de consagrarte a la formación de Sacerdotes, y que tú le jurabas cumplir?...

### **Sus hijas las Guadalupanas**

Nos dejamos también de cronología, y englobamos aquí todo lo de la querida Congregación, la obra del Padre Plancarte que perdurará para siempre.

Ya vimos cómo el Obispo de Zamora aprobó la Congregación de las Hijas de María Inmaculada. De derecho solamente diocesano, pero tenían con ello personalidad propia en la Iglesia. Para cuando el Padre Fundador vino a establecerse en México, ya había algunas de ellas en la Capital, y al afianzarse aquí la Congregación vino otra aprobación posterior, también diocesana, otorgada en Septiembre de 1885 por la Curia de México, y a partir de ahora el Instituto se llamará el de las *Hijas de María Inmaculada de Guadalupe*.

Al cerrar el Padre en Jacona el Colegio de San Luis, hizo lo mismo con el de la Purísima y se trajo a México a todas sus Religiosas, profesas, novicias y aspirantes, las cuales desde un principio se hacían cargo del Asilo de huérfanos, del Asilo de la Soledad, de la cocina del Clerical de San Joaquín y de la Escuela parroquial de Tacuba. De la Capital arrancará después la expansión de la Congregación Guadalupana a todos los rincones de la República.

Pero, ¿llegará el Padre a ver su Congregación aprobada por el Papa, de modo que sea de derecho pontificio, recibiendo así el espaldarazo para supervivir definitivamente en la Iglesia?

Curioso, pero cuando se tramitaba todo en Roma el año 1896 surgió una dificultad seria:

-Es imprescindible la recomendación del Obispo de Zamora, diócesis donde nació la Congregación. Sin ella, no hay nada que hacer.

Sin embargo, la gran dificultad saltaba a la vista, de modo que el recién consagrado Obispo Monseñor Francisco Plancarte Navarrete, recibió el consejo:

-Vaya directamente al Papa.

Y el Papa León XIII, escuchado todo, respondió sin más:

-Haga usted saber al Cardenal Vega, Prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares, que puede seguirse adelante en lo relativo a la Congregación de las Hijas de María Inmaculada de Guadalupe, y que de ello me hable en la primera audiencia.

¡Se acabó la cuestión, gracias a Dios, y de qué manera! El Padre, antes de irse al Cielo, pudo ver a su Congregación con la seguridad del derecho pontificio, bendecida en sus inicios por Pío IX y el 22 de Mayo de 1896 confirmada personalmente por el gran Papa León XIII.

El Fundador, cuando le llegase la hora, podría irse tranquilo del mundo.

### **El Templo de San Felipe de Jesús**

¿Empezamos con unas palabras del mismo Padre Plancarte a sus hijas las Guadalupanas? Les escribe:

-No hallo cómo agradecerle a Dios esta inmerecida gracia de haberme escogido para edificar en la República el primer templo al primer Santo mexicano y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento.

¿De dónde arranca la historia? Vino a México el fervoroso sacerdote inglés Kenel Vanham, y recorrió la República, acompañado a veces por el Padre Plancarte como misionero, recogiendo limosnas para levantar en Londres un templo expiatorio con carácter universal, donde día y noche se expusiera el Santísimo pidiendo a Dios misericordia por los pecados del mundo. Aquí estuvo la chispa. Por delicadeza, y para no estorbarle nada en su misión, el Padre Plancarte no dijo ni una palabra mientras el sacerdote inglés permaneció en México. Pero una vez se marchó a su tierra, le exponía su idea y decisión al tío Pelagio, Arzobispo verdaderamente santo:

-¿Por qué no hacemos en México lo mismo? ¿Es que en nuestro país no se cometen pecados? ¿Y por qué no puede ser en un templo consagrado a Dios en honor de San Felipe de Jesús, nuestro primer Santo y que aún no tiene un templo en la República? En él funcionará también la Adoración Perpetua a Jesús Sacramentado.

Monseñor Labastida no se lo pensó más. Le indica al sobrino el lugar más apropiado para la construcción, y le dice resuelto:

-Empieza la obra. De todos los regalos que me hagan por mi Jubileo de Oro sacerdotal, te entrego la mitad para este templo, y la otra mitad para la restauración de la Basílica de Guadalupe.

Aquí estuvo todo. No había más que poner manos a la obra.

El lugar escogido era el antiguo convento de los Franciscanos, cuna de la civilización cristiana mexicana, donde habitaron Moctezuma, Hernán Cortés y Zumárraga, el Arzobispo de Juan Diego y la Virgen de Guadalupe. El templo sería de estilo romano-bizantino, con

tres naves, una de ellas dedicada a San Antonio de Padua, franciscano como San Felipe de Jesús.

Había que vencer grandes dificultades, como el derribo de los antiguos muros, fortísimos, y desviar el agua del terreno tan movedizo. Pero se tiró adelante, y el 2 de Agosto de 1886, en una fiesta tan franciscana como Nuestra Señora de los Ángeles o de la Porciúncula, el Arzobispo Labastida bendecía la primera piedra. Entre otras, una de las madrinas fue Doña Carmen Rubio de Díaz, esposa del Presidente el General Don Porfirio.

¿Y cómo se las ingenió el Padre José Antonio para sacar el dinero necesario, que iba a ser mucho? Dejemos aparte los métodos empleados, que fueron bastantes, e indiquemos sólo uno: su predicación. Hacer el bien a las almas, y pedirles como recompensa un donativo no para sí mismo, pues renunciaba a toda paga, sino para el Templo Expiatorio que iba a ser de todos y para todos. Así pues, empezó a predicar en todas las iglesias el sermón doctrinal o moral, exponía la idea del Templo, y pedía un peso, uno nada más, no regalado, sino prestado:

-Entréguenme un peso, y, acabada la obra, se les devolverá honrada y religiosamente.

La gente se entusiasmó. Acabada cada día la predicación, en plan auténticamente misionero, venía la colecta. El testimonio de Mons. Francisco Plancarte no tiene desperdicio:

-Al bajar del púlpito el Padre José Antonio para hacer personalmente la colecta, el bonete o la bolsa en que recogía las oblacones se llenaba no sólo de dinero, sino de relojes, de anillos, pulseras, aretes, prendedores y otras alhajas de plata, oro y piedras preciosas, de que con gusto se desprendían.

Y añadirá el mismo Padre José Antonio:

-Pido prestado el peso, pero todos me lo han dado. Mi deseo es que todos los mexicanos contribuyan al Templo Expiatorio. Luego que se cansen aquí, recorreré la República si es preciso.

Las dificultades fueron muy grandes, y los gastos costosísimos. Pero, como obra de Dios y emprendida por un santo, había de venir la inevitable contradicción, y los periódicos lanzaron tres acusaciones divertidas: que el Padre Plancarte era jesuita y extranjero, pero, sobre todo, ¡no faltaba más!, que ese dinero debería ir a los pobres, “porque ya no se hace caridad”, y lo que dan al Arzobispado para los pobres él se lo queda para el Templo. Lo de Judas en el Evangelio con el perfume de María la de Betania... El Padre respondió con gracia también en los periódicos a las tres acusaciones:

-¿Jesuita?... Es el único título que he ambicionado, pero lo desecho con sentimiento, en honra y gloria de esa Compañía de santos y de sabios que yo nunca me canso de admirar.

¿Extranjero?... Rechazo con indignación este título, pues soy más mexicano y más patriota que todos ustedes juntos. Al bien de mi Patria he consagrado mi vida, mi dinero y mis afanes, sin haber recibido jamás un centavo del erario.

¿Los pobres?... Estos fondos no salen de la Iglesia, sino del patriotismo y generosidad de los mexicanos, y considero un ultraje a mis compatriotas el que ustedes nieguen que ellos

son, ¡el México independiente!, los que edifican el primer templo que se consagra a Dios en honor de un Santo mexicano.

Y concluía el Padre su simpática defensa:

-Con una sola de estas tres falsedades que me prueben, enviaré a ustedes una talega de pesos para que la repartan entre los pobres que socorren diariamente. Y si no la prueban, ¿me darán ustedes otra talega para el Templo?...

El Templo se terminó. Se acercaba el 5 de Febrero de 1897, tercer centenario del martirio de San Felipe de Jesús. Dos días antes, el día 3, el Arzobispo Mons. Alarcón consagraba el Templo, y el Padre Plancarte celebraba la Misa, sobre la cual escribió:

-Mi Misa en Zamora junto al sepulcro de mi madre y la del día 3, han sido las que me han conmovido hasta el grado de no poder articular palabra. Con aquélla, sentí liquidar mi deuda de gratitud filial; con ésta, sentí en la patena el peso del templo extinguiendo el de mis pecados.

Y continúa el Padre dándonos los datos últimos:

-El día 5 fue la Misa pontifical con sermón del Sr. Montes de Oca. A las diez de la noche se expuso el Santísimo y lo velamos hasta las cinco de la mañana. Los visitantes ya pasan de medio millón.

Aquello constituía la primera Adoración al Santísimo Sacramento en su Templo Expiatorio con carácter nacional. El medio millón de visitantes era el anticipo de los tres millones de Adoradores con que la Adoración Perpetua y Nocturna cuenta hoy en México... Si recordamos la primera raíz de los Plancarte en México, aquel español Guillermo Plancarte establecido en Morelia fue uno de los fundadores de la Archicofradía del Santísimo Sacramento. ¡Lo que hará después su descendiente José Antonio!...

### **Los bríos de un misionero**

Pronto vamos a ver al Padre Plancarte como el restaurador de la Colegiata de Guadalupe, y, por este motivo, será también el buscador afanoso de fondos económicos para llevar adelante la empresa ingente que se le echa encima. Cuando se trató del Templo de San Felipe de Jesús, escuchamos que nos dijo: *-Si es preciso, recorreré toda la Republica.* Y por la Colegiata guadalupana emprendió una campaña misionera en la que lo de menos fue el dinero; lo grande fue el celo apostólico que desplegó por los Estados del Norte este hombre santo y hambriento de la salvación de sus hermanos. Dios iba a satisfacer así las ansias misioneras que siempre le consumieron.

El 9 de Abril de 1889 empieza por San Luis Potosí. Coincide con los días de Semana Santa y Pascua. Aparte de otras predicaciones, dirige una tanda de Ejercicios para Caballeros con unos doscientos setenta asistentes.

El día 24 llega a Matehuala a las cuatro de la tarde, y a las seis comenzaba una misión. Simultáneamente con ella, desde el 27 hasta el 1 de Mayo, dirige unos Ejercicios Espirituales en encierro para treinta hombres de lo más granado de la ciudad. Seguía la misión, que le hace llamar urgente a la Curia de San Luis:

-El gentío es inmenso y aumenta cada día. Vengan urgentemente confesores, pues los que hay no descansan y son incapaces de dar abasto para confesar a tanta muchedumbre.

Hasta el Obispo se presentó y permaneció allí varios días, pues respondieron al llamamiento de Dios, dice el biógrafo, desde el Jefe político y los soldados hasta el más infeliz de los habitantes de la ciudad.

Tomó el tren para Monterrey, donde el pobre Padre se asaba de calor, y nos cuenta:

-Prediqué tres días en la catedral, llena hasta los topes, y únicamente de personas “bien”. No volveré a tener un auditorio tan uniforme. Los reineros son muy amables, y los hombres muy finos y piadosos.

De Monterrey marcha a Saltillo, a Torreón, a Durango, donde va a permanecer desde el 1 al 30 de Junio predicando sermones en varias iglesias dos veces al día, Ejercicios, Retiros..., “He pasado un mes, nos dice, de mucho trabajo con esta finísima gente, y muchísimo fruto espiritual”. Y añade el cronista:

-Fue tal el entusiasmo que causó con su predicación, que cualquier iglesia hubiera sido pequeña para contener el gentío que le seguía por todas partes.

Sigue diciendo el Padre:

-En este viaje veo un milagro de la Virgen de Guadalupe. Los masones han tratado de hacerme sombra, pero les ha salido el juego cuco y contraproducente. Con sus libelos calumniosos de que venía a desollar a los duranguenses, a “plancartear” etc. etc., me propuse no pedir nada, y así lo dije en el púlpito y a las familias, y esto ha dado por resultado una continua lluvia de limosnas, como en ninguna parte.

Durante el mes de Julio, en Catorce, igual. Había ido con el Obispo para predicar una misión que preparara la Visita Pastoral. Acabada la misión, nos dice:

-Para despistar, salimos de chitón hacia Socabón, pero de nada nos sirvió, porque los cerros se coronaron de gente; se descolgaron entre las rocas y abismos, y a la media hora ya estaba rodeado de gente llorando, que no me dejaba andar y me obligó a montar a caballo con todo mi miedo y repugnancia.

Y algo interesante: ¿sabemos con qué estado de salud hacía todo esto? Las noticias de sus quebrantadas fuerzas llegaron a México, y escribió a sus hijas las Guadalupanas una carta maliciosa de verdad, para que hicieran llegar la noticia al Arzobispo:

-Si estuviera enfermo, ¿podría trabajar como trabajo, podría escribir? Desde que salí de México no he tenido un dolor de cabeza.

¡Naturalmente! No decía mentira, porque no era la cabeza lo que le dolía, sino el estómago y el hígado... El médico le prescribió cinco días de descanso absoluto. Tres días más estuvo cuidándose, y el 29 de Agosto ya estaba en Zacatecas para empezar ese mismo día la novena de la Patrona, el 8 de Septiembre.

Aquí, otra jugada que al enemigo le salió muy mal. El Padre había emprendido ya las obras de la Colegiata, y, en protesta de las mismas, el año anterior habían quemado en público su retrato ya que no lo tenían a él personalmente en la mano. Ahora, se corrió

también la noticia: apenas regrese a la Capital del Estado, será metido en la cárcel para ser inmediatamente deportado.

Este hecho y semejante noticia le dieron una celebridad insospechada, de modo que, nada más comenzada la Novena, se vio la catedral llena a más no poder, y hubo de prolongarse la predicación por cuatro días más después de la fiesta. El domingo devolvieron las entradas del teatro porque no había gente, y el jueves lo mismo con el concierto.

Otro incidente bien curioso en Zacatecas, y que nos va a contar el mismo Padre Plancarte:

-Mi tarea de predicación ha sido bien difícil debido al sinnúmero de protestantes, masones y librepensadores que han acudido a los sermones, y a quienes he recibido después en casa para responder a sus dudas y cuestiones, de suerte que he sostenido un examen de quince días, pero Dios me sacó con bien. En una sola vez se me presentaron quince, licenciados los más de ellos, empleados del Gobierno, y me veía yo como liebre acosada por los perros. El triunfo ha sido completo, gracias a Dios y a las oraciones de Ustedes.

Después de Zacatecas, a Jerez, y con los mismos resultados:

-Anoche fue el primer sermón y se cuajaron de gente las tres naves de la parroquia. Los impíos han hablado tanto de mí por estas tierras, que todos ansían conocerme, de suerte que no necesito campanas para que se aprieten los templos por grandes y espaciosos que sean. ¡Cómo se sirve Dios de los malos para hacer el bien!

Una predicación más en Aguascalientes, y el día 8 de Octubre de aquel 1889 regresaba a Tacuba en México, llamado con urgencia, para preparar el Jubileo de Oro sacerdotal del Arzobispo Monseñor Labastida.

Al ver lo que ha sido esta campaña misionera, uno se pregunta: ¿Qué hubiera sido el Padre Plancarte si se hubiese dedicado como tarea principal suya al ministerio de las misiones?... No cuesta mucho responderse: hoy figuraría entre esos misioneros legendarios como Pablo de la Cruz, Diego de Cádiz, Francisco de Jerónimo, Leonardo de Puerto Mauricio o Antonio María Claret...

Y a todo esto, ¿qué hubo de la colecta para la Basílica de Guadalupe? Expresamente hemos dejado sin mencionar los datos sobre la misma. Baste decir que fueron muy abundantes los donativos del pueblo, el cual hizo honor a su fe católica y al amor acendrado que sentía por su Madre y Patrona la Virgen de Guadalupe.

### **Un hombre todo de Dios**

Estamos hechos a ver cosas grandes en nuestro Padre José Antonio. Pero, ¿de dónde sacaba tanta fuerza humana y tanta energía espiritual? No hay más que una respuesta: era un sacerdote que estaba lleno de Dios. Sus escritos autobiográficos lo demuestran hasta la evidencia.



Las empresas mayores las encomienda Dios sólo a los humildes, que no le van a usurpar su gloria. Y la humildad del Padre Plancarte fue muy notoria. Nadie se enteró de los títulos que le otorgaron: Socio de *Las Clases Productoras* de Guadalajara, de la *Sociedad Agrícola Jalisciense*, de la *Sociedad de Ingenieros de Jalisco*, de la *Sociedad de Geografía y Estadística* de México, *Miembro de la Sociedad de Abogados de San Pedro* de Roma. Recibía el título, lo agradecía, lo enrollaba, y nadie lo veía más. Ninguno adornaba su habitación o despacho. Rechazó el nombramiento de Canónigo de Zamora y de Guadalupe y no aceptó las veces que le incluyeron en las ternas de Obispos. Y al aceptar por motivos superiores la de Obispo Titular de Constancia, con el estrepitoso fracaso de después, confesaba: “Dios me ha castigado por faltar a mi promesa de no admitir ninguna dignidad”. Aunque sin causar ningún desaire, ni el Presidente de la Academia Eclesiástica para Nobles, ni el mismo Papa Pío IX, consiguieron que aceptara un título con derecho al tratamiento de “Monseñor”. Se quedó siempre con el “Padre Plancarte” a secas.

Fue muy exigente, eso sí, con su dignidad personal, aunque rehusó siempre todo honor. Aquella su actitud modesta y su vida humilde nacían de un profundo conocimiento propio:

“Mis pecados se han multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza, y mi soberbia es más atroz e infundada que la de Luzbel. ¿Qué haré?... Corro a tus plantas, Señor, abrazo tus santísimos pies y allí lloraré mis pecados hasta que oiga como aquélla: Pecaste mucho, pero has amado mucho. Vete en paz”...

El demonio no puede contra el humilde, y nada pudo contra este héroe de la humildad, en el que se cebaron la mentira y la calumnia de manera tan descarada.

¿Se puede hacer algo sin oración?... José Antonio lo sabía muy bien. Y aparte del Oficio Divino, que entonces era muy largo, se propone:

“No dejar de hacer nunca, además de la meditación en común, media hora de meditación particular todos los días, un cuarto de hora de lectura espiritual, examen particular y general, no dejar nunca el rosario”.

¿Dónde y cómo ha de trabajar el apóstol? Sólo donde y como Dios quiere. El Padre Plancarte lo sabía muy bien, y su obediencia la llevó hasta el heroísmo con algunos de sus Prelados. Y así formuló su propósito:

“Muy ardientes son mis deseos de cumplir siempre la voluntad del Señor, sin jamás preguntar: ¿por qué? Obedeceré puntualmente, con gusto y sin pedir razones, aunque la cosa sea contraria a mis deseos, cuando sepa que es la voluntad de Dios”.

Sin exageraciones locas, el Padre Plancarte practicó seriamente la penitencia con un equilibrio que era todo sensatez a la par que austeridad severa. Lo escribe así:

“Deseo muy vivamente acostumbrarme a mortificar mi cuerpo y espíritu”... Para eso, “tres horas de cilicio viernes y sábado, y disciplina”... Así podrá “llegar a adquirir gran facilidad de privarme de todo lo que el apetito pueda desear, y en recibir con gusto y alegría los males y cruces que Dios se sirva mandarme”.

Apóstol que se apega a la tierra, no da testimonio de que viene de Dios. El Padre José Antonio se abrazó con los votos, que los hizo privadamente, y los vivió como el más perfecto de los religiosos. El de pobreza en particular. Los cuantiosos bienes de familia que

había heredado pararon todos en las obras de los Colegios, del Templo de San Felipe, de la Colegiata y en obras de beneficencia. Era su propósito:

“Tengo gran deseo de ser pobre como el Niño Jesús, y deirme privando poco a poco aun de las mismas comodidades que permite la pobreza, para imitar a mi Jesús, que ni quiso nacer en casa propia”.

Un apóstol sin celo, sin amor, no es apóstol. El Padre José Antonio miró a Jesús, y aprendió bien la lección:

“¿Qué celo! Jesús predica en todas partes, en el templo, en las plazas, en el desierto, en la montaña, en una barca, de día y de noche. Con igual celo enseña a Nicodemo en su casa que a tres y cinco mil hombres en el desierto. Si yo busco en la predicación la conversión de las almas, la gloria de Dios, y no mi propia glorificación, claro está que con igual gusto predicaré delante de uno que de mil, delante del pobre que del rico, delante del docto que del ignorante”.

Pobre, austero, obediente, humilde, penitente, fervoroso, abrasado en celo apostólico... Así era José Antonio, y Dios podía hacer con instrumento semejante todo lo que su divina voluntad quisiera.

### **Restaurador de la Colegiata de Guadalupe**

¿No tenía bastante el Padre José Antonio con lo que llevaba entre manos, a saber: Colegios, construcción del Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús, sermones, horas de confesonario..., para que vinieran ahora a confiarle otra obra muy dura, aunque llena de gloria, y a la cual no se podía negar?...

Esto fue el encargo que recibió oficialmente: que preparase todo lo necesario para la coronación pontificia o canónica de la Virgen de Guadalupe, lo cual significaba, ante todo y sobre todo, la remodelación de la Colegiata y la fabricación de la espléndida corona, cosas que exigían cantidades ingentes de dinero.

El Padre obedeció muy contento, pero sospechando, como así iba a ser, que le venía encima una cruz enormemente pesada:

-¡Por la Virgen de Guadalupe, venga y adelante!

Es famosa la empresa llevada a cabo en el siglo dieciocho por el Caballero italiano Boturini y su fracaso cuando ya tenía todo dispuesto para la coronación de la Virgen del Tepeyac. Sólo en el Cielo ha podido tener el premio de sus desvelos y sacrificios.

La idea de la coronación que ahora nos ocupa nació en Jacona, diríamos, que por casualidad. De sobremesa en aquel día inolvidable de la coronación de la Virgen de la Esperanza, Mons. Labastida soltó a los que le rodeaban estas palabras textuales: “Este ha sido el ensayo para la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe”.

Un aplauso cerrado de los ilustres comensales acogía la proposición del Arzobispo. Y lo interesante es que, apenas llegados a México, empezaron a movilizarse para que la idea se realizase sin demora alguna.

Se pusieron de acuerdo los tres Arzobispos de entonces, el de México, Michoacán y Guadalajara, con sus Obispos sufragáneos. Enviaron las preces a Roma, y el Papa León XIII, como obsequio de su Jubileo de Oro sacerdotal en aquel año 1887, señalaba el mes de Diciembre para tan fausto acontecimiento.

Además, por la dificultad de incrustar la corona sobre la cabeza de la Virgen en el lienzo de Juan Diego, concedía el Papa que fuera sostenida en el aire por manos de ángeles. Precioso. Porque así vendría esa obra única de orfebrería, elaborada en París: una altura de un metro y treinta centímetros, con un diámetro de cincuenta y cuatro. La moldura superior está adornada por hojas cinceladas en oro macizo y cuajada de rubíes y zafiros. Sobre ella se asienta el globo terráqueo en esmalte, sobre el que se levanta audaz el águila heráldica de México con las alas desplegadas, y rematada con una cruz en la que se engastan catorce diamantes de gran valor.

Si avanzamos aquí la descripción de la corona es para valorar después lo que va a significar la decisión del Padre José Antonio: se debe remodelar totalmente la Colegiata, hay que construir un altar nuevo con baldaquino propio, y, lo más duro de todo, se impone trasladar el coro, por artístico que sea, del centro del templo al ábside y rodeando el altar.

Surge la otra cuestión: imposible realizar el proyecto en el año 1887 señalado por el Papa. Informado éste, concedió se realizara la Coronación cuando estuviese acabada la audaz reforma, debida, decía el Arzobispo Labastida ante tanta crítica, *“a este su humilde servidor”*, y encargada al capacísimo Padre Plancarte, igual que la recogida de los cuantiosos fondos que serían necesarios. Por lo tanto, habrá que esperar varios años. Ahora, ¡a trabajar!

Sería prolijo seguir paso por paso la cronología de estos ocho años que faltan para la anhelada Coronación. Nos bastarán, para situarnos bien, unas cuantas pinceladas.

Hay que decir con satisfacción y santo orgullo que, a pesar de tantas contradicciones como vemos desde un principio, en todo México se alzó un clamor inmenso de aprobación al leer la carta colectiva de los tres Arzobispos, y el entusiasmo no decayó un momento. Al iniciar el plan de los fondos, el Padre Plancarte fue muy claro:

-Ha de ser obra de todos los mexicanos, porque han de contribuir todos, hasta los pobres más miserables con un solo centavo.

Y vino la primera proposición: Una estampa de la Virgen de Guadalupe sellada por el obispado y la parroquia de cada lugar. Con doce líneas para doce nombres de los contribuyentes de un peso cada una, en memoria de las doce estrellas de la corona de la Virgen y del día 12, fecha de su aparición y fiesta. ¿Y si se trata de personas ricas? La estampa de las doce líneas se convierte en individual para cada uno de los hijos, para amigos a los que se les puede regalar o hacer llegar. Los obreros de las fábricas, artesanos de los talleres, jornaleros de las haciendas, estudiantes de los colegios y escuelas, asociaciones piadosas y otras entidades, adquieren la estampa divididos en doce los contribuyentes. Llenas las doce líneas, se les da después una estampa de la Virgen para que

la coloquen en alguna de sus capillas como el mejor recuerdo de la Coronación, que habrá sido obra de todos los mexicanos.

¿Cuál fue el resultado de esta ingeniosa idea? Se convirtió el modo principal de hacer la colecta, que dio magníficos resultados, y comenzaron a llegar las limosnas.

Pero, como no podía ser menos, vinieron a caer sobre el Padre las críticas más acérrimas, aireadas por los periódicos anticatólicos. El mismo Cabildo se dividió en dos en su opinión sobre las obras, y se decía públicamente:

-No tiene el Sr. Plancarte ningún apoyo. Sólo cuenta con la influencia del tío Mons. Labastida, ya viejo y achacoso. ¿Por qué no busca el sostén del clero y del pueblo? ¿No le resultaría mejor ganarse las voluntades, y no imponerse a ellas, con peligro de quedarse solo? Se fía del tiempo y de las cuantiosas limosnas que piensa recibir. Pero, ¿ya sabe el Sr. Plancarte si tendrá tiempo para terminar la obra, y si realmente reunirá el dinero que pide?...

El Sr. Arzobispo se lanzó a la palestra con cartas muy duras, y ordenó que el plan de restauración siguiera adelante. Hubo convocatoria pública a todos los arquitectos de México para que presentaran un proyecto de altar y baldaquino, conforme a los clásicos de Roma. Las respuestas llegaron rápidas, y pronto quedaron aprobados los diversos proyectos, debidos a los arquitectos Calvo, Pina y Agea. Antes de finalizar el año 1886 ya habían comenzado las obras, aunque hasta 1895 no llegarían a un término feliz.

#### **Este lapso de los nueve años**

¿Qué le va a ocurrir al Padre Plancarte en tan larga espera?... Lo que a todos los grandes santos: trabaja por Dios y por la Virgen, y recibirás el gran regalo de la cruz.

No podía ser menos. El griterío y las calumnias se levantaban por cualquier incidente. Como cuando se tuvo que trasladar necesariamente el lienzo bendito de la Virgen a la Iglesia del convento de las Capuchinas:

-¿A quién se le ocurre semejante disparate?...

Pero el Padre respondió:

-El traslado se hará en un abrir y cerrar de ojos y con gran beneplácito de todos cuando la vean mejor colocada y experimenten mayor consuelo, al mirar a toda luz el semblante apacible y conmovedor de la milagrosa imagen.

Otra prueba, aunque dispuesta por la mano amorosa de Dios. El día 4 de Febrero de 1991 volaba al Cielo el tío, el padrino, el protector, el Arzobispo santo y grande Monseñor Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, cuando faltaban tres horas para la fiesta de San Felipe de Jesús, que en México se celebra el día 5, un día antes que en resto de la Iglesia. La noticia le llegó a José Antonio al bajar del púlpito después de predicar el sermón del Santo. Fue un golpe muy duro, que supo encajar con una gran resignación y mucha confianza en Dios ante lo que presentía le iba a venir.

Ante todo, él se encargó de todo lo del funeral, que constituyó una imponente y nunca vista manifestación de duelo. Allí estaban formando fila por todas las calles de la Capital

desde el primer mandatario, el Presidente Don Porfirio Díaz, hasta el ciudadano más pobre. Y con razón. El Arzobispo Labastida es quizá, y sin quizá, la figura más grande de la Iglesia de México en el siglo diecinueve. Su nombre no se olvidará nunca.

El Padre Plancarte hubo de marchar a Europa por mil negocios, y estuvo en Londres, Roma y, sobre todo, en París para algo muy importante. Aprovechó la ocasión, y fue en persona al joyero de más fama en Francia y reconocido mundialmente, Edgar Morgan. Allí quedó acordado todo lo relativo a la corona que habría de lucir sobre su cabeza la Reina del Tepeyac, Soberana de todos los mexicanos.

En el viaje recibe la noticia de la elección del nuevo Arzobispo de México, el Deán y Vicario Capitular, Don Próspero Alarcón y Sánchez de la Barquera. Nuestro José Antonio, fidelísimo y obediente hijo de la Iglesia, y hombre lleno de fe, lo aceptó incondicionalmente. Pero, ¿qué iba a pasar?...

Saltamos algo hacia atrás, y recordamos vivamente lo que sucedió con el Colegio Clerical de San Joaquín, el golpe quizá más doloroso que nuestro Padre José Antonio sufrió en su vida, aunque después van a venir humillaciones mucho más graves. ¿Por qué obró de aquella manera el recién nombrado Arzobispo? No era ni malo ni duro, al contrario: bueno, sencillo, bien intencionado, accesible a todos. Pero se rodeó de un círculo de los llamados conservadores, enemigos de Plancarte, el avanzado europeo con sus métodos pedagógicos y de formación, y aquí estuvo todo. La envidia y la cerrazón de criterio consiguieron del nuevo Arzobispo lo que nunca pudieron alcanzar con Monseñor Labastida.

Los enemigos supieron obrar con rapidez. En Octubre estaba ya el Padre Plancarte de regreso en México, y el Arzobispo le confirmaba en todos sus cargos. Pero el 9 de Febrero de 1892 se le quitaban los Profesores del Clerical, y el 27 del mismo mes vino el plumazo final con que se liquidaba todo.

Este fracaso del Padre José Antonio, ¿iba a ser definitivo? Aquí hemos de levantar las manos al cielo bendiciendo a Dios, que no abandona tan fácilmente a los suyos que sólo en Él confían.

En muy pocos días, digamos a lo más semanas, el Arzobispo dio un giro de 180 grados en el trato con el Padre Plancarte. Antes no lo había tratado casi nunca, y ahora hubo de hacerlo por obligación sobre los asuntos que dejara pendientes Mons. Labastida. ¿Y qué descubrió en José Antonio? Monseñor Plancarte y Navarrete no se deja detalle:

-Lo comenzaba a conocer mejor e iban desapareciendo uno tras otro todos los prejuicios que los conservadores habían infiltrado en su ánimo. ¡Qué actividad y justificación en los bienes que había dejado Mons. Labastida! ¡Qué tino en los negocios, qué delicadeza de conciencia! Y en el enojoso cierre del Clerical, ¡qué caballerosidad, humildad, abnegación, desinterés, obediencia y prudencia suma con que procedieron Plancarte y todos los que dependían de él! ¡Éste es un hombre de virtudes sólidas y heroicas!...

Total, que los conservadores quisquillosos iban perdiendo ante los ojos del Arzobispo, mientras Plancarte iba subiendo muchos grados hasta conquistar su mayor confianza. Empezó Alarcón por encargarle asuntos importantes de la diócesis, y, respecto a las obras de la Colegiata, le concedió amplias facultades y lo recomendó por carta a todos los Obispos de México para que le ayudaran con donativos en la ardua empresa que había asumido.

El Padre no perdió tiempo, y se dio a una misión como aquella anterior de los Estados del Norte para la recogida de limosnas. Pero, ¡qué diferente de la anterior iba a ser la gira que emprendía ahora! Baste una nota sobre la excursión a Pachuca, de la que escribe el Padre con dolor:

-La ciudad es una aglomeración desordenada de haciendas de beneficio donde se ve en forma de lodo podrido la codiciada plata que todos buscamos. La población es numerosa, pero no se echa de ver, porque está trabajando en las entrañas de la tierra o encerrada en las haciendas. La iglesia es horriblemente fea, inmunda, y culpablemente descuidada. Sin exageración, los manteles y corporales de gala del altar están más sucios que mis pañuelos. Hay gente piadosa, y un verdadero enjambre de almas gloriosas ofrecen flores y rezan a su antojo, mientras yo estoy predicando y ejercitando la virtud de la mansedumbre como nunca había acostumbrado.

Sin embargo, no era ésta la pena mayor que el Padre hubo de sufrir en esta época. Un grupito de canónigos “conservadores”, instigados por un nuevo elemento que se metió entre ellos, y que fue calificado como “el hombre enemigo” llegó en su envidia y rencor hasta el extremo de conseguir que a primeros de agosto de 1893 se suspendieran las obras.

A pesar de gastos tan cuantiosos, altar, baldaquino, coro..., todo volvía a su primitivo estado, y quedaban montones de deudas que saldar y de las cuales el Padre podía haber respondido con naturalidad, pues todo lo tenía previsto. Para el lunes daba el Padre Plancarte la orden al Arquitecto y trabajadores: *“No vuelvan, mi misión ha terminado”*.

Y, lleno de amargura su corazón, daba las razones al Arzobispo:

-Estoy al tanto de las maquinaciones, pues son muy indiscretos los que las fraguan, y hablan de ellas con cualquier desconocido hasta en los vagones, como puedo probarlo con personas fidedignas... A Vuestra Ilustrísima le son desconocidas la perfidia y mala fe con que han obrado esos Señores, pero llegará día en que sabrá lo que han hecho para matarme física y moralmente, sin más causa que el estar dando yo mi vida y mi dinero en componerles “su casa” regiamente a esos tales..., llevando la obra casi a su término a costa de honra, sudores y dinero propio en no pequeña parte.

Y añade la razón más poderosa:

-Guerrear con estas personas sin tener el apoyo de mi Arzobispo, es pleito perdido y escandaloso. Probablemente no he sabido corresponder a las gracias que me ha hecho nuestra Santísima Madre, y por eso me ha desechado de su servicio en su obra.

El Arzobispo y el Padre tuvieron una conversación amigable y a los dos se les nublaron más de una vez los ojos. Con un honroso y tierno escrito, el Prelado le daba toda su confianza al Padre Plancarte y le mandaba seguir las obras hasta el final.

### **Abad de Guadalupe y Obispo preconizado**

¡Qué honor el que le viene encima al Padre José Antonio Plancarte y Labastida! ¡Y qué cruz la que le espera!...

El sobrino Doctor Francisco Plancarte Navarrete había sido propuesto para Obispo de la nueva diócesis de Campeche en Yucatán y se resistía a aceptar la dignidad episcopal. Pero, ¿y la voluntad de Dios?... Consultó con el tío José Antonio, que le habló claro:

-Si Campeche fuera una diócesis antigua, rica, de buen clima, de fáciles comunicaciones, con abundante clero, seminario, colegios católicos y toda clase de facilidades, no dudaría un momento en aconsejarte que te mantuvieras firme en tu decisión y no aceptaras. Pero si allí vas a encontrar la pobreza, casi la indigencia, en un clima tropical y malsano, sin clero y careciendo hasta de lo más preciso, con terrenos extensos y poco poblados, con indios rebeldes en los campos y malos cristianos en las ciudades, acepta, y vete. En Campeche encontrarás un campo extenso donde ejercitar tu celo de misionero.

El sobrino aceptó valiente. Pero guardó muy bien en su memoria las palabras que el tío le dirigía y que muy pronto iba a necesitar el que las había pronunciado...

Vino el asunto de la aprobación del Oficio litúrgico de la Virgen de Guadalupe por La Santa Sede. Los Obispos, el Cabildo de la Colegiata y todos los Sacerdotes de México suspiraban por él, y el Padre José Antonio Plancarte, como siempre, fue un paladín de la causa. Sin embargo, por poco fracasa la aprobación del Oficio tan anhelado. Roma tuvo que ir despacio, pues había que aclarar todas las falsedades que contra la historia de Guadalupe se habían tramado. Pero el Doctor Plancarte y Navarrete supo llevar de manera admirable todo el asunto, y, después de montón de dificultades, puso un telegrama al tío:

-¡Aleluya! Aunque estamos en Semana Santa, me tomo la libertad de cantar el Aleluya. Ya tengo en mis manos el decreto y el Oficio está aprobado.

Fue una victoria grande. Todos los Obispos y sacerdotes de México celebraron jubilosos esta aprobación tan anhelada del Oficio de la Virgen nuestra Madre y Patrona, porque respondía a la fe del pueblo mexicano en la veracidad de las apariciones. La Santa Sede, por la Congregación de Ritos, había solicitado el parecer de los 22 Obispos de México, los cuales redactaron un escrito por el que unánimemente se mostraban acordes con las Informaciones Jurídicas de 1666 preparadas por Plancarte.

Pero faltaba uno de los últimos acosos a las obras de la Colegiata, que a estas horas entusiasaban a todos porque se vislumbraba el final. En los periódicos aparecía una carta, de varios "buenos católicos", así se llamaban a sí mismos, pero sin firma alguna, toda contra el Padre Plancarte. El "hombre enemigo", el "mala semilla", no había muerto, y todos le señalaban con el dedo. Nadie hizo caso del valiente anónimo, y menos el

destinatario, el cual se limitó a dirigir una contestación en broma para que la publicase *El Tiempo*:

-Encontré la carta al regresar de San Luis Potosí, y no la quise contestar porque no tenía firma. Tengo por regla que los que escriben anónimos son gente soez y de baja ralea; y yo, como buen Quijote, sólo me bato con los que están armados caballeros. A esos “buenos católicos” les propongo devolverles las cantidades que me hayan entregado, con tal que me presenten el recibo que yo les haya firmado y que identifique yo la personalidad del que lo presente. ¿Puede ofrecer más un ladrón arrepentido?

Esto, lo que en plan jocoso escribía Plancarte. Pero “el hombre enemigo” escribió una carta inimaginable al Sr. Arzobispo, y se las ingenió para que la firmaran inocentemente todos los canónigos, contra el programa de la Coronación enviado ya por Mons. Alarcón al Obispo de Querétaro Mons. Camacho y destinado a todo el Episcopado Mexicano.

La carta del Cabildo, cuando se tuvo noticia de ella, indignó a todos los Obispos. Dirigida al Arzobispo, a quien los canónigos venían a desautorizar, iba toda sin embargo contra el Padre Plancarte.

Pero uno de los firmantes, el canónigo Don Basilio Soto, reconociendo el error que había cometido firmando lo que se les había presentado como una trampa, escribió a Monseñor Alarcón una carta pública, emocionante, retractándose con valentía heroica del mal que había hecho medio inconscientemente. Y, por lo que aquí nos interesa, dice de nuestro Padre:

-Señor Arzobispo, ahí está mi firma, ahí está mi nombre calzando un documento que no debió escribirse jamás. Yo nada soy, nada valgo, nada significo, Ilustrísimo Señor; pero a voz en grito declaro que no votos de censura, sino de plenísima confianza, deberíamos dar todos los católicos mexicanos al Presbítero Sr. Plancarte, pues son notorias las extraordinarias cualidades que ha desplegado en el cumplimiento de su encargo, avaloradas todas y aquilatadas en el crisol de la contrariedad, de las aflicciones perpetuas, de la vil y artera calumnia, del sufrimiento, en fin, con que Dios Nuestro Señor ha puesto a prueba su constancia y sus esfuerzos.

Después de este incidente, rematado con tanta gloria por un canónigo noble de verdad, llegamos a un momento cimero en la vida del Padre Plancarte. Estaba vacante el cargo de Abad de Guadalupe por defunción del titular anterior Sr. Melo, y ahora venía a ser propuesto para sustituirle en puesto semejante. Todos los Obispos le aconsejaban a Mons. Alarcón que designara a Plancarte para el delicado cargo que, además, había de llevar consigo el de Obispo titular: tenía que ser Abad mitrado con carácter episcopal.

El Arzobispo veía que era inútil proponérselo a José Antonio, pues había rechazado ser canónigo en Zamora y también en la misma Colegiada de Guadalupe, y pedido se le quitara de las ternas de posibles Obispos. El Arzobispo Alarcón se valió del sobrino Mons. Francisco Plancarte, que le recordó al renuente tío aquellas palabras que ya conocemos:

-¿Recuerda lo que Usted me dijo cuando yo no quería aceptar el Obispado de Campeche?... Pues esto es lo que le digo yo ahora. En materia de futuros sufrimientos y



problemáticos honores, no me quisiera cambiar con Usted. Los dos hemos de cumplir nuestras obligaciones: yo de Obispo de Campeche, y Usted de Abad de Guadalupe.

Como siempre, un Retiro para pensar y discernir la voluntad de Dios, y al fin se rindió José Antonio aceptando lo que le pedía su Pastor el Arzobispo.

Por su parte, el Papa León XIII mandaba por el Secretario de Estado Cardenal Rampolla la designación del “Reverendo señor don Antonio Plancarte Abad de la dicha iglesia de Guadalupe y Obispo Titular”. Así rezaba el documento papal recibido en México el 27 de Junio de 1895.

Fue enorme el júbilo que causó la noticia y las felicitaciones llovieron a montones llegadas de todo México.

De entre los nombres que se le ofrecieron, el Padre escogió ser titular de Constancia, y la consagración debería efectuarse el día 2 de Octubre junto con la del sobrino Francisco Plancarte Navarrete, Obispo de Campeche.

La toma de posesión como Abad de la Colegiata de Guadalupe se realizó el 8 de Septiembre, y el Padre pronunció en la sala capitular unas palabras conmovedoras, llenas de humildad, de generosidad, de perdón. No todos, pero varios de los canónigos lloraron: ¿por qué?... Las lágrimas sinceras eliminan muchos borrones.

¿Acabadas todas las persecuciones contra el Abad Mitrado? No, ni mucho menos. Ahora viene la gordísima. El 2 de Octubre no se podrá realizar la consagración episcopal del Abad Mitrado José Antonio Plancarte, sino sólo queda autorizada la de su sobrino el Dr. Francisco Plancarte. Había llegado contraorden de Roma. ¿Qué había pasado?... Dejémoslo para después.

Tenemos ya encima la Coronación de la Virgen, señalada para el 12 de Octubre. El Padre Plancarte figurará en primera fila como Abad, pero no como Obispo Titular tal como se lo había concedido el Papa León XIII. Ahora, vamos a gozarnos un rato en el Tabor antes de llegar al Calvario.

### **La Coronación de la Virgen**

Las obras de restauración habían costado mucho y contaron siempre con enemigos encarnizados, pero eran una pequeña minoría ante la multitud de los generosos devotos de la Virgen guadalupana, a los cuales arengó Plancarte, el encargado de la magna empresa, para acabar con los últimos detalles:

-Los admiradores y defensores de nuestras glorias nacionales no se negarán a honrar a la bendita Imagen, que ningún mexicano puede arrancar de su corazón sin hacer trizas el santo lábaro de nuestra independencia. ¡Ante la Virgen de Guadalupe huye la discordia! ¡A terminar, pues, la Colegiata!

Y llegó el día tan suspirado. Todo México ardía de entusiasmo y de fervor guadalupano. El Padre Plancarte entonaba su Magnificat y animaba a todos en las páginas de *El Tiempo*:

-¡Aquí está el palacio! ¡Coronad a la Reina! ¡Mi cabeza está cana, pero no hay mancha en mi frente! ¡Mi corazón está libre de resentimientos, perdonadme si os he ofendido! Rezad un Ave María por mí, ¡y viva la Reina de los Mexicanos Santa María de Guadalupe!

Según aquel programa elaborado por el Padre Plancarte por orden del Arzobispo y encomendado al Obispo de Querétaro para todos los Obispos de México, todo el pueblo se había preparado para este día de una manera auténticamente admirable. Dieciocho puntos contenía el programa como una orientación. Imposible traerlos todos aquí, aunque algunos resultan interesantes de verdad:

-Novena preparatoria en todas las parroquias; ayuno el último día para que Dios conceda los bienes que la Virgen le va a pedir para la Nación Mexicana; Misa solemne aquel día, igual que en la Colegiata; a las diez de la mañana, momento de la coronación, repique de campanas en todos los Templos de la República; se prepararán todos con una buena confesión y comulgarán en ese día devotamente...

Algunos puntos llaman especialmente la atención:

-Todos los fieles y las asociaciones procurarán santificar el día 12 con limosnas a los pobres, en dinero, ropa, o dando de comer a los mismos, a los presos, a los enfermos de los hospitales...

-A esa hora de las diez de la mañana, todos los fieles que se hallen en los templos, en sus casas o en las calles, saludarán a la Soberana Señora clamando: *¡Salve, Augusta Reina de los Mexicanos! ¡Madre Santísima de Guadalupe, salve! Ruega por tu Nación para conseguir lo que tú, Madre nuestra, creas más conveniente pedir.*

¡Esto era estar todo México en la Coronación! ¡Millones de manos, todas a la vez, ponían la corona sobre las sienes de la Virgen! Y estos puntos los formuló, aprobados después por los Obispos, nuestro querido Padre Plancarte. Semejante gloria no se la podrá negar ni quitar nunca nadie. El Padre promovió el culto y la devoción a la Virgen de Guadalupe, y en torno a Ella unió en un solo bloque a todo el pueblo de México y las veintidós diócesis con sus Obispos.

Al amanecer de aquel día dichoso, 12 de Octubre de 1895, la corona era llevada en andas de terciopelo rojo con varillas de oro desde la casa del Sr. Abad hasta la Colegiata. Además de esa joya incomparable, lo mejor que existe en América, iba otra corona de plata para ser utilizada en los días ordinarios.

Monseñor Alarcón, el Arzobispo de México, era el Delegado del Papa León XIII para la Coronación. Estaba circundado por todos los Obispos de México y diecisiete Arzobispos y Obispos venidos de fuera, especialmente de Estados Unidos y Canadá. Bendecida la espléndida corona por el Arzobispo, se adelantó el Abad Padre Plancarte, rodeado de los canónigos del Cabildo, y pronunció con voz vigorosa el solemne juramento:

-Nosotros no atentaremos de palabra ni por escrito ni de hecho nada en contra de la aparición de la Virgen en la colina del Tepeyac. Y con todas nuestras fuerzas conservaremos esta corona sobre las sienes de la venerable imagen.

Cada canónigo pasaba después individualmente y, con la mano sobre el libro sagrado, repetía la fórmula: "Así me ayude Dios y estos santos Evangelios".

El Orfeón de Querétaro, que corría con la parte musical, interpretó en el Ofertorio los versos originales que unos meses antes había compuesto para hoy el tan excelente poeta latino Papa León XIII.

Acabada la Misa se organizó la procesión con la corona, que fue depositada a los pies de la Virgen. El Arzobispo Alarcón era quien iba a coronar a la Virgen Guadalupana en nombre del Papa. Entonces se llamó a otro Arzobispo, el de Michoacán Mons. Arciga, para que, como mexicano y en nombre de todo México, acompañara en el instante supremo al Legado del Sumo Pontífice. Ambos depusieron la capa pluvial, y con sólo alba y estola, subieron a la plataforma. Mons. Alarcón no podía con su emoción, y al llegar a la altura de la Virgen le estampó un beso tierno en la frente. Ambos Arzobispos tomaron la corona y la suspendieron en lo alto sobre la cabeza de la Imagen veneranda, colgándola del anillo de oro que sostenía fuertemente el Ángel.

Eran las once y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Un estallido inmenso de aplausos, de vivas, de gritos enardecedores entre las lágrimas de todos los ojos, se extendió por los ámbitos de la espléndida Colegiata y se difundió por las afueras en todas las calles, atestadas a más no poder de gentes venidas de todos los rincones de la ciudad, y que vitoreaban con el mismo ardor que las personas presentes en el Templo.

Los Obispos improvisaron un gesto emocionante. Todos los Prelados asistentes, arrodillados, depositaron sus mitras y sus báculos a los pies de la Virgen, como diciéndole a la Madre Guadalupana lo de aquel Arzobispo Santo de Santiago de Cuba, Claret, a la Virgen su Patrona al tomar posesión de su diócesis: *Tú, Madre, serás la Prelada.*

Acabó aquel día inolvidable. El Abad de la Colegiata, nuestro Padre Plancarte, no nos lo dice. Pero no resulta difícil adivinar que en su corazón, y con sus labios, dijo lo mismo que el anciano del Templo: *Ahora, Señor, ahora Virgen Madre de Guadalupe, podéis mandar a vuestro siervo irse en paz...*

### **El Calvario detrás del Tepeyac**

Es posible que el Padre José Antonio dijera las palabras de Simeón. No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que después de los *¡Hosanna!* del 12 de Octubre va a escuchar, más furibundo que nunca, el *¡Crucifícale!* azuzado por personas aviesas y tan mal intencionadas como aquellas del Sanedrín.

El relato de la Coronación no ha sido más que un paréntesis de la historia que teníamos entre manos. Diez días antes, el 2 de Octubre, el Abad de la Colegiata tenía que haber sido consagrado Obispo Titular de Constancia, y todo quedó cancelado por una orden venida de Roma. Naturalmente, que tampoco se hizo, aunque podía realizarse, la consagración del sobrino Francisco Navarrete, aplazada voluntariamente por unos meses y celebrada el 16 de Febrero de 1896 en Roma. En este punto nos vamos a ceñir a los datos más precisos, pues de lo contrario nos haríamos interminables.

La Madre María Calderón (Concepción), aquella muchacha valiente que se escapó del dominio de sus padres para seguir en la Congregación fiel a sus votos y por quien se desató la tempestad en Jacona y Zamora contra el Padre Plancarte, fue después una religiosa santa, y tuvo la intuición profética sobre el porvenir del Padre: ¡No llegará a ser Obispo!, se dijo con dolor.

¿Qué ocurrió? ¿Por qué vino de Roma aquel frenazo para la consagración episcopal que debía celebrarse diez días antes de la Coronación de la Virgen? Algo grave tenía que haber, cuando el mismo Padre José Antonio escribía:

-Sé que el cabildo envió un recurso a la Santa Sede, suplicándole que retirara el nombramiento porque yo había sido corrido y expulsado del Obispado de Zamora.

Y de Roma comunicaba un alto Monseñor:

-Todos estamos persuadidos de los insignes merecimientos del Abad de Guadalupe, pero ciertas dificultades impiden el cumplimiento de lo acordado, mientras éstas no hayan tenido una aclaración satisfactoria.

Las acusaciones que hubiera procedían, indiscutiblemente, de Zamora. Tanto en las actividades de Jacona como en las disposiciones de la Colegiata, a pesar de mostrar siempre una conducta intachable, el barro y la basura de la envidia y de la calumnia cayeron a puñados sobre su persona. Parecía una persecución sistemática. El Padre lo soportaba todo con resignación cristiana, con humildad verdadera, otorgando el perdón, y aceptando la cruz que el Señor le permitía cargar sobre sus espaldas. Es decir, *con el espíritu de un santo*.

Pero en todas sus defensas, en todos sus escritos, llama poderosamente la atención el sentimiento de *dignidad personal* con que exige se respete su nombre, el de sus padres y familia, en especial el de Mons. Labastida y el de todos aquellos que han dependido de él. Como hombre, pide sumo respeto a la verdad en todas las acusaciones que le echan encima.

Estos dos sentimientos: de humildad, paciencia y resignación ante Dios por una parte, y por otra de dignidad personal hasta requerir un proceso cuando no hay otro remedio, hemos de tenerlos muy presentes para valorar el espíritu de nuestro Padre José Antonio.

Justo había acabado la Coronación, cuando se supo que venía a México Monseñor Averardi como Visitador Apostólico y Representante ante el Gobierno. ¿Cómo lo esperaba el Padre? Al amigo Enrique Angelini que le daba la noticia, le contestó:

-Dice Usted que en Averardi encontraré un padre y un amigo; yo prefiero en este caso un juez sincero e inflexible.

Los mejores amigos estaban dispuestos a defenderle fuera como fuera, y así Mons. Camacho, Obispo de Querétaro, aseguraba:

-He hablado al Sr. Averardi, y le he dicho sobre el Abad Plancarte que estoy dispuesto a declarar, bajo juramento, que todo lo adverso que se dice de él es pura envidia, o mala inteligencia o calumnia declarada.

Bien, a todo esto, ¿cuál era la peor acusación de todas? Nadie lo hubiera creído, pero era lo cierto: el Obispo, por intrigas poco claras, tenía como seguro lo que le dijo una señora:

que hacía ya más de veinte años en Jacona, en 1872, en el día de la entrega de premios, había pasado algo entre el Padre Plancarte con la alumna Concepción Calderón. ¡Precisamente con aquella alumna tan formidable entonces, y tan ejemplarísima religiosa en los días de una acusación tan extraña!

Y otro incidente que recordar. Entre el ya lejano 1872 y los días que ahora historiamos, pasó algo también muy curioso. El padre de Conchita, en 1881, aduciendo la patria potestad, quiso sacar a la hija violentamente del convento. La madre de la muchacha, además, jugaba secretamente su papel, pues quería casarla con un rico masón que traía como dote mucho dinero.

Así las cosas, el Padre Plancarte, como su Director, se puso ante la Policía y la Autoridad a favor de la joven, la cual se mostró fiel y enérgica cuando dijo serena ante el Juez estas textuales palabras:

-Vengo ante Usted para protegerme de mis padres. Yo no me iré nunca del Colegio para volver a mi casa, y esto lo digo en conciencia.

El Gobernador y el Obispo, por mucho que nos extrañe, se pusieron a favor del padre, ¡que sacaba a relucir la “patria potestad” ante una joven de 27 años!... Para reír, si el asunto no hubiera sido tan serio.

No podemos negar que había que aclarar los hechos antes de que el Papa confirmara el Obispado al Padre Plancarte. ¿Cómo jugó su papel Monseñor Averardi, Visitador Apostólico? Optó por una entrevista con el Obispo en la misma Zamora, para la cual llevó como Secretario al Doctor Leopoldo Ruiz y Flores, que después sería también Obispo. Éste nos ha dejado una relación extensa y por demás interesante. Traemos dos puntos nada más de la conversación del Obispo con Averardi.

El hecho de Concepción Calderón era sólo *una sospecha* por lo que le habían dicho... Él lo había sabido *bajo secreto*, y a la persona acusadora no se le podía ni llamar porque no vendría, ni ir a visitarla porque está lejos y él se siente enfermo...

Y concluye el Doctor Flores:

Al proponer yo a Mons. Averardi que salvase con un juicio el honor de Plancarte, me salió con que él no venía comisionado para levantar ningún proceso. Enterado de esto el Padre, repuso:

-Dejo mi causa a la misericordia y a la justicia de Dios. Sólo suplico a Vuestra Excelencia manifieste al Santo Padre mi gratitud, igual que mi indignidad, reconocida por mí mismo, pero no probada por mis acusadores.

Todo estaba perdido para el Padre Plancarte. El último golpe, doloroso por demás, le vino del gran amigo Mons. Ignacio Montes de Oca, que, después de dialogar por tres horas con el Visitador, habló cordialmente con el Padre, y le aconsejó:

-Presenta la renuncia al Obispado.

El Padre cerró la cuestión con dignidad:

-Como me había resuelto a hacer lo que me dijera Monseñor Montes de Oca, voy a formular esa renuncia. Quiero, pues, que este sea el punto final, y que Dios hable por el que

calla. Con tal que ustedes los que yo he educado crean que soy inocente y no les he dado mal ejemplo, poco me importa todo lo demás.

El 27 de Julio de 1896 le comunicaba el Delegado Averardi al Padre Plancarte la aceptación de la renuncia por parte del Santo Padre. ¿Había sido sincero el Delegado en sus informaciones?... El querido pupilo del Padre Plancarte nos revela el pensamiento de Averardi:

-El Padre es inocente y todo lo que se dice de él son calumnias; pero en atención a las circunstancias, ha parecido más prudente hacerle renunciar.

No inventaba nada nuevo, pues repetía una vieja historia de hacía dos mil años. Con tino, comenta Monseñor Plancarte Navarrete:

-Era lo de aquel: *Conviene que uno muera por todo el pueblo...*

A punto ya de concluir el librito, ¿hemos hecho bien nosotros al extendernos así sobre un asunto tan odioso? Era necesario. Nos pasa como con Jesús en los Evangelios. Dejar un detalle de la Pasión es inconcebible, porque es lo más importante de su vida. La grandeza mayor del Padre José Antonio es haber arrostrado la calumnia, la maledicencia y el deshonor, con fe y resignación de santo, para configurarse más y mejor con el divino Maestro.

Aquel “punto final” no era el que pensaba el Padre José Antonio. Menos para tantos acusadores, su inocencia era evidente para todos. Y entre muchos Obispos amigos consiguieron de la Santa Sede que le asignaran un Obispado residencial, ¡nada menos que el de Yucatán!... Al comunicárselo el Visitador Monseñor Averardi en secreto, nos confiesa el Padre lo que sintió en lo íntimo de su conciencia:

-Eso demostraba la opinión que de mí tenía la Santa Sede y era una reparación. Perdí la tranquilidad y no pude dormir en la noche. No sé qué hacer. Por una parte me impele el recobrar la limpieza del nombre de mis padres y del Sr. Labastida, y por otra me aterra esa mitra que nunca he apetecido, para la cual me juzgo incapaz, y más ahora que ya estoy viejo y lleno de achaques que me impedirían trabajar como debo. Monseñor no quiso ni oír mi renuncia que le formulé. ¡Dios me saque con bien!

A su pupilo el Dr. Ruiz que se hallaba en Roma, le volvía a escribir en Enero de 1898:

-La mitra ni la merezco ni la deseo ni la acepto. Ya Dios Nuestro Señor me ha dado el premio, librándome de perder la fe, y permitiendo que mi adhesión a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana sea más fuerte cada día.

El héroe del Tepeyac había sorbido la última gota del cáliz igual que el Mártir del Calvario.

### **Entre la Colegiata y el Templo Expiatorio**

Se habían concluido las obras materiales de la Colegiata y del Templo, y ahora venía lo más importante: levantar a Dios el “templo espiritual” de los fieles en honor de la Virgen Guadalupe y de San Felipe de Jesús. Fue una empresa que requirió fuerzas de titán. Y no exageramos. Además, en la carta con que le aceptaban la renuncia al Obispado, se le

encomendaba que aprovechara el quedar libre “para continuar viviendo tranquilo y ocuparse con más libertad en los trabajos del Ministerio”. No estaba mal la recomendación, que, por otra parte, resultaba inútil para un sacerdote tan lleno de celo apostólico y amor a la Iglesia como era Plancarte.

Se presentaban grandes dificultades. Valga para empezar lo que el Padre José Antonio escribió al Dr. Mora pasada la Coronación: “He sufrido en estos tres meses, de Octubre a Diciembre, más que en toda mi vida”.

Se aunaron para que en la Basílica todo siguiera igual, es decir, mal y cada vez peor, los mismos canónigos, el pueblo, las Autoridades de la Villa, los periódicos. Predicaba el Padre constantemente, fustigando los vicios, excitando a las virtudes y enseñando la vida cristiana a grandes y pequeños. Dejemos que nos lo explique el mismo Abad José Antonio:

-En este puesto me estoy sacrificando inútilmente. Corrijo los abusos y me dicen que son costumbres, privilegios, usos... Un Cabildo sin constituciones, un pueblo pretencioso y corrompido, un Prefecto masón que quiere meterse hasta en el coro, un Ayuntamiento hostil, una prensa difamadora y un ejército de émulos componen la atmósfera que respiro... Me consuelo con defender lo prescrito por la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana... Estoy peor que antes, puesto que el edificio moral es más difícil que el material. Esta nueva vida es para mí un verdadero martirio, y temo mucho no poderlo sufrir y tener que renunciar.

Sin embargo, no renunció. Quería dejar por humildad el cargo, pero supo permanecer clavado en la cruz hasta el final. Iniciada aquella reforma por el Abad Plancarte, y proseguida después con inteligencia y celo por cuantos le siguieron en el puesto, hoy la Basílica de Guadalupe es un modelo de fe, de amor a la Virgen, de culto esmerado y espléndido, uno de los rincones de la tierra que más se parecen al Cielo.

Sin ser lo mismo, algo ocurría también con el Templo Expiatorio. Aquí no se trataba ni de abusos ni de inmoralidad, sino de mucho fervor, de generosidad, de aquella altura espiritual en que tanto soñaba su Fundador.

El Templo había resultado precioso, como reconocía el mismo Padre:

-Con las piedras, mármoles y bronces lo he terminado tan satisfactoriamente, que puedo asegurar que San Felipe es el templo más perfecto y hermoso de México.

Al querer establecer el reglamento que rigiera la expiación y el culto del Templo cayó providencialmente en sus manos, traído por su sobrino Mons. Plancarte Navarrete, el que para su Capilla del Corpus había establecido tres siglos antes San Juan de Ribera, Arzobispo, Virrey y Capitán General del Reino de Valencia. Coincidían en todo los dos Fundadores. Ni que se hubieran copiado el uno al otro. El Templo de México no era sino una extensión del que existía en España. ¡Adoración! ¡Sólo adoración y desagravio! Sin “mitotitos espirituales”, según la expresión del Padre, es decir, sin bulla ni algazara, y para eso, ni bodas, ni entierros, ni conferencias, ni Misas rimbombantes, ni predicaciones de relumbrón. Piedad, silencio, y nada más que trato íntimo con el Señor Sacramentado.

El Padre se proponía su propio ideal:

-Mis amigos quisieron erigirme un trono en el Tepeyac, y mis enemigos lo convirtieron en cadalso y en picota de ridículo, y Dios lo permitió porque era necesario para la expiación. El Templo Expiatorio es el templo del pecador, y en él estoy yo bien y debo ser la figura prominente. Aquí debo vivir los últimos días de mi vida, recogido en silencio y rogando por los pecadores. Al ofrecer la primera Hostia en el Templo de San Felipe, me ofrecí al Señor en expiación de mis pecados y oí la voz de mi Padre Dios, que me perdonaba y me aseguraba que yo era víctima expiatoria.

No eran palabras huecas las del Padre. Para terminar su vida como el primer adorador, quería renunciar a la Abadía de Guadalupe, “porque la Colegiata y San Felipe son incompatibles”.

Deleted: ¶

### **El soldado que se marcha en silencio**

“Estoy viejo” y “lleno de achaques”, hemos oído decir al Padre en aquella noche de insomnio. Lo primero no es cierto, pues no tiene más que cincuenta y siete años; lo segundo, sí, ya que no puede más con la enfermedad del estómago que le ha aquejado siempre y le ha convertido la vida en una tortura. Dormía unas cuatro horas si es que podía, pero pasando la noche sumido en el dolor. “Yo ya no estoy para luchas, sino para prepararme a bien morir en un rincón aislado”, escribía a su pupilo el Dr. Leopoldo Ruiz que se encontraba en Roma. Aún no puedo decir el *¡Todo se ha cumplido!...*, decía el Padre en su humildad, pero lo decía Dios, que llamaba junto a Sí al siervo bueno y fiel.

Estaba entre sus hijas de Tacuba. El Dr. Carmona diagnosticó la gravedad de la enfermedad, y el Padre quiso ver a su confesor, el Padre Isidoro Camacho, un santo religioso franciscano, que se hizo trasladar en silla de ruedas hasta la habitación del moribundo. El enfermo pidió que la sagrada Unción se la administraran los Canónigos de la Colegiata. Uno de sus pupilos de Roma y futuro Obispo, le dio la Comunión por Viático, y mientras el mismo Dr. Orozco pronunciaba en la Recomendación del alma las palabras *Jesucristo te reciba con rostro benigno*, a las seis y cinco minutos de la mañana del 26 de Abril de 1898 volaba aquella alma tan selecta al seno de Dios.

Se iba sin meter ruido, como el soldado anónimo en el campo de batalla. El ruido lo iban a meter otros.

Porque todos los periódicos de la Nación se desataron en alabanzas al héroe de la Virgen Guadalupeana desaparecido. Los favorables, con amplias crónicas colmadas de elogios; los contrarios, con la noticia, más o menos amplia, pero cargada de respeto.

En México dejaba como recuerdo perenne de su devoción y patriotismo el Templo Expiatorio de San Felipe de Jesús, Centro Nacional de la Adoración Nocturna Mexicana.

Con su intuición certera, ofrecía a la Iglesia mexicana un florón de Arzobispos, Obispos, Canónigos y Doctores formados en el Pío Latinoamericano de Roma.



Su Congregación de Hijas de María Inmaculada de Guadalupe perpetúa en la Iglesia y en la sociedad el ideal de formador de la niñez y juventud, que fue el determinante de su opción por el sacerdocio.

Hoy figura a su lado la Asociación de Laicos Guadalupeños Plancartinos, empeñados en vivir su fuerte espiritualidad.

La Colegiata por él restaurada, cuando ya contamos con la espléndida Basílica moderna, queda también como Templo Expiatorio dedicado a Cristo Rey donde se tiene constantemente la Adoración a Jesús Sacramentado.

Y quien quiera visitar el sepulcro del Abad XVI de Guadalupe, lo encuentra en la Cripta de los Abades y Cabildo, a los pies de la estatua orante del gran Arzobispo, el tío Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, en esa Basílica de la Reina y Madre de todos los mexicanos.

¿Qué más? Iniciado el proceso de Beatificación, depositado ya en Roma, sólo suspiramos porque llegue el día en que podamos ver con la gloria de los altares al santo que Dios tiene muy bien catalogado entre los Santos del Cielo.